

SUSCRICION
EN
PROVINCIAS.

UN MES. . . 40 RS.
TRES MESES. 24
SEIS MESES. 48.

30 por 100 de indemnización en obras,
ó una rebaja de 10 y 15
por 100 en efectivo.

LA SEMANA

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION
EN
MADRID.

UN MES. . . 8 RS.
TRES MESES. 20
SEIS MESES. 40

30 por 100 de indemnización en obras,
ó una rebaja de 10 y 15
por 100 en efectivo.

SUMARIO.

Historia de la semana.—Muerte del príncipe de Asturias.—Revista de Madrid.—Parte histórica; Navas de Tolosa, 16 de junio de 1212.—Bailen, del 16 al 19 de julio de 1808.—Si ó no; novela.—La muger; sensibilidad, inteligencia, carácter é inclinaciones de a muger.—Mugeres de distintos países.—Las plagas de Egipto en Madrid.—De lascacumbas.—Causa formada en 1844, contra el brigadier don Gregorio Quiroga y Frias, á consecuencia de los sucesos del 7 de octubre de 1841.—Baños.—Escenas de la vida matrimonial.—Efemérides españolas del siglo XIX.—Gacetilla devota de la capital.—Solucion del logogrifo inserto en el número anterior.
Este número lleva diez y seis grabados.

HISTORIA DE LA SEMANA.

Exterior.—FRANCIA. Poco interés han presentado las sesiones de la Asamblea legislativa en la última semana. El nombramiento de su presidente trataban de disputarlo los partidos, uniéndose el legitimista con el de la montaña; empero otra vez el partido moderado ha aparecido unido, y se ha verificado la reelección de Mr. Dupin para el próximo trimestre.

Al comenzar la sesión del día 8, el presidente de la Asamblea, Mr. Dupin, ha propuesto rendir un público tributo de simpatía y de dolor por la prematura muerte de sir Roberto Peel, de ese hombre que era el ornamento de la Inglaterra, y cuya muerte ha sido reputada en aquella capital como una calamidad nacional, y como una pérdida sensible para la paz del mundo.

La Asamblea adoptó la opinion de su presidente, y no se ocupó mas que de asuntos de un interés muy secundario.

Dos cuestiones escitan la atención de la Francia, la de la ley restrictiva de la prensa, y la del nombramiento de los maires ó alcaldes.

La primera cuestion, que se suscitó pocos momentos despues de las últimas elecciones, tiene contra sí á todos los periódicos, y su discusion será borrascosa, siendo tales las enmiendas y alteraciones que aun los hombres mas moderados piensan poner en ella, que el pensamiento primitivo del gobierno quedará completamente anulado. Creemos que no llegue á discutirse, porque seria probable fuese derrotado el ministerio.

En el proyecto de ley sobre el nombramiento de los alcaldes, la Asamblea muy recientemente contra la petición del gobierno ha diferido su discusion indefinidamente.

Las opiniones están cada vez mas divididas; los legitimistas no quieren ceder. Se ha hablado en las altas regiones del poder, en el palacio del presidente de la república, del proyecto de este de reformar la constitucion, y obtener una próroga de sus poderes; se ha sondeado á los gefes mas influyentes de los partidos, y el resultado ha sido encontrarlos dispuestos á rechazar semejante intento.

Despues de los votos tan importantes emitidos por la Asamblea, votos que han dado tanta superioridad á los amigos del orden sobre el partido socialista, se ha manifestado en las transacciones comerciales de la plaza un movimiento de mejora sensible. Hay grande actividad en los pedidos, todos los obreros de las fábricas de París y Lyon tienen trabajo, y empieza á asomar una situación próspera, siendo muy concurridas las ferias en que antes se notaba poquísima concurrencia. Todo anuncia para la Francia que, si la política no viene á poner un obstáculo, la última mitad del año 1850 debe ser muy favorable á su comercio y á su industria.

La Inglaterra ha sufrido una gran calamidad. Mister Peel ha sucumbido á un terrible accidente: lleno de salud y de vida ha caído violentamente de su caballo, y á consecuencia del golpe ha muerto al día siguiente, causando esta catástrofe una emoción pro-

funda en la capital de la Gran Bretaña. La muerte de Peel no quita solamente á la Inglaterra uno de sus primeros hombres de estado; hace desaparecer uno de los mas grandes personajes de estos tiempos, uno de esos hombres de gobierno cada dia mas raros, cuya influencia civilizadora se estiende mas allá de los límites de su patria.

La manera con que Peel ha comprendido la práctica del derecho de gentes en muchas circunstancias de su vida, y el noble comentario que habia hecho de él en la discusion reciente sobre la cuestion suscitada entre la Inglaterra y la Grecia, son de tal naturaleza que deben inspirar á la Europa un profundo pesar por su pérdida. La paz y la civilizacion han perdido en él uno de sus mas admirables defensores.

Mr. Peel era hijo de un rico fabricante. Destinado á recoger una fortuna considerable habia recibido una de esas educaciones fuertes con las que se preparan los jóvenes ingleses ricos para servir á su pais en los negocios del gobierno. Habia ascendido sucesivamente pero con gran rapidez á todos los altos puestos del estado. Habia adquirido la ciencia teórica por sus estudios, y la práctica de los negocios por sus servicios. A la firmeza de carácter, que hace á los ministros poderosos, reunia la instruccion profunda, que le hacia un excelente administrador. ¡Estraño y noble destino! Hijo de un hilandero, ha sido reconocido indisputablemente jefe de la altiva aristocracia inglesa: esto es á la vez honroso al hombre y honroso á la nacion.

Dos hechos de un inmenso resultado han marcado la administracion de Peel; la emancipacion de los católicos, y la reforma de las leyes de cereales. Peel ha verificado los dos mas grandes progresos de su época en el mundo moral y en el mundo material.

Cuando se trataba de entrar en los negocios para verificar la emancipacion, Peel titubeó un momento. Por escrúpulo de conciencia, era contrario á ella; pero la autoridad del hombre eminente que vino á pedirle su apoyo le volvió toda su seguridad; era lord Wellington, ese hombre de tanta sensatez y de tan firme carácter; Peel prescindió de sus propios antecedentes ante la razon de estado y la justicia. Desde este dia Peel ocupó el primer puesto en el partido tory.

Mas tarde tomó una actitud mas vigorosa para la reforma de los cereales; entonces sobrepusó en atrevimiento á los wighs. En el momento que estos meditaban una reforma progresiva, él hizo repentinamente una reforma radical. El suelo de la Gran Bretaña está aun conmovido, y lo estará tal vez por mucho tiempo. Peel pensó que habia llegado la hora de una de esas grandes concesiones que hasta aqui han sido la base del poder y de la autoridad de la aristocracia inglesa. Esta reforma económica tuvo tan felices resultados como la de la emancipacion.

De cualquier modo que este acto se juzgue hay en él mucho de grande. Peel ha sido á la vez el ídolo de partidos opuestos. La aristocracia inglesa le ha proclamado en cierto modo su jefe; el partido industrial le ha apellidado su salvador. Hombre de estado el mas sabio de su pais, grande orador del gobierno, parecia no contar sino consigo propio para hacer triunfar sus proyectos. Diríase que escitaba con sus discursos el entusiasmo mas que cualquiera otro sentimiento. Hoy el dolor por su pérdida es universal; la ciudad de Lóndres y las principales de Inglaterra han dado muestras de su dolor cerrando las tiendas, suspendiendo los espectáculos, y vistiendo el luto lo mismo que pudiera hacerse por su reina.

En la cámara de los Comunes propuso el ministerio en la sesión del 4, que se tributasen al difunto los mismos honores que en otro tiempo habia tributado la patria á Pitt y á Grattan. La cámara aplaudió con la mayor emoción esta propuesta, pero Mr. Gouburn, albacea testamentario de sir Roberto Peel, despues de haber tributado á la asamblea la espresion del reconocimiento de toda su familia, manifestó que los deseos del difunto, espresados en diversas ocasiones, habian sido el de ser enterrado sin ninguna ostentacion y con la mayor sencillez en la parroquia de Drayton, donde descansaban las cenizas de sus padres, y que así lo tenia consignado este ilustre é incomparable patricio en una declaracion hecha el 8 de

mayo de 1844. La cámara suspendió un dia sus sesiones en señal de dolor y de luto.

La impresion ocasionada por la muerte de sir Roberto Peel es imponderable. Los periódicos no aciertan á ocuparse de otra cosa. Lady Peel se hallaba inconsolable, no siendo bastante á aliviar su dolor los grandes testimonios de simpatía que recibe de la nacion inglesa.

Las diferencias que existian entre la Dinamarca y la Prusia con motivo de la cuestion de los ducados han quedado completamente terminadas, habiéndose ya firmado la paz.

En Turin, con motivo del matrimonio del duque de Génova con la princesa Isabel de Sajonia, se han establecido nueve escuelas municipales para la educacion intelectual y moral de las clases obreras. El duque de Génova se ha declarado protector de estas escuelas, y el rey Victor Manuel se ha asociado á tan benéfica empresa, repartiendo de su patrimonio particular cantidades á los alumnos para que las depositen en las cajas de ahorros. Trátase tambien de levantar por suscripcion una estatua al ministro Sicardi, autor de las leyes que han suprimido las inmunidades eclesiásticas, y que han merecido la censura del pontífice Pío IX.

El rey de Nápoles ha abolido la Constitucion de Sicilia, exigiendo de todos los empleados un nuevo juramento al monarca, á quien se reconocerá como absoluto, obligándose tambien á jurar no haber pertenecido á ninguna sociedad secreta ni secta política.

Ninguna novedad particular ocurría en Roma.

En la capital de Portugal habia alguna alarma por la diferencia que existe entre los Estados Unidos y esta nacion con motivo de diversas indemnizaciones que el gobierno de Washington exige de la administracion portuguesa en reparacion de perjuicios causados á ciudadanos de la Union. El 19 de junio llegaron delante de Lisboa dos buques americanos, la fragata Independencia, y la corbeta de vapor Misisipi, al mando del comodoro Morgam. Desde este dia las reclamaciones de Mr. Clay, encargado de negocios de los Estados Unidos han sido mas urgentes; ha conferenciado con el ministerio de Negocios estrangeros, y le ha comunicado verbalmente un ultimatum, dando únicamente al gobierno de doña María de la Gloria veinte y cuatro horas para arreglar este negocio. Durante un momento se ha alarmado el gobierno portugués con este paso; pero despues ha comprendido que no era sino una simple amenaza imposible de realizar, porque Mr. Clay no habia notificado su ultimatum por escrito, así es que se ha limitado á responder que no podia tomar resolucion sobre esto, mientras que no recibiese el aviso auténtico revestido de la firma de un agente americano. En este estado se hallaban las cosas, suponiéndose que la intencion de los americanos era hacer una demostracion viva para obtener por su medio una suma de dinero que el Portugal consintiese en pagar como indemnizacion. El poder ejecutivo de Washington no está dispuesto á obrar seriamente contra Portugal.

Al principio de las sesiones, el presidente de los Estados Unidos anunció la intencion de proponer al Congreso medidas contra Portugal, mas ninguna disposicion ni comunicacion le habia hecho, cuando se trata de una cosa tan grave como son las represalias contra una nacion de Europa. Lord Palmerston, que ha representado una escena igual con la Grecia, y que ha sido absuelto por cuarenta y seis votos en la cámara de los Comunes, de la reprobacion que en toda Europa produjo el atentado cometido por el almirante Parker, podrá ver que esta es una leccion que no ha sido perdida para los Estados Unidos. Hay en Lisboa, ademas de la fragata y corbeta de vapor americanas, una escuadra inglesa de ocho buques, una fragata francesa, la Minerva de sesenta cañones, y un buque de guerra español y algunos mas portugueses.

Interior. Cubierto de luto el corazon, vamos á contar los sucesos de esta semana. En el exterior, la Inglaterra se halla llena de dolor, como hemos referido, por la repentina muerte del mas distinguido de sus patricios, del hombre en quien reposaba su esperanza, en España tambien la muerte ha disipado el

lisongero porvenir que nos ofrecía el nacimiento de un heredero del trono español. Parecía que Dios se había apiadado de nuestro país, tan trabajado de continuas luchas y revoluciones, y que un príncipe de Asturias iba á ser el principio de ventura para la nación. La España lo deseaba, el embarazo de la augusta Isabel iba á realizar tanta esperanza, empero apenas el príncipe de Asturias ha visto la luz del mundo, Dios le ha llamado á su seno, queriendo que hubiese un ángel mas en el cielo y un rey menos en la tierra.

La reina Isabel se sintió á las seis de la tarde del jueves 11 en el momento en que iba á salir á paseo, con los primeros síntomas de un próximo alumbramiento. Inmediatamente concurrió al real palacio toda la familia real, los ministros y los altos dignatarios del Estado y el cuerpo diplomático, destinados á presenciar tan fausto acontecimiento. Cundió la noticia rápidamente por todo el pueblo de Madrid, y el pueblo todo de Madrid puede decirse que se trasladó á la plaza de Oriente y de la Armería de palacio. Las altas horas de la noche, no bastaron á disipar la concurrencia, allí la halló la luz del nuevo día.

En tanto Su Magestad en la cámara real soportaba con un valor sin igual las incomodidades, los dolores propios de su interesante situación. Acompañaban á Su Magestad, la reina madre, la infanta doña Luisa Fernanda, dos azafatas, el médico de cámara don Juan Sanchez, y el sangrador de cámara Inza.—En una estancia contigua estaban el rey, que entraba con frecuencia en la cámara real á ver su augusta esposa, y el infante don Francisco y el duque de Montpensier. En una sala inmediata se hallaba reunido el consejo de ministros, y los personajes que debían asistir á la presentación del heredero del trono. En la Capilla Real estaba espuesto el Santísimo Sacramento, y oraban sin cesar los capellanes de honor.

El arzobispo de Toledo, el comisario general de cruzada, y el patriarca de las Indias, testigos designados para la presentación, se separaron de los demas y pasaron toda la noche en la Real Capilla uniendo sus oraciones á las del clero de palacio. En algunos conventos de monjas, las comunidades avisadas por encargo especial de la reina, pasaron también toda la noche en oración.

El día 12, viernes, siguió Su Magestad con los dolores del parto que se anunciaba muy feliz. Un pueblo numeroso agolpado en las puertas y alrededores del palacio aguardaba impaciente el estampido del cañon que anunciase el real alumbramiento. A las 4 dió á luz la segunda Isabel un robusto príncipe de Asturias, empero aun no han llegado los días de felicidad para nuestro desventurado país. A los pocos minutos y después de haber recibido el bautismo de socorro falleció el príncipe desvaneciéndose el lisongero porvenir que embriagaba de gozo á la nación. En vano se apeló á todos los recursos del arte, todo fué ineficaz para salvarle la vida. La reina, cuya salud, gracias al cielo, continúa perfectamente, soportó su desgracia con la firmeza digna de una reina, con piadosa resignación cristiana. Grande ha sido el dolor del rey y de toda la familia real, grande el dolor del pueblo de Madrid, y grande será también el dolor de la España entera por tan lamentable pérdida. El presidente del consejo de ministros y los demas ministros, se presentaron en la estancia en que esperaban los altos funcionarios del Estado, que debían los primeros saludar á su príncipe, á su futuro rey, pero con gran dolor suyo solo vieron el cadáver que conducía la marquesa del Povar. Mas de una lágrima corrió por el rostro de los ilustres testigos encanecidos muchos de ellos entre los estragos y los horrores de los combates, y acostumbrados otros á contemplar de cerca los masaltos infortunios, cuando el duque de Valencia profundamente afectado anunció el triste suceso á los circunstantes por encargo del rey, á quien su intenso dolor no permitía verificarlo. En seguida el primer médico de cámara manifestó que la posición viciosa del feto en el acto de nacer había sido la única causa de la desgracia, y que S. M. la reina continuaba perfectamente. Los médicos declararon que el príncipe que se hallaba á la vista de todos estaba muerto.

El único consuelo en tan gran desgracia es el buen estado de salud en que continúa la reina. Grande es el interés que por ella ha demostrado Madrid todo, y que demostrará la nación entera de quien Dios oirá los incesantes ruegos, y esperamos que no tarde en conceder á la augusta Isabel un nuevo príncipe en cambio del que le ha placido trasladar inmediatamente que pisó los umbrales de la vida, al cielo.

El cadáver del príncipe de Asturias embalsamado ha sido espuesto á la vista del público con régia pompa en la capilla del palacio real, debiendo ser llevado después al Escorial con todos los honores reales.

Una inmensa multitud ha contemplado con religioso recogimiento el cadáver del recién nacido prin-

cipe niño hermoso, robusto y perfectamente formado en quien cifraba tan lisongeras esperanzas y tan venturoso porvenir.

REVISTA DE MADRID.

Al aproximarse el 16 de julio, ese memorable día en que los bañistas celebran el aniversario de las Navas de Tolosa, zambulléndose en una tina de agua, en la corriente de un río ó en las orillas del espumoso mar, el movimiento que dividía no ha mucho á los habitantes de Madrid y los llevaba á cruzar durante la canícula desde un polo al otro polo, ha adquirido mayor fuerza que los días anteriores. Ya no se habla mas que de viages, de escursiones y de correrías en todos los puntos donde se reúnen arriba de cuatro ó cinco personas.

Por supuesto que la afición á *veranear*, convertida de afición en *necesidad* cuando así lo establece la costumbre, va tomando entre nosotros un vuelo tan prodigioso como no es decible. Hace algunos años solo se ausentaban al extranjero aquellos á quienes obligaban á ello sus negocios ó se lo permitían sus pingües y copiosísimas rentas: solo se acercaban á las orillas del mar los que verdaderamente necesitaban de la *onda amarga* para remediar sus males; y apenas se alejaban á alguno que otro pueblecillo de las cercanías de Madrid, los que por su comodidad ó por sus achaques no podían soportar la atmósfera densa y sofocante que rodea á Madrid durante los meses del estío.

Pero hoy día han variado completamente las cosas. Salir de Madrid no es ya precisamente el remedio de los enfermos, la vacación de los hombres de negocios y el pasatiempo de los ricos: es una especie de necesidad que se crea cada uno en particular y que quiere comunicar á todos en general: es el bello ideal de cuantos aspiran á merecer el título de hombres de gusto; y como bello ideal, se refiere siempre á aquellos objetos que mas halagan la imaginación, que tienen un tipo mas perfecto de belleza, un aroma de mas esquisita elegancia y cierto sabor aristocrático y distinguido.

—¿Adónde vas este verano, chico? se preguntaban días pasados uno á otro, dos de tres pollos reunidos en la calle de la Montera.

—Yo saldré muy pronto para Francia: de allí pasaré á Inglaterra; y si mis negocios no me lo impiden, me dirigiré á Italia, donde me quedará todo el invierno. ¿Y tú, qué piensas hacer?

—Yo voy por lo pronto á pasar quince días en Burdeos: de allí me dirigiré á Alemania, y es muy probable que recorra una parte de la Suiza.

—Pues yo, dijo el tercero, voy directamente á Londres y desde allí á Bélgica: no haré falta en Madrid para la apertura del teatro Real.

Indudablemente hay muchos modos de viajar en este mundo. Unos surcan osados la vasta extensión de los mares, mientras otros atraviesan en tierra las cordilleras y los llanos: unos marchan con la velocidad del rayo á impulso de la poderosa locomotiva, mientras otros se limitan al trote de un caballo francés, ó de una mula de Castilla: unos se columpian muellemente en el coche, mientras los otros se traquetean bien á su pesar en el carro; y unos montan en prosaica cabalgadura, mientras otros se contentan con medir las distancias á pie. Aun prescindiendo de estas diferencias materiales, hay otras no menos perceptibles por sus resultados. Unos viajan por el globo terráqueo, otros viajan por los libros, y otros muchos por los espacios imaginarios. A esta última clase creemos nosotros que corresponden los mas de los viages que ahora se anuncian. Y bien mirado: ¿qué tendría eso de particular? ¿No escribe todos los días Alejandro Dumas una porción de viages por países que no ha visto jamás? Pues mucho mas sencillo y natural sería el que nuestros tres pollos redujesen sus proyectados viages á los modestos límites comprendidos dentro de Carabanchel y Chamberí.

Por otra parte, un suceso que aguardaba con ansia el público de Madrid, y que, por desgracia no ha satisfecho las esperanzas y los deseos que sobre él se habían formado, ha acordado este año el vuelo de algunas expediciones, y limitándolas á algunos pueblos de las cercanías, entre los cuales han merecido la preferencia Carabanchel, Leganés, Pozuelo de Aravaca y Villaviciosa.

Los alrededores de Madrid, preciso es confesarlo, no ofrecen á sus moradores esas delicias campestres que pudieran indemnizarlos del cansancio de los negocios y de la pesadez que en ciertas épocas del año es compañera inseparable de la vida cortesana. Ni

esa feraz y deliciosa campiña que rodea otras poblaciones menos importantes y con menos recursos de los que cuenta Madrid: ni una magnífica posesión, ni una lujosa quinta, ni un paisaje variado y ameno, donde vengan á formar gracioso contraste el valle y el monte, el bosque y la pradera, los árboles y las flores: nada, en fin, de cuanto en los alrededores de otras poblaciones convida á abandonarlas durante el verano, sin abandonar el territorio que dominan sus elevados torreones, se encuentra en los de Madrid: y en verdad que son preferibles, bajo el aspecto de su belleza campestre, los paseos que comprenden ó que rodean sus tapias, á la campiña que se encuentra en el contorno de dos leguas.

Esto no obstante, encuéntranse en el reducido radio de los pueblos que hemos nombrado frondosas huertas, bellos paseos, tal cual caserío y algunas comodidades para la vida. En Villaviciosa, adonde de algunos años á esta parte concurre durante los veranos una sociedad brillante y escogida, hay francas y alegres reuniones en casa de la señora de Campuzano, que es el centro de animación y de vida de este delicioso pueblo, y allí se canta, se toca, se juega y se baila, pudiendo citarse esta sociedad como modelo de buen tono y de cordial y grata franqueza. En Pozuelo de Aravaca no hay hasta ahora sino *elementos* de sociedad: la sociedad no se ha inaugurado aun: ya se ha reunido sin embargo en aquel punto un crecido número de familias, se han abierto las casas de baños, se encuentra una crecida concurrencia en los paseos, señaladamente en la Escorzonera, y se piensa por algunas bellas en interpelar seriamente al marqués de B., residente en aquel punto, para que cuanto antes abra sus salones, á cuya concurrencia favorecerán no poco las dos diligencias diarias que corren en el camino de la corte á Pozuelo. Otros dos carruages diarios se han establecido para Leganés, donde en el palacio de los duques de Medinaceli se ha abierto una magnífica casa de baños, en edificio hermoso y bien ventilado, con jardín y huerta. Nada se diga, en fin, de los Carabancheles, que á sus encantos ordinarios, á sus bellas y magníficas casas de campo de Vista Alegre, de la señora condesa del Montijo, de Mateu, de Gargollo, de Albert y de Ceriola, añade ahora la residencia en la segunda de dichas posesiones de sus amables y elegantes dueñas, que allí como en todas partes, son el centro del buen tono y de la sociedad mas escogida.

Mientras esto pasa en los alrededores de Madrid, un inmenso número de viajeros abandona sus muros para correr á los extremos de la Península, en busca de la fresca brisa del mar. Las playas de Cádiz, de Valencia, de Barcelona, de San Sebastian, de la Coruña y de Santander, se encuentran brillantes y animadas: y ya han corrido de boca en boca los nombres de las personas que se han reunido y de los que se reunirán muy pronto en las playas del Norte.

En tanto la Granja y el Escorial lloran el capricho de la moda y la inconstancia de la fortuna. Aquellos sitios en otro tiempo tan favorecidos por una selecta sociedad, donde en los dos años anteriores no se daban punto de reposo las bromas, las expediciones y las giras campestres, no son hoy día otra cosa que la mansión solitaria y encantadora de San Ildefonso y el magnífico y suntuoso panteón de los reyes de España.

Pero vengamos á Madrid, adonde verdaderamente nos llaman nuestros deberes de vecinos y de escritores de revista. La ciudad Mantuana pudiera tomar á mal, con harta razón, la indisculpable facilidad con que la olvidamos en un artículo que por su título parece destinado á ella.

¿Y qué podremos decir nosotros de Madrid? Ahora que nadie se dá á luz durante las horas del día, que nada se ve mas que soledad y silencio mientras fulgura el sol, que las hermosas esconden su rostro á los ardores del astro vivificante, y que los individuos de toda clase, sexo, condición y estado no bullen y viven sino en ausencia del luminar del día y bajo la sombra de los árboles, ¿nos es lícito acaso descubrir esos misterios, esos ocultos pecadillos cubiertos con el tupido y espesísimo velo de la noche? ¿Buscarían los perseguidos amantes esa oscuridad misteriosa para que nosotros viniésemos á sacarlos á relucir nada menos que en las columnas de un periódico? ¿No sería una indiscreción nuestra referir las escenas sentimentales y tiernas que tienen lugar por las noches bajo los árboles de la Fuente Castellana, en la subida al Retiro, en el paseo de Recoletos, ó en las inmediaciones de la fuente de la Dorotea?

En su lugar debiéramos mas bien habernos ocupado de un suceso notable ocurrido en el penúltimo día de la semana anterior, y que como indicamos mas arriba, todo el público de Madrid desde cerca, toda España desde mas lejos, aguardaba con gran impaciencia y con visibles muestras de gozoso regocijo por ver realizadas algunas de las mas gratas y lisongeras esperanzas que abrigaban, sin distinción de matices por-

líticos, todos los buenos españoles. Pero las circunstancias que han acompañado á este suceso, á la vez que han frustrado los deseos y las esperanzas generales, lo han reducido á una esfera adonde no alcanza el carácter de nuestras revistas. La Providencia, cuyos designios son impenetrables, al permitir que este acontecimiento no haya producido los benéficos y trascendentales resultados que eran de esperar, no se habrá equivocado ciertamente en los medios de continuar elevando y engrandeciendo á la noble y magnánima nación española.

J. M. ANTEQUERA.

PARTE HISTÓRICA.

Navas de Tolosa 16 de julio de 1212.—Bailen, del 16 al 19 de julio de 1808.

El día 16 de julio nos trae á la memoria dos colosales acontecimientos, entre los que mediaron seis siglos. En ambos salvó España su religion, su independencia, su libertad y sus leyes. En el uno contrarestando la brusca irrupción venida del Oriente; en el otro la del Norte. En las Navas derrota á los Almohades: en Bailen á los franceses; y ¡cosa extraña! en una misma provincia, en una misma comarca, en un mismo punto, en el parage donde se derramó mas sangre mora, que aun conserva el nombre de Campo de Matanza, tiñóse el suelo tambien con sangre francesa.

No es solo á Bailen al que debe elevarse un perenne monumento de gloria, es á aquel sitio para que atestigüe que en 1212 y en 1808 salvóse allí la independencia española.

¿Qué hubiera sido de la pobre Iberia destrozada por cruentas discordias, en continua lucha sus reyes, sus señores y plebeyos, qué hubiera sido de ella sin el triunfo de la Santa Cruz? Gracias á que los infelices luchaban tambien entre sí. Los vencedores al fin de los Almoravides solo tienen ya por enemigos á los cristianos: codician sus reinos y se aprestan á conquistarlos. Por de pronto esperan que las imprudencias de los españoles les abrirán el camino, y les facilitarán la empresa. La memorable derrota de Alarcos demostró la exactitud de su prevision.

Es muy notable el carácter de los españoles, nunca amilanado por una derrota siempre, mensajera de la victoria. Así sucedió entonces: los castellanos vencidos adquieren nuevo ardor; se poseen de doble entusiasmo; se fortifica su fé, y se deciden á volver á la pelea. La religion les ayuda, y la voz del pontífice Inocencio III resuena desde Roma en todo el Occidente cristiano proclamando la cruzada contra los moros de España.

¡Cruzada! esta palabra que tan mágico ascendiente ejercía en todos los corazones, que infundía tan bélico entusiasmo en todos los pechos, y que fué causa de tanto heroísmo y cobardía, de tantas virtudes y de vicios, unió entonces las voluntades de los enemistados españoles que acudieron presurosos á combatir en derredor de don Alonso de Castilla llamado el VIII.

Los moros por su parte, no solo se preparaban á hacer frente á aquella grande avenida de enemigos, sino que llamaban nuevas gentes de Africa en su socorro, para inundar con innumerables ejércitos todo el suelo hispano.

El campamento general de donde habian de partir los cristianos se asentó en Toledo, en la huerta del Rey, y en otros lugares inmediatos á la ribera del Tajo. En febrero de 1212 empezaron á acudir los combatientes.

Don Pedro, rey de Aragon, con 20,000 infantes y 350 caballos, fué recibido con pública procesion en medio de la general alegría.

Cinco sueldos á los infantes, veinte á los ginetes, fué lo que señaló diariamente el rey de Castilla á toda aquella muchedumbre de soldados. A los principes les hizo muy grandes presentes conforme cada cual era, y á su dignidad.

Preparado todo con prevision y prudencia, «partieron», dice Mariana, de Toledo, á 21 de junio. Regia la vanguardia don Diego de Haro, en que iban las naciones extranjeras. En el segundo escuadron el rey de Aragon; y por caudillo de la retaguardia el rey de Castilla don Alonso, en que se contaban catorce mil de á caballo. La infantería apenas se podía contar, porque de toda Castilla, los que eran de edad á propósito, eran forzados todos á tomar las armas.

Malagon y Calatrava cayeron al paso en su poder, y fué degollada la guarnicion del castillo del primer punto, no siéndolo los habitantes de la poblacion que dió nombre á una tan esclarecida orden de caballeros, por la generosa intercesion de los españoles que se opusieron al intento de los estrangeros.

Bien pronto se cansaron estos y tornaron á sus tierras, escepto Arnaldo, obispo de Narbona, y Teobaldo Blazon, natural de Poitiers, que, como dice el historiador anteriormente citado, «como mas aficionados á nuestras cosas, por ser castellano de nacion por parte de madre el uno, y el otro con sus compaños particulares perseveraron en los reales. Acusaban la cobardía de su nacion, determinados de po-

nerse á cualquier peligro antes de faltar al deber. La partida de los estranos, puesto que causó miedo y tristeza en los ánimos del resto, fué provechosa por dos razones: la una porque los estrangeros no tuviesen parte en la hena y prez de tan grande victoria, la otra que con aquella ocasion Mahomad, que estaba en Jaen en balanzas, y aun sin voluntad de pelear, se determinó á dar la batalla.»

Avanza don Alonso, y en Alarcos le alcanza don Sancho, rey de Navarra, con un buen escuadron que infundió el contento en los leales, revistados en Salvatierra, y muévense en seguida hasta llegar al pié de Sierra Morena. Interceptar su paso era el objeto del moro; y se dirige á guardar el pueblo de Losa, por donde habian de pasar los cristianos. Crítica la situacion de estos, veian la derrota avanzando y no podian retroceder sin mengua. En la junta de capitanes resolvió el mayor número volverse atrás; pero persistiendo el rey de Castilla en ir adelante, confió en Dios y en su valor, y ni uno ni otro le faltaron. Don Lope de Haro se apoderó en lo mas alto de los montes del lugar de Castro Ferral, y solo se detuvo ante Losa.

Oigamos ahora á Mariana.

«Toda muchedumbre especial de soldados, se rige por ímpetu, y mas por la opinion se mueve que por las mismas cosas y la verdad, como sucedió en este negocio y trance; que los mas de los soldados, perdida la esperanza de salir con la demanda, trataban de desamparar los reales. Parecía corrian igual peligro, ora los reyes pasasen adelante, ora volvieran atrás; lo uno daría muestra de temeridad, lo otro sería cosa afrentosa. Ponian mala voz en la empresa: cundia el miedo por todo el campo. La ayuda de Dios y de los santos valió para que se sustentasen en pié las cosas casi perdidas de todo punto. Un cierto villano que tenia grande noticia de aquellos lugares, por haber en ellos largo tiempo pastoreado sus ganados, (algunos creyeron ser ángel, movidos de que mostrado que hubo el camino, no se vió mas) prometió á los reyes que si dél se fiasen por senderos que él sabia, todo el ejército y gente llegarían sin peligro á encumbrar lo mas alto de los montes.»

El camino que el pastor enseñó, fué el de salvacion. En esto nada habia sobrenatural; la credulidad, la fé religiosa, la supersticion, mas bien que la ignorancia de los tiempos, consideraban milagrosos todos los sucesos grandes, extraordinarios. ¡Cuántos milagros podíamos bendecir nosotros! No hay duda que se presentó aquel pastor como un ser providencial, que además de infundir el aliento que faltaba á los corazones de aquellos soldados, les presenta el puesto que habia de salvarles en aquel mar de dudas y temores: pero nada mas natural atendida su profesion. Trepan llenos de fé por casi inaccesible vereda, y presentan en el llano la faz al enemigo.

Al amanecer del 16 de julio, confesados y comulgados los cristianos «ordenaron sus batallas en guisa de pelear.» Don Diego de Haro mandaba la vanguardia, don Gonzalo de Nuñez el centro. El rey don Alonso la retaguardia, donde se hallaba el arzobispo don Rodrigo y otros prelados, y los reyes de Aragon y Navarra con sus gentes fortificaban los lados, el navarro á la derecha, á la izquierda el aragonés.

El moro puso sus gentes en ordenanza. La parte de los reales en que armaron la tienda real, cerraron con cadenas de hierro diez mil moros etíopes, clavado el regatón de su larga lanza en el suelo, y multitud de camellos, que formaban entre todos una muralla de carne y armas. Lo demas del ejército era en tan gran número que parecia cubrian los valles y collados. Exortaron los unos y los otros, y animaban los suyos á la pelea. Los obispos andaban de compañía en compañía, y con la esperanza de ganar la indulgencia animaban á los nuestros.

El rey don Alonso arenga á los cristianos: el moro á los suyos, y acto continuo comienza la pelea con igual tenacidad por ambas partes. Los clarines, trompetas y timbales, aumentaban el ruido del campo cristiano, y los tambores, adufes y añales el del campo moro. Unese á este estrépito el silbar de los dardos, y el férreo ruido que hacen al cruzarse las espadas toledanas con los alfanges damasquinos. Los ayes y lamentos de los heridos completan aquel infernal concierto de tan estranos sonidos. El suelo se cubre de cadáveres moros; pero está dudosa la victoria. Haro retrocede: avanzan los contrarios, y queriendo don Alonso morir peleando, dice al arzobispo:

—Yo é vos aquí muramos.

—Non quiera Dios, contestó, que vos aquí murades, antes el día de hoy venceréis aquí á vuestros enemigos.

Y replicó el rey:

—Vayamos apriesa á acorrer á los de la primera haz, que están en grande afincamiento.

Fernán Garcia entonces trovó al rey de la rienda del caballo y díjole:

—Señor, id paso, que á correr habrán los vuestros.

La victoria es al fin de los cristianos; doscientos mil moros dicen las crónicas que murieron; la mitad hombres de á caballo. De los cristianos veinte y cinco mil (1), pequesísimo número para tan gran victoria, que causando tanto cadáver moro, no se vió rastro de sangre en todo el campo, segun la crónica.

Sin embargo de los 600 años trascurridos, aun se conserva en la basílica de San Pedro en Roma la tien-

(1) Mariana y casi todas las crónicas omiten los cerros.

da de seda y oro con el estandarte del Miramamolín: en Burgos la bandera del rey de Castilla; en la catedral de Toledo las ganadas á los moros, y en su capilla mayor, en un pilar, se halla retratada la imagen del pastor que guió al ejército; y últimamente, la célebre cruz primacial que llevó don Rodrigo, arzobispo de Toledo, en la batalla, se conserva en Vilches, que con Baños y Tolosa, fué conquistado despues de la accion que tomó el nombre del último pueblo.

El rey moro huyó hasta Baeza en una yegua, y de allí fué á Jaen.

El botín fué grande, inmenso. El rey de Navarra, para memoria de tan gran victoria, al escudo bermejo de sus armas, añadió por orla unas cadenas, y en medio una esmeralda, para demostrar que fué el primero á romper las cadenas con que tenían los enemigos fortificada aquella parte de los reales en que el moro estaba.

«Desde la terrible derrota de las Navas, dice Lafuente en el magnífico discurso preliminar de su grande obra, quedó el imperio Almohade en el mismo desconcierto, en la misma anarquía y flaqueza que habia quedado el imperio Omniada desde el revés de Calatayud. Los cristianos avanzarán ya siempre, y nunca retrocederán. Ya no hay equilibrio; la balanza se ha inclinado.»

Vamos á ver si nos ofrece los mismos resultados la batalla de Bailen.

Dupont, con sus hasta entonces invencibles franceses se lisonjaba de conquistar paseando la Andalucía. El general en jefe del ejército de la Bética, don Francisco Javier de Castaños, reúne consejo de guerra en Porcuna el 11 de julio; se acuerda el ataque; se distribuyen oportunamente las fuerzas á los respectivos mandos de Reding, el marqués de Compigny, Abadía y Cruz, y el 13 hubo ya varias escaramuzas. El 16 se trabó una accion con récio cañoneo, viéndose Reding empeñado en un choque tan grave como glorioso para los españoles. La sangre del general francés Gobert tiñó el Campo de Matanza, cuyo nombre adquirió este suelo en la batalla de las Navas. El 16 de julio es fatal para los enemigos de nuestra independencia y libertad.

Los españoles habian conseguido ventajas evidentes, que continuaron en los días 17 y 18. El siguiente, á las cuatro de la mañana, se trabó formalmente la batalla: acudian indistintamente Reding y Compigny con sus mejores tropas á los sitios de mas empeño: embisten las alturas en que se señorea el enemigo y le desalojan de ellas. Dupont se rehace, reconcentra sus fuerzas, recupera el terreno perdido y se bate con Grimarest, que, auxiliado por Venegas, arroja á los franceses. Los enemigos repiten sus tentativas en toda la línea, y son repelidos; nuestra bien manejada artillería les causa horribles destrozos, y para hacer mas desesperada su situacion, la sed causada por el intenso calor era tanta que nada disputaron los combatientes con mayor encarnizamiento como el apoderarse, ya unos, ya otros, de una noria.

Los franceses no peleaban ya como hombres; luchaban con la bravura de la desesperacion, con furiosa rabia. Dupont y los generales pónense á la cabeza de las columnas para morir como bravos, ó vencer como valientes; pero no lograron romper el centro de nuestros entusiastas guerreros. Viéndolo todo inútil, proponen una suspension de armas, que tiene que acatar Vedel que acudia en auxilio de Dupont, y despues de disputas y altercados, firmóse en Andújar el 22 de julio una capitulacion que obligó á depone las armas á cerca de 18,000 hombres, con cuarenta piezas de artillería, caballos, banderas, etc. De suerte que entre los que habian perecido en la batalla, los rendidos y los que despues sucesivamente se rindieron en la sierra, pasaba el total del ejército enemigo de 21,000 hombres. El número de sus muertos ascendía á mas de 2,000, con gran número de heridos. Entre ellos perecieron el general Dupré y varices oficiales superiores. Dupont quedó tambien contuso. De los nuestros murieron doscientos cuarenta y tres, quedando heridos mas de setecientos.

Tales el resultado evidente, incuestionable de la batalla en Bailen. No nos ocuparemos en aclarar la verdad sobre ciertos pormenores: á nada conduciria para nuestro objeto: hay un hecho consumado, exacto, y á él nos atenemos.

Los bisoños españoles vencieron á los veteranos franceses: nunca los temieron; pero desde entonces tenían por seguro el triunfo. Para destruir á los moros les bastó la fé; para vencer á los franceses les sirvió la nacionalidad. La religion y la patria son la enseña mas entusiasta y digna de los pueblos: la que mayor cosecha de laureles ha recogido. Ambas nos ha legado un inmenso catálogo de mártires, por Dios los unos, por la nacion los otros. Dignas y gloriosas fueron las muertes que se hallaron en las Navas y en Bailen: celebradas y ensalzadas, porque ya habia dicho antes el poeta venusino

Dulce ac decorum est pro patria mori.

En estos dos grandes acontecimientos, los mas colosales y gloriosos para España, podria decirse que intervino la mano de la Providencia; podria decirse mas si fuéramos fatalistas, y llegaríamos á desear que á todos los enemigos de nuestra independencia, de nuestro honor, los esperásemos entre Bailen y las Navas de Tolosa, les hiciéramos frente en el Campo de Matanza.

No solo fué la España la que se salvó en el siglo XIII y en el XIX: lo fué la Europa. Pero era preciso que la sociedad continuara su magestuosa marcha progresiva, que la civilización no retrocediera; que los pueblos no fueran esclavos de un héroe tirano; y ni eran los moros los que habían de llevar por el mundo la antorcha de la civilización, ni había nacido Bonaparte para esclavizar á la Europa, llevando á las naciones encadenadas al carro de su triunfo.

Toda la cristiandad estaba interesada en el triunfo de las Navas de Tolosa; y todos los pueblos que amaban su independencia solemnizaron la victoria de Bailen: los unos venían de Oriente á imponer como Mahoma el Corán con la cimitarra: los otros del Septentrión á imponer nuevas leyes con los cañones. Atravesaban unos el estrecho por la debilidad de un rey, por su cariño á una favorita, y el poco españolismo de un conde: pasan los otros el Bidasoa por la inercia de un monarca, por su afecto á un favorito, y la insensatez de este que gana títulos de paz por fomentar guerras. La estrella del moro se eclipsó en las Navas: la de Napoleón en Bailen: ambos cumplieron su destino: el primero dió unidad á los españoles para defenderse y constituirse luego: el segundo despertó nuestro letargo, resucitó nuestro valor, y nos colocó en el puesto que nos correspondía en el catálogo de los pueblos heroicos. El infiel sembró los gérmenes de nuestra nacionalidad: el francés de nuestra regeneración política. Lo primero se ha conseguido: lo segundo se conseguirá: es providencial. Detener la marcha progresiva de la humanidad, es tan delirante como intentar detener la del sol.

A. PIRALA.

MEDIO DE APAGAR SIN AGUA LOS INCENDIOS.

El Diario de Agricultura práctica (Journal d'Agriculture pratique), toma de Mr. Lindley, redactor del periódico inglés Gardener's chronicle (Crónica del Jardinero), el anuncio de un descubrimiento que promete inmensos resultados, y de que hemos hablado en otro número. Consiste en un procedimiento por medio del cual puede decirse que se apagan instantáneamente y sin agua los mas formidables incendios. Hace algunos meses que los periódicos hicieron mención de este descubrimiento, debido á Mr. Philipps, oficial de marina; pero en aquella época no había recibido aun toda la perfección de que era susceptible; hoy puede asegurarse que es completo, y los ensayos practicados no dejan la mas ligera duda acerca de los inapreciables beneficios que de él hay derecho á esperar. De tal manera estamos acostumbrados á considerar el agua como el único recurso contra el fuego en caso de incendios, que durante tantos siglos á nadie ha ocurrido la idea de buscar para que le sustituya otro agente menos difícil de obtener, mas cómodo de manejar, y mas eficaz en su acción. Este agente existe, sin embargo. En efecto, todos sabemos que el fuego se apaga al momento de ponerse en contacto con el gas ácido carbónico, el ázoe, el vapor del agua, y con otros gases impropios para la combustión. El problema consiste, en poder procurarse estos gases en cantidad suficiente en el momento mismo en que hayan de tener aplicación, y en dirigirlos á discreción sobre los puntos invadidos por el fuego. Estas dificultades han sido superadas por Mr. Philipps satisfactoriamente.

Por la combustión, ó para hablar mas químicamente, por la combinación rápida de una mezcla de carbon, de yeso y de salitre en un vaso lleno de agua, se desprende una prodigiosa cantidad de ácido carbónico, de ázoe y de vapor acuoso, y si se dirige la acción de este fluido sobre un brasero, se apaga en el momento mismo, ó para valernos de la expresión del inventor, se aniquila instantáneamente.

El aparato por medio del cual se obtiene tan maravilloso resultado, ni es voluminoso ni de gran coste. No es susceptible de descomponerse, es fácil de manejar, y no ofrece ninguna clase de peligro. Con uno de estos aparatos, cuyo volumen no excede del de una caja de sombrero, ha visto el sábio Mr. Lindley apagar en algunos segundos y por mano de un niño, un brasero de virutas inflamadas de brea y de otras sustancias combustibles, que ardian con tanta violencia, que no era posible sin inconveniente acercarse á veinte pasos. Un foco tan intenso, añade, no se hubiera podido apagar por los medios ordinarios en menos de un cuarto de hora, aun cuando se tuviera á la mano agua, bombas, y hombres listos para trabajar.

Los habitantes de las ciudades pueden ser indiferentes hasta cierto punto á los estragos que causa el fuego, porque las compañías de seguros los resarcan en caso de pérdida; mas no es este el riesgo mayor que corren, sino el de su vida. El fuego prende una cortina, bien pronto se apodera de las maderas de la habitación, y acaso se estingue. Pero entretanto ha progresado, con frecuencia los muebles han sido presa de las llamas, y para sofocarlas es necesario hacer nuevos estragos. No obstante, nada de esto sucedería, teniendo á la mano un aniquilador (annihilateur), este es el nombre dado por Mr. Philipps á su aparato. Una muger, un niño, á quien se le hubiese enseñado una vez á manejarle, atajaría el incendio desde su origen, con la ventaja de que ni los muebles padecerían por la

acción del agua, ni las telas se ennegrecerían por el carbon desprendido. Como por encanto con una sola descarga de gas se atajará el fuego mas violento que se manifieste en una chimenea.

Si tales son las ventajas que en las poblaciones pueden obtenerse con el invento de Mr. Philipps, ¿cuánto mayor será su utilidad para los campos, donde los incendios son tan frecuentes y tan difíciles de combatir? ¿A cuántos accidentes de este género no se encuentran espuestas, por ejemplo, las casas cubiertas de bálago, los establos, las trojes, las pilas de heno y de trigo, los depósitos de leña, etc., objetos todos que pueden ser resarcidos por las compañías de seguros, si están asegurados, pero que no lo están siempre? Y por otra parte, cuando estos incendios se declaran, casi no existe medio alguno de detenerlos; faltan bombas, agua; hay necesidad de ceder su presa al fuego, esto es, sacrificar una parte de las propiedades para salvar el resto.

Apenas se pasa un día sin que haya algun incendio de esta clase. Hace poco tiempo que el fuego se declaró en el corral de una granja, en una aldea situada á seis millas de Nottingham. El corral contenía mas de doce pilas de mieses. A pesar de la prontitud con que se fueron á buscar las bombas y los bomberos, y de los esfuerzos que estos hicieron desde el momento que llegaron, ocho de aquellas se consumieron enteramente hasta las dos de la tarde: mientras que en un punto se trabajaba para extinguirle, ganaba terreno en otro, é invadía un granero que, juntamente con algunos carros y otros aperos que en él se hallaban, fueron instantáneamente destruidos. Desde allí se dirigió sobre la parte habitada del edificio, que si en parte se salvó, fué debido á los esfuerzos reunidos de los bomberos y de los vecinos de la aldea. El incendio, en fin, no pudo atajarse hasta el anochecer, despues de haber causado pérdidas enormes. Si en el momento de principiar el incendio se hubiera tenido á la mano un aniquilador, se hubiese apagado en menos tiempo que el que necesitó para montar á caballo el hombre que fué á pedir socorro á la población próxima. Porque en efecto, lo que hace tan terribles los incendios es su acrecentamiento progresivo é instantáneo. Un incendio que en su principio hubiera podido apagarse con tres cubas de agua, cinco minutos despues necesitaría cien veces esa cantidad, y mil al cabo de diez minutos. Conviene, pues, tener á mano un medio para detener el fuego en su principio, y esta es la inmensa ventaja del aniquilador. Si las familias en las poblaciones ó en los cortijos contasen con un aparato de este género y de una potencia proporcionada al efecto que se puede necesitar, los fuegos desaparecerían seguramente.

No es dudoso, añade Mr. Lindley al terminar, que el aniquilador será con el tiempo de un uso universal, y todo lo que hagamos será poco para recomendarlo al público y generalizarlo. Pueden obtenerse mayores detalles acerca de su uso, dirigiéndose á la oficina de la compañía que reside Seadenhall-street, núm. 103, en Londres.

Afortunadamente ya se ha conocido y ensayado entre nosotros, merced al celo patriótico del señor marqués de Alfarrás. El día 12 de junio y á presencia de las autoridades superiores, tuvo lugar en Barcelona un experimento tan satisfactorio como se esperaba. Unos bomberos colocaron dentro de una casita situada en el antiguo desembarcadero de la piedra de Monjuich, una gran cantidad de maderos, faginas y virutas, impregnado todo de agua rás y de otros líquidos inflamables, cuyos combustibles despues de prendido fuego, han comunicado el incendio á toda la casita, produciendo una llama muchísimo mayor de la que, segun la memoria de Mr. Philipps pueden dominar los aparatos que, como el que ha servido para este experimento, son de tercera clase. A pesar de esto, dirigido el chorro de gas sobre las llamas se ha logrado extinguirlas instantáneamente.

Posteriormente hemos sabido que con anterioridad al citado experimento le hizo en Madrid La Mutualidad, compañía de seguros, con igual éxito. En un minuto estinguió completamente la llama producida por dos arrobas de leña, activada con dos libras de agua rás.

En vista de tan asombrosos resultados, de esperar es que las otras compañías de seguros de incendios y el ayuntamiento adquieran luego tan recomendable y sencillo aparato, en forma de cafetera, y de dos pies de alto, y uno de diámetro, destinado á no temer como ahora la calamidad del fuego.

SI O NO.

(Novela.)

(Conclusion.)

Una semana despues, Mr. Schmid entró en la habitación de Conrado con el semblante risueño y un diario de avisos en la mano.

—Amigo mio, le dijo, es preciso que me sigais á casa de Mr. Wallenroth, que necesita un juez para un pueblo cuyo señorío le pertenece. Vos sois el hombre que le convenís: es amigo mio; esta plaza, segun el anuncio del diario, está dotada en seiscientos francos, casa, luz, leña, y tal vez cuantiosos emolumentos. ¿Qué mas queréis? ¿Os acomoda esta colocación?

Conrado se encogió de hombros.

—¿No?... Seguidme, señor doctor, prosiguió monsieur Schmid: permitidme que sea para con vos el que reemplace á Mr. Marbel. Esa es una plaza que os conviene.

Conrado subió con él á un carruaje y se dirigieron á la casa de Mr. de Wallenroth. Era este un caballero de alguna edad, de carácter franco, y sumamente amable.

—No tengo el honor de conoceros, dijo á Conrado; pero basta que os presente mi amigo Schmid para que os dé la plaza que ningun otro obtendrá. Con todo, quisiera antes instruiros de ciertas particularidades: voy á marchar á París, y los asuntos de la corte me detendrán probablemente algunos años. Os confío mis bienes y la administración de justicia en mi señorío de Alleck. No solo desempeñareis el destino de juez, sino que tambien ocupareis mi lugar. Queda á vuestro cargo el gobierno de mis tierras; y lo que mas me interesa es que convirtais en hombres á los habitantes de Alleck, que son pobres, groseros é ignorantes. Solo hace un año que soy su señor, y en tan corto tiempo no lo han tenido para disgustarme: velareis por conservar intactos mis derechos, y todos los años enviareis mis rentas y vuestras cuentas á Mr. Schmid, que tendrá cuidado de remitírmelas.

Conrado procuró excusarse, alegando su ignorancia en materias de economía rural; pero su modestia no le sirvió de nada: ambos ancianos insistieron con la mas afable bondad. Conrado entonces hizo la observación de que le parecia corto el sueldo, atendida la responsabilidad que se le imponía. Mr. de Wallenroth firme en sus ideas, ensalzó su capacidad, le rogó que aceptase, y concluyó por aumentar en un duplo los seis mil escudos. Conrado estaba aturdido, pero al mismo tiempo contento.

—¿A quién soy deudor de esta ilimitada confianza? decía.

Mr. de Wallenroth, señalando con el dedo á monsieur Schmid:

—El corazón de ese hombre escelente, dijo, y el mio, no forman mas que uno.

El convenio se hizo en regla y se formalizó la escritura correspondiente. Mr. de Wallenroth incluyó en ella una cláusula á la cual daba mucha importancia.

—Todos estarán sujetos á vuestras órdenes, dijo, excepto una persona á quien amo mucho, á pesar de que apenas me conoce; debía á su difunto marido muchos favores y consideraciones. Esa persona es la viuda de un honrado párroco, y su nombre es Walter. No posee bienes algunos, ni cuenta mas que con una pensión vitalicia que le he señalado, y con la habitación y el alimento que le he concedido en mi casa de Alleck. Habitareis bajo un mismo techo; es la muger mas amable de este mundo, y espero que vivireis en buena armonía con ella.

Conrado no tuvo que oponer objeción alguna á semejante cláusula, y si lo hemos de decir todo, estaba muy satisfecho de encontrar en Alleck una muger que pudiese dedicarse al manejo de las minuciosidades domésticas que solo ellas conocen.

Aquella misma semana, Mr. de Wallenroth y Conrado se trasladaron á Alleck, y se hizo la instalación con todas las formalidades de costumbre. Mr. de Wallenroth solo se detuvo un dia, y dejó al nuevo juez con madama Walter.

La casa señorial, que así la llamaban, estaba cómodamente situada en el centro de un jardín, sobre una colina que dominaba el pueblo. Las cuadras, los atrejos y un espacioso patio, formaban un cuadro perfecto: en todas partes se veía el mayor orden, y en la casa señorial la mas esmerada limpieza. Habíanse reservado para el señor juez varias piezas, aunque sencillas, distribuidas con sumo gusto y bastante buenas. No faltaba nada en ellas, y no se había olvidado una pequeña biblioteca y hasta un piano. En ninguna parte se veía un átomo de polvo, y el pavimento brillaba á fuerza de estar limpio. La señora Walter había arreglado del modo mas agradable la casa, el jardín y la despensa.

La señora Walter era una muger seria, pero de mucha viveza; tendria cerca de cuarenta años, y manifestaba haber recibido buena educación. La palidez de su rostro y su mirada un poco triste, indicaban que poseía la desconsoladora experiencia de la vida. En su presencia nadie se encontraba embarazado: desde los primeros dias Conrado la trató como si hiciese ya muchos años que la conocía. Le enseñó la casa y sus alrededores: le enteró de las obligaciones de los diferentes criados, y no tardó mucho en iniciarle en lo perteneciente á su jurisdicción.

«Puede muy bien vivirse con esta muger, decía entre sí Conrado pasados algunos dias, y procuraba adivinar por qué razon daba Mr. de Wallenroth tanta importancia á aquella cláusula, que al principio había temido un poco.

«Es verdad que es muy posible vivir con esta muger, pensó al cabo de algunas semanas que fueron suficientes para connaturalizarle con Alleck. Profesaba un verdadero respeto á la señora Walter, y cuando concluidos sus quehaceres por la mañana y por la noche se sentaba con ella á la mesa, lo tenía por una felicidad, pues no la veía hasta entonces. Solia comer tambien con ellos el administrador, buen sugeto, pero algo aficionado á cumplimientos. Todos hablaban bastante: el administrador de economía, Conrado de sus viajes, y la señora Walter los encantaba á ambos con su dulzura y talento. Conrado se encontraba tan

complacido con su situación, que escribió al banquero Schmid una carta dándole las mas expresivas gracias. «No apetezco, le decía, una suerte mas agradable: soy feliz desde que me habeis colocado en posición de poder hacer mucho bien, lo que sucederá en cuanto me encuentre enterado á fondo de mis funciones. Los hombres son aquí tan agrestes como el terreno: ¡cuánto me felicitaré de civilizarlos un poco!... Espero conducirlos á satisfacción de Mr. de Wallenroth.»

Pero las flores se marchitan pronto, y la alegría no permaneció largo tiempo en el corazón de Conrado. La señora Walter le había dicho que tenía una hija, cuya llegada aguardaba de un momento á otro: aquella joven vivía con una parienta suya en la ciudad inmediata.

Una tarde que volvía de un bosque á donde había acompañado á los agrimensores, se encontró en el camino un carruaje en que iban dos señoritas, que al parecer venían de la casa señorial, y regresaban á la ciudad. Al entrar en el comedor, encontró al lado de la señora Walter y del administrador una joven como de diez y seis años de edad, morenita, delgada, con la mirada llena de gracia. Conrado se inclinó respetuosamente, como si estuviese delante de una divinidad. La hermosa forastera le devolvió el saludo un poco ruborizada.

—Os presento á mi hija Pepita, le dijo la señora Walter. Si nos acostumbramos á la fealdad, ¿porque no nos hemos de habituar á la hermosura? Habían trascurrido muchas semanas, y Conrado no se acostumbraba todavía á ver á Pepita. No era la misma dos días seguidos: parecía que cada vez se renovaba. Conrado tenía la mas amistosa confianza con todas las personas de la casa; pero no le era posible conducirse del mismo modo con aquella joven. A pesar de su método de vida, eran tan extraños el uno para el otro, como la noche en que se vieron por la vez primera. Conrado gustaba de conversar con ella, porque conocía que tenía talento ó ingenuidad, y que no era gazmoña ni presumida; pero cuando hablaba con ella le parecía que se colocaba entre los dos un abismo. Pepita recibía á todo el mundo con amabilidad; pero siempre era á Conrado á quien se le ocurría menos que decir, y al parecer se apercibía tan poco de aquella diferencia, que con frecuencia le manifestaba deseos de tener mas intimidad con él.

«La vida es aquí muy fastidiosa, pensaba Conrado: quisiera que Alleck estuviese en el Kamtschatka, y jamás hubiera venido á él.» Sin embargo no llevaba las cosas al extremo de desear que Pepita fuese extraña á Alleck, y por ningún precio hubiera querido que le dejase. Y tanto mas temía el fastidio, cuanto que nunca le había experimentado. Ya habían sido medidas todas las tierras, y puso en práctica todos los procedimientos de economía rural: despues estableció una escuela é instaló en ella el maestro. Bien hubiera querido mudar al cura, con quien en un principio había contado mucho para mejorar las costumbres y la moral de los habitantes; pero aquel santo varón desempeñaba sus funciones con muy poca cordura: cuidaba tan poco del alma de sus feligreses, como de los diezmos y de los huevos. Cuando Conrado le habló de mejorar la educación de la juventud, y de hacer que fuese desapareciendo la rusticidad é ignorancia de los aldeanos, aprobó su proyecto riéndose, y hanceándose sobre las ventajas de semejante empresa. Al domingo siguiente declamó contra los sectarios, los anabaptistas, ateos, arrianos, socinianos, y demas que trataban destruir la religion con sus supuestas reformas.

Los habitantes de Alleck se hallaban de acuerdo con su párroco: su religion consistía mas bien en el temor al demonio que en el amor de Dios. En materia de economía doméstica y rural, seguían la rutina de sus padres, que según decían, sabían tanto ó mas que ellos: por manera que todos eran igualmente pobres. Se alimentaban con patatas, bebían agua de pozo, habitaban en casas infectas, mezclados con las vacas que estaban muriéndose de flacas, y con sus hijos cubiertos de harapos. Eran poco complacientes con los extranjeros y procuraban engañarlos: hipócritas con su párroco, y bajos y aduladores con los individuos de la casa señorial: entre sí, rencorosos, envidiosos, calumniadores, altaneros y mentirosos: tales eran sus costumbres.

Conrado conoció bien pronto el tono que debía usar con semejante clase de gente: mandó reducir á prisión á una docena de ellos por faltas que habían cometido, y desde aquel instante le miraron como un hombre superior.

En cuanto fué adquiriéndose confianza, no tuvo dificultad en llevar á cabo sus proyectos. Primero trató hacer entender á sus subordinados que debían observar orden y buena conducta, porque parecían unos mendigos, con los vestidos llenos de agujeros: entonces se acordó de la educación que recibiera de su venerable padre adoptivo, y de la anécdota del anciano caballero de la peluca blanca. A escepcion de la costurera del lugar, no había en él una mujer que supiese manejar regularmente la aguja. Lo que no sabían las madres, mal podían aprenderlo las hijas. Cuando se rompían por primera vez sus vestidos nuevos, dejaban que el agujero se fuese haciendo mayor, y al tratar de remediar el daño, ya no era posible; así era, que sus capotes y chaquetas estaban viejos antes de tiempo: además la suciedad era un vicio general que producía toda especie de enfermedades. Entre los harapos se encuentran con mas frecuencia las

inclinaciones bajas y los vicios groseros: ¿á cuántas acciones viles suele dar ocasion un agujero en el codo?... El llevar los codos rotos conduce á muchos vicios que no son suficientes á desarraigar las declamaciones de un cura de aldea. Como en las clases elevadas las virtudes de las señoras dulcifican las costumbres de los hombres, del mismo modo era necesario empezar allí la reforma por las mugeres.

Así por lo menos lo pensaba Conrado. Su primer idea fué establecer una escuela de trabajo, en la cual se fuesen formando las jóvenes; pero temiendo la costurera que se le concluyesen sus medios de subsistencia, se negó á popularizar su oficio. La muger del párroco, á pesar de los elogios que su marido prodigaba á la idea del señor juez, alegó que le faltaba tiempo para dedicarse á la educación de las niñas. El domingo siguiente, los vecinos del pueblo oyeron un vehemente sermón contra los ateos, anabaptistas, arrianos y otras gentes *ejusdem furfuris*, que querían introducir una escuela de trabajo en la población....

En aquel momento Zopyro se levantó y fué con aire triste y fatigado á apoyar el hocico en las rodillas de su ama.

—Amigo, ya te comprendo; dijo pasando la mano por el lomo del hermoso animal: vienes á prevenirme que ha llegado ya la hora de retirarnos. Buenas noche, señores; hasta mañana.

Los amigos se dieron la mano, y se separaron.

CAPÍTULO III.

El agujero en el codo.

Al otro día, Jorge volvió á comenzar su relacion en estos términos:

Conrado se consolaba de los disgustos de su corazón entre el reducido círculo de personas que se sentaban con él á la mesa. Pepita le escuchaba siempre con grande atención, aprobaba vivamente cuanto decía, y le rogaba que la eligiese para maestra de su nueva escuela.

—No es bastante saber manejar la aguja, decía la señora Walter: nuestras aldeanas no saben ni cultivar su huerto, ni cuidar de su cocina: vamos á despedir á nuestros cocineros, y recibiremos en su lugar á las hijas de nuestros convecinos: yo seré su maestra en materias de horticultura y de cocina. En cuanto á lo demas, hay un medio muy fácil: una recompensa ligera, un bonito sombrero de paja, y un delantal nuevo, excitarán maravillosamente el celo, que conservarán el gusto del adorno y un poco de vanidad, porque sin la vanidad de las mugeres no espereis nada de los hombres: el amor de la hermosura es el origen de cuanto bueno hacen. La belleza los suaviza: interese-mos á su corazón halagándole por su parte mas débil, hagamos bonitas á nuestras aldeanas, y los aldeanos se trasformarán fácilmente.

Así se espresaba sobre este asunto la señora Walter con su amabilidad acostumbrada. Conrado dirigía de soslayo timidas miradas á Pepita: esta las había notado, y hubiera podido leer en su semblante cuán cierto era lo que decía su madre; pero parecía que no había comprendido nada de aquella excelente plática: desenredaba una madeja de hilo haciendo caricias al grave administrador. Conrado jamás había tenido semejante dicha; Pepita amaba al parecer al administrador, en el paseo se apoderaba de su brazo, y Conrado por lo comun ofrecía el suyo á la mamá.

Las escuelas de horticultura, costura, y cocina, quedaron bien pronto organizadas. Las maestras eran infatigables, y las jóvenes de la aldea, en cuanto oyeron hablar de cintas encarnadas, sombreros de paja, y delantales nuevos, quisieron llegar á ser maestras en economía doméstica. En vano se enfurecía el párroco con los arrianos; las jóvenes cosían, los niños se instruían, y todo iba perfectísimamente.

Solo Conrado no estaba bien: mientras todos los habitantes trabajaban en reparar los agujeros de los codos, él tenía uno enorme, y no sabía cómo taponarlo. Desde entonces se alejó cuanto le fué posible de Pepita, y rara vez se aprovechó de los ratos de sociedad: los libros volvieron á recobrar para él su perdido atractivo: multiplicaba sus proyectos para mejorar las posesiones de su principal, y para sostener los derechos de Mr. de Wallenroth, siguió por sí mismo un litigio que le obligaba á ausentarse con frecuencia de Alleck. En fin hizo cuanto estaba de su parte para restablecer el equilibrio; pero no consiguió su objeto mas que á medias.

Parecía que Pepita apenas extrañaba su ausencia: permanecía como siempre con él atenta y fria. Su madre y ella hablaban de un viaje á una población muy distante en cuanto llegase la primavera; y Pepita pensaba en él con visible júbilo: Conrado aparentaba aprobarlo. Un día recibió una carta la señora Walter; por la noche se arregló el equipage, y se fijó la marcha para la mañana siguiente.

—¿Tan fácil os es, querida Pepita, dejar á nuestro pacífico Alleck?... le dijo Conrado.

—Alleck se encuentra para mí en todas partes, le contestó sonriéndose.

—Lo creo así: sin duda os parece que no merece la pena de pensar en nosotros.

—Eso no lo decis seguramente con seriedad. Me cuesta mucho sentimiento abandonar mis flores y mi

escuela; ¿pero qué son cuatro semanas? He prometido traer alguna cosita de gusto á la mas aplicada de mis discípulas.

—¿Y qué me dareis á mí? añadió tomando la mano de la joven, y estrechándola entre las suyas al tiempo mismo que fijaba en ella sus miradas.

Ella le respondió riéndose:

—¿A vos, Mr. Eck? si cuidais bien mis flores, tendreis una regadera nueva.

Dichas estas palabras se fué dando saltos, y Conrado quedó confundido. Despidióse de la señora Walter, y luego salió al campo para no presenciar la marcha de Pepita.

En su camino solo veía á la naturaleza y á la risueña primavera como á través de una niebla: todo era para él inanimado é insignificante: el árbol no presentaba á su conturbada vista mas que un pedazo de madera verde: el ruiseñor no era mas que un pájaro silbador, y el lago rodeado de bosques y colinas por la parte del Mediodía, mas que un gran depósito de agua: le parecía que el mundo no tenía frescura ni novedad, cual si fuese un vestido viejo: la poesía misma no era capaz de exaltar su imaginación tanto como hubiera deseado: encontraba á los cantores de la naturaleza un poco fastidiosos, y á los del amor locos.

«Ah!... repetía á menudo, la causa de todo esto se halla en tí mismo.... ¡Conrado!... ¡Conrado!... Tú tienes en el codo el mayor agujero de este mundo....» Conocía su mal perfectamente.

Aquellas cuatro semanas le parecieron cuatro años; mas por fin volvieron Pepita y su madre. Conrado se había propuesto mirarla con una indiferencia igual á la suya, y aquella resolución había difundido una especie de calma en su corazón. ¡Pero aquella linda joven estaba mas encantadora que nunca, y manifestaba tanto gozo por haber regresado á Alleck!... Dirigió á Conrado una mirada en la que descubría toda su alma, le alargó furtivamente la mano, hizo lo mismo con el administrador que salía de la casa para ayudarla á bajar del carruaje, se arrojó á su cuello, lo abrazó y comenzó á llorar.

Conrado observó todo aquello rápidamente, y quedó absorto: deslizóse hasta su corazón una cosa ardiente, abrasadora como un veneno.

Una mañana, cuando toda la familia estaba tomando el desayuno, entró en la habitación un correo extraordinario que enviaba con una carta el banquero Schmid. Conrado se puso pálido al leerla: sus amigos le miraban silenciosos, porque ignoraban lo que le hacía mudar de color. Despidió al correo, se subió á su cuarto, se encerró en él, y no se presentó en la mesa al medio día. La señora Walter le llevó la comida, como él había pedido, para no interrumpir su trabajo. Entró pausadamente, y aunque no hizo pregunta alguna, se notaba en sus facciones un poco de inquietud.

Conrado comprendió aquel language, y tomó la mano de la escelente y bondadosa señora.

—Marcho mañana al rayar el día, le dijo: viene á Alleck un nuevo juez. Os doy mil gracias por vuestra amistad.... no puedo deciros mas ahora.

—¿Qué?... ¿nos dejais, exclamó la señora Walter: acaso para siempre?...

—Probablemente.

—¿Gran Dios?... ¿Por qué?... Mr. de Wallenroth puede....

—No me preguntéis mas en el día....

La señora Walter se retiró taciturna y llorosa: Conrado prosiguió su trabajo. Había tomado su resolución: conocía en la ciudad á un joven jurisconsulto de mucho talento, y le eligió por su sucesor, previa la aprobación de Mr. Wallenroth. Deja por escrito instrucciones detalladas sobre los asuntos pendientes al nuevo juez y al administrador, y al ponerse el sol empaquetó los objetos que le parecieron indispensables porque se proponía hacer un viaje á la India.

Mr. Schmid le enviaba una carta que Mr. Marbel le había escrito desde Benarés: en ella le decía que había sido despojado de sus bienes, á los que tenía derechos indisputables: que su posición era la mas apurada: que no podía ni pagar un abogado para seguir el litigio, ni vivir en semejante situación: que ya hubiera regresado á Europa, pero que le faltaba dinero para el viaje; y que aun cuando se hallaba con deseos de trabajar, era ya demasiado viejo y estaba muy débil y poco familiarizado con la lengua inglesa. Rogaba pues, á Mr. Schmid, que se informase del paradero de Conrado Eck, á quien había educado, que le hiciese saber su triste suerte y le dijese que su única esperanza se cifraba en él. Mr. Schmid, le escribió, pues, preguntándole si iría á reunirse con Mr. Marbel, seguir su litigio, y prolongar los días de un anciano con su trabajo corporal ó intelectual: y que en caso de que se decidiese á partir, estaba autorizado por Mr. Marbel para suministrarle el dinero necesario para el viaje, á buena cuenta de los doscientos lises que le había entregado para su establecimiento.

«Es posible, (asi concluía la carta) que Conrado no venga: tal vez no podreis descubrir en donde se encuentra, ó quizá ya no exista. Entonces os suplico que os compadezcáis de mí, recordéis nuestra antigua amistad, y me enviéis algun dinero; con poco tengo suficiente para el corto número de años que me restan de vida.»

A esta triste carta, añadió Mr. Schmid, algunas líneas que decían en sustancia:

«No os inquietéis, mi querido juez, por la suerte

del buen Marbel, pues haré cualquier cosa en su obsequio, aun cuando no sea mas que por nuestra antigua amistad. No os digo que dejeis á Allek para correr á las Indias en busca de ese anciano (¿quién sabe si le allareis con vida!) á sostener un litigio infructuoso, y á proporcionarle con vuestro trabajo de carpintero los medios de que carece. No concibo como ese buen hombre se ha atraído estas desgracias. Ahora debe tener sesenta y uno ó sesenta y dos años: las pesadumbres y los negocios frustrados le habrán verosimilmente envejecido. Lo que sobre todo os impide el acceder á sus deseos, es el tratado que habeis celebrado con Mr. de Wallenroth, que en este momento se encuentra en Ratisbona, en donde probablemente permanecerá hasta el día 29 del corriente. Con él debe arreglarse este negocio, porque solo él tiene el derecho de dispensaros de vuestros deberes: un hombre de honor, como vos, jamás falta á su palabra. Hasta tanto, os será bien fácil enviar á Mr. Marbel algun dinero, y estoy pronto á remitírselo en una letra de cambio girada á Benarés. Si tal es vuestro ánimo, os suplico me indiqueis la suma que le destinais, porque no hay que perder un momento. Al mismo tiempo podría decir á Marbel que ignora vuestro paradero, y esta excusa sería suficiente....

—Mr. Schmid! exclamó Conrado con labio tembloroso y los ojos llenos de lágrimas; ¡Mr. Schmid! sois un malvado á la moda, y un hombre vil, bajo un aspecto engañoso, como lo son la mayor parte de las gentes virtuosas de nuestros días. Soy el hijo de Marbel, soy su deudor, puesto que él me ha hecho hombre. Ea, Conrado, marcha á la India, vé á socorrer á tu padre.

Conrado puso al administrador al corriente de los negocios mas indispensables, para que no sufriesen retraso con su precipitada partida.

—Voy á Ratisbona, le dijo, para despedirme de Mr. de Wallenroth, y rogarle se sirva nombrar otro juez.

Cuando Conrado entró en la habitación comun, la señora Walter derramaba copioso llanto, y Pepita se hallaba sentada en uno de los ángulos, triste y silenciosa.

—¿Os hallais decidido irrevocablemente? preguntó la señora Walter.

—Seguramente: me es preciso partir, y quizá para siempre. Marcho á la India.

—¿A la India?... exclamó la señora Walter.

Y al momento Pepita se puso pálida como la muerte, se le cayó la calceta, y sus manos quedaron yertas sobre sus rodillas.

Conrado, demasiado dominado por la idea de la desgracia de su padre, no fijó la atención en la joven, no la vió semejante á una azucena doblada, apoyada sobre un canapé, sin fuerza, sin voz, sin lágrimas, fijando en él sus ojos lánguidos y moribundos. Conrado repasaba en su memoria sus relaciones con Mr. Marbel, las desgracias de su bienhechor, el pernicioso consejo de Mr. Schmid, y su resolución de cumplir con su deber hasta el último extremo.

—¿No es verdad? decía para sí: sería un monstruo, si permaneciese en Allek, aun cuando estuviese aquí el mismo cielo, y la muerte allá abajo... en el fondo de los mares....

—Eso es arriesgarse sobremedida, decía el administrador.

—No, contestó la señora Walter sollozando, está bien hecho.... pero tal vez apresurais demasiado la ejecución de vuestro proyecto. Si lo retardaseis, aunque no fuese mas que un día... el mejor consejero suele ser la noche....

Y fijó sus miradas en Pepita, cuya palidez iba cada vez en aumento. Esta reunió las pocas fuerzas que la quedaban, y exclamó con penetrante acento.

—Mamá, mamá, no alijais mas su corazón; es preciso que parta: es preciso: no puede quedarse....

Conrado se encerró en su cuarto, se tendió sobre la cama, y la fiebre lo tuvo desvelado toda la noche. Al rayar el día, se detuvo á la puerta de la casa el carruaje que debía conducirlo, y los habitantes de la aldea corrieron en tropel y le rodearon para ver y bendecir todavía otra vez á su bienhechor. En el transcurso de un año, Conrado se había hecho amar de todos; era un amigo para cada uno; había hecho en secreto mas bien del que se creía. Entonces referían por primera vez, con lágrimas en los ojos, cuantos remedios había proporcionado aquí á los enfermos, y allá vestidos á los que estaban desnudos, pan á los hambrientos, y servido de fiador á los deudores apremiados al pago. Cada padre de familia creía que él y los suyos eran á quienes Conrado mas había querido y favorecido; á todos les había guardado el secreto, y solo el sentimiento comun que producía su marcha, les había devuelto el uso de la palabra.

Cuando Conrado entró en el comedor para sentarse por la vez postrera á la mesa, encontró á la señora Walter y al administrador deshechos en amargo llanto. Sirvieron el desayuno, y Conrado procuró distraer su pesar. Pronto ya para partir, fué el primero que se levantó, estrechó silenciosamente contra su corazón á sus dos amigos, les recomendó se acordasen de él, y salió. No tuvo ánimo para preguntar por Pepita; pero al separarse de la señora Walter volvió á tomarla la mano, y la dijo con voz cortada por los sollozos:

—¡Suplicad á Pepita me conserve en su memoria!... Salió de la casa y se dirigió al carruaje; el administrador y la señora Walter seguían sus pasos. Toda la población, oprimida por el dolor, lloraba, suspi-

raba, y levantaba las manos hacia su amigo. Conrado, ya enteramente turbado, y deseando combatir su emoción, subió de un salto al carruaje, é iba á mandar partir, cuando vió á Pepita pálida, con los ojos hinchados de llorar, y con la expresión del mas indecible dolor; despues se cubrió el rostro con las manos, y volvió á entrar en la casa precipitadamente....

—¡Ya es media noche!... exclamó el coronel, que por casualidad había sacado su reloj; creía que apenas serian las diez.

—¡Las diez!... eso sería demasiado tarde para que se acostase un enfermo, dijo Maria con tono de autoridad doctoral. Buenas noches, y hasta mañana.

CAPITULO IV.

En donde se vuelve á encontrar un amigo.

Sin duda os acordais, dijo Jorge al día siguiente á los amigos reunidos, de la tristeza de Conrado al emprender su marcha. Había caído en el fondo del carruaje, que el postillon guiaba lentamente por en medio de la multitud. Insensible, y apoyado en uno de los rincones, cruzaba los brazos sobre su pecho, como para conservar en él el amor y el pesar, en tanto que el coche, no encontrando ya obstáculos, se alejaba con rapidez de Allek.

Por la tarde llegó á W.... y al punto corrió á casa de Mr. Schmid. Este se manifestó contento y sorprendido al verle.

—Os traigo yo mismo la respuesta á vuestra carta.

—¿Y qué habeis decidido?

—Marchar á la India. Debo demasiado á mi padre: sería maldecido si le dejase abandonado á la miseria viejo y achacosos. ¿Qué desesperación sería la de este virtuoso anciano, si viese que tendia en vano las manos hacia mí!...

—Está muy bien, mi querido Eck; pero no debe hacerse nada sin reflexion: un viaje á la India no es un paseo. ¿Quién os responde de que llegareis allá?... ¿Encontrareis buque?... ¿no podeis morir en el camino... y vuestra nave estrellarse ó irse á pique?... —Es posible; pero cumpliré con mi deber: ademas, tomaré precauciones.

—Muy bien; pero si el leal y honrado Marbel, que ya es muy viejo, ha muerto antes que lleguéis á Benarés, ¿de qué os serviría este viaje alrededor del mundo? ¿De qué os serviría el abandonar vuestra carrera y sacrificar vuestro porvenir?

—No perderé mi carrera: la que yo sigo se llama deber.... retrocedería como un cobarde?... No: viviré: soy joven. Dejarme partir, os lo ruego. Dadme una letra de cambio por todo mi dinero contante, y si de buena voluntad quereis añadir alguna cosa para Mr. Marbel, me hareis un señalado servicio: yo me constituyo personalmente responsable de la suma y es la devolveré con los intereses que exijais, aunque para ello tenga que trabajar como un presidiario....

—Está bien, está bien; pero hablemos con un poco de sangre fría. A Marbel le es seguramente indiferente el volveros á ver ó recibir bastante dinero para proseguir su pleito y regresar á Europa: dinero, y está contento: vos le seriais completamente inútil. Ahora, decidme cuanto pensais que debo añadir á lo que le destinais: en el día es mas fácil hacer que las letras de cambio lleguen á Inglaterra, que los hombres: seguid mi consejo.

—No, caballero Schmid, no puedo. Seré mas útil á mi padre que mi dinero y el vuestro. Se encuentra viejo y débil, y necesita el apoyo de un hijo que le ame, que le defienda y le sostenga. En semejante posicion, un amigo es mas precioso que las barras de oro, y una palabra de consuelo es mas eficaz que todos los servicios de las gentes mercenarias. No hablemos ya mas de este asunto: mañana parto para Ratisbona, entregomis cuentas á Mr. de Wallenroth, hago dimision y le doy las gracias: es un hombre activo, y no opondrá obstáculos á mi marcha. ¿Quereis manifestaros amigo mio y de Mr. Marbel? Dadme, os suplico, una recomendacion firmada de vuestra mano: ya he experimentado cuan eficaces son para Mr. de Wallenroth.

Mr. Schmid le miró largo tiempo en silencio. Conrado, bien decidido ya, se encontraba de pie delante de él, y se conocia que lo que acababa de decir era la expresión de su corazón. El mismo banquero pareció por algunos instantes conmovido con la energía de tanto amor y reconocimiento.... pero en seguida trató por nuevos medios de disuadirle de su empresa.

—Es inútil!... gritó Conrado. Si hubiera debido adoptar otro partido, no me hubieran faltado razones para ello. Amo á una joven encantadora (ya conoceis á la señorita Josefa Walter); en el momento mismo de nuestra separacion he sabido que no le era indiferente: sin embargo, mi deber es preferible á mi felicidad. Así, señor Schmid, ¡mi letra de cambio, mi letra de cambio!... deseo partir cuanto antes para Benarés.

Mr. Schmid no pudo contener las lágrimas al oír espresarse á Conrado de aquel modo.

—¡Venid á mi corazón!... Envidio á Marbel semejante hijo, semejante amigo. ¿Cuántos padres son menos afortunados que él?... Tendreis la letra de cambio que deseais, y no encontrareis ningun impedimento por parte de Wallenroth. Yo mismo quiero acompañaros á Ratisbona.

Conrado se quedó un poco sorprendido de la repentina mudanza de M. Schmid. Hay, decía entre sí mismo, hay pues en cada hombre, sea cual fuere su género de vida, aunque se haya endurecido en los trabajos del banco como una piedra, ó secádose como una momia, hay una chispa divina que no se apaga jamás, y que sin duda proviene del mismo soplo que nos anima. La naturaleza primitiva concluye por despertarse en nosotros con toda su energía: el *debe* y *haber* mercantil no la puede ahogar, los sistemas teológicos no la pueden falsear, la diplomacia ni el arte de los campamentos aniquilarla: se halla allí.... indestructible. Ahora bien, nuestra naturaleza primitiva es la divinidad.... ¡Cuán hermoso es el ser hombre!...

Conrado ya no volvió á acordarse ni de la carta del banquero, ni de los consejos que le había dado de viva voz: le perdonó todas aquellas miserias, que son otras tantas traiciones desfiguradas contra la naturaleza humana, pero que suceden en la vida comun; y le abrazó segunda vez, porque el principio noble, que llamamos romanesco en nuestro lenguaje usual, existia todavia en él, como tambien la grandeza de alma que admiramos tanto en los hombres de los tiempos antiguos, y que de la vida real ha pasado á la poesia.

A pesar de la impaciencia de Conrado, Mr. Schmid retrasó la marcha cerca de ocho días.

—No había pensado de modo alguno en acompañaros, decía el banquero; y sin embargo, ahora es preciso: mis negocios son muy numerosos para que pueda confiarlos toda una semana á manos extrañas; pero mucho menos puedo separarme de vos. Mr. de Wallenroth ha recibido una carta mia: sabe que vamos á marchar y nos aguarda.

—Pero, decía Conrado suspirando, cada día aumentan los peligros del Océano, y el malestar de un anciano desgraciado.

Por fin llegó el día de la partida; tomaron caballos de posta y subieron al coche. El viejo Mr. Schmid, amigo de sus comodidades, no quiso viajar de noche, y Conrado perdía el reposo y la paciencia. Mientras Mr. Schmid roncaba, escribía un diario destinado probablemente á Pepita, á quien queria enviarlo antes de abandonar las playas de Europa y hacerse á la vela para Benarés.

Llegaron á Ratisbona, y Mr. de Wallenroth no estuvo visible el primer día. Conrado no esperaba nada bueno, porque no dudaba que el señor de Allek recibiera siempre al banquero. Todo aquello podía muy bien ser un plan concertado entre ambos: es cierto que Mr. Schmid volvió por la noche con semblante sereno; pero hasta esa misma tranquilidad le era sospechosa á Conrado.

Por fin, el segundo día Mr. de Wallenroth envió á los dos amigos un recado convidándolos á comer. Conrado insistió en que fuesen pronto, porque en caso de que su principal le pusiese algun obstáculo, estaba resuelto á desaparecer aquella misma noche sin importarle mas.

Mr. de Wallenroth le recibió muy bien. Despues de los cumplimientos acostumbrados, Conrado explicó con una vivacidad febril la causa de su llegada y la necesidad de su dimision: presentó sus cuentas y dió algunos pormenores acerca de lo que pasaba en Allek.

—Habeis, le dijo Mr. de Wallenroth, cumplido cuanto me prometisteis, y aun escudado mis deseos, menos la última cláusula concerniente á la señora Walter: esa muger excelente es muy desgraciada.... y vos sois....

Conrado se puso encendido como un ascua.

—¿Yo?...

—Antes de ayer he recibido una carta suya: en ella me manifiesta el cariño que os profesaban en la poblacion, y lo sensible que para todos ha sido vuestra pérdida: me habla ademas de una joven y amable hija suya, llamada Pepita, que se va consumiendo como el aceite de una lámpara....

—¿Os escribe eso?...

—Ciertamente: la madre y la hija piensan con bastante nobleza para respetar vuestra resolución de ir á Benarés; pero esa madre teme por los días de su hija, que ahora se halla en grave peligro....

Conrado se puso pálido.

Mr. de Wallenroth salió un momento y volvió con una carta. Conrado la leyó, y no le quedó duda de que era de la señora Walter. Refería á Wallenroth la marcha precipitada del juez, añadiendo que había observado ya hacia algun tiempo, no sin inquietud, que había producido una fuerte impresion en el ánimo de Pepita: que iba desmejorándose: que los médicos se encogian de hombros, y la mandaban se distrajese y viajase; pero que ella no queria salir de Allek, y que ademas, estaba muy débil para soportar las fatigas de un viaje. Toda la carta respiraba el dolor de una madre afligida.

Conrado se sentó en una silla, se cubrió el rostro con el pañuelo, y no pudo contener sus sollozos. Mr. de Wallenroth se aproximó á él, y Conrado cobró ánimo.

—Leo en vuestra alma, le dijo Wallenroth, y esas lágrimas justifican lo que he hecho. Conozco á Pepita: me es muy querida: es un ángel.... ¿la amais?...

—Sí, contestó Conrado.

—Pues bien, tranquilizaos: la salud de Pepita y la felicidad de su madre son para mí tan preciosas, que en cuanto recibia esa carta contesté por medio de un correo: «El caballero Eck no marcha á la India: las circunstancias han variado: regresará á Allek.... Mi

carta se halla ya sin duda en manos de la señora Walter. ¿Decidme, he hecho bien?

—Habeis hecho bien: dijo Conrado.

—¿Y no marcharéis á la India?...

—Os digo que habeis hecho bien: siempre es bueno enjugar una lágrima, aunque sea con el velo de la ilusión. Os doy gracias, señor de Wallenroth; escribiré desde aquí á Alleck para mantener su esperanza: el tiempo es mas poderoso que el hombre: Pepita se salvará con esa estratagema inocente, y no por eso suspenderé yo mi viaje á la India.

—¿Pues qué, señor Eck, queréis hacerme mentir?

Conrado se encogió de hombros

—¿Querriais, caballero, que fuese ingrato para con el que me ha hecho lo que soy?...

—No; exclamó Mr. de Wallenroth: comprendo que la situación en que os hallais de optar entre un padre ó un bienhechor que ha hecho las veces de tal, y vuestra querida, es muy desgarradora.

—Los derechos de un padre son mas antiguos y mas sagrados que los de una amante: si fuese capaz de cometer una vileza, sería indigno del amor de Pepita, y me aborrecería.....

—Examinemos el asunto bajo otro punto de vista, contestó Mr. de Wallenroth: es decir, que queréis volar al auxilio de un anciano, á quien una gruesa suma puede sacar de ahogos mas pronta y eficazmente que vos, y dejar sumida en la desolacion á una jóven á la que todo el oro del mundo no puede indemnizar de vuestra pérdida: queréis ir á la India para cuidar de la corta existencia de un anciano, y tal vez para recoger el último suspiro de un hombre ya estenuado, y dejar aquí, en su primera flor, una vida privada de toda esperanza.

—Sigo la máxima, respondió Conrado, de no inquietarme nunca por lo que llaman *circunstancias* y *necesidad*, cuando habla el deber. La vida de Pepita y la de mi padre dependen de la voluntad del cielo; pero en mi mano está el hacer una buena accion, y haré lo que ordena el deber: lo demás queda al arbitrio del que todo lo rige y lo gobierna. ¿Tengo acaso seguridad de prolongar la vida de Pepita por medio de una infamia?

—No me habeis dejado concluir, caballero Eck, repuso Mr. de Wallenroth. He escrito que las circunstancias habian variado, y así es efectivamente. Apuesto que no vais á la India.

—¿Pues qué? ¿Ha muerto Mr. Marbel? ¿Queréis engañarme? respondió Conrado asustado, ¿ó habeis recibido por el último correo la noticia de que mi bienhechor regresa á Europa?.... Os ruego que no prolongeis mi tormento: ¡padezco tanto!...

—Nada de eso, prosiguió Mr. de Wallenroth sonriéndose. Vais á quedar asombrado: sois propietario de Alleck. No es mio: solo me ha pertenecido muy poco tiempo. Mr. Marbel me lo ha comprado, y lo ha destinado para vos: pero antes quería saber hasta qué punto os habian aprovechado vuestros viajes. Monsieur Schmid ha sido el ejecutor de la voluntad de Marbel: habeis sufrido la prueba, y ahora todo está ya concluido: sois lo que Marbel deseaba que fuérais. Hoy mismo os entregaré la escritura de donacion. Habeis ganado legítimamente á Alleck: os pertenece en propiedad.

Conrado estaba petrificado y no sabia que pensar. Por último exclamó con voz temblorosa, y levantando hácia el cielo sus ojos humedecidos por el llanto.

—¡Generoso Marbel!... ¡Siempre piensas en los demás, y jamás en tí!... ¿Con que ya no te encuentras en la indigencia?... Puesto que es así, (porque creo, señor de Wallenroth que no os burlais de mí en este momento solemne), os suplico, como igualmente á Mr. Schmid, que celebreis conmigo un convenio ventajoso. La propiedad de Alleck produce cerca de setenta mil florines: dentro de pocos años valdrá ciento veinte mil: queréis darme su importe en letras de cambio sobre Londres?

—Antes de entrar en negociaciones, dijo Mr. de Wallenroth con marcada agitacion, necesitais tener en vuestras manos la escritura de donacion. En seguida fué á buscarla.

El banquero, en cuanto volvió á entrar en la habitacion Mr. de Wallenroth con la escritura, abrazó á Conrado, le estrechó contra su corazon, y salió llorando.

Mr. de Wallenroth no estaba mas tranquilo; entregó el documento á Conrado, y siguió apresuradamente á Mr. Schmid, para ocultar las lágrimas que no podia contener.

Conrado no comprendió la conducta de sus dos amigos. ¿Qué les sucede? decia entre sí, siguiéndoles con la vista: tienen el semblante turbado. Mi resolución de ir á la India merece indudablemente su aprobacion, ¿pues por qué se oponen á ella? ¿Qué les importa que marche ó que me quede, que gane ó que pierda? Porque para hombres cuya alma se ha embotado con el comercio de la vida, todo se reduce en definitiva á ganar ó perder, haber ó deber.

Se sentó junto á uno de los balcones y desarrolló la escritura. Cuando llegó al nombre de Marbel, escrito por mano de su bienhechor, besó el sitio en donde se habia apoyado aquella mano querida.... despues leyó. Era una cesion de propiedad con sus derechos y franquicias en favor de Conrado Eck. La firma le sorprendió tanto, que sospechó que el documento era falso. Estaba fechado en Ratisbona, y solo hacia dos dias. ¿Cómo se hallaba allí la firma de Marbel, en caso de que fuese la suya?

Conrado se levantaba para ir á buscar á sus dos amigos, cuando Mr. de Wallenroth con el rostro radiante de alegría:

—Y bien, mi querido Eck, le dijo, ¿me engañaba? Ahora ya no queréis emprender el viaje de la India: os quedareis, ¿no es así?

—Nada menos: ese documento es falso....

—No, en verdad: es auténtico: os lo juro por mi honor.

—¿Pues si está con la fecha de antes de ayer!

—Seguramente.

—¿Quién ha puesto la firma de mi padre?

—¿Quién? ¿quién? Mr. Marbel: ¿no conocéis su rubrica?

—Si que la conozco; ¿pero cuándo ha firmado?

—¿Dios mio! ¿No lo veis?... Antes de ayer.

—¿Antes de ayer?... ¿Me teneis acaso por loco? ¿Cómo ha podido firmar aquí, hallándose en Benarés, á no ser que haya regresado?... Hablad, hablad, pues...

—No ha vuelto.

—¿Qué burla!

—No; no hay semejante engaño: jamás ha ido á la India, gritó una voz desde la habitacion inmediata.

Se abrió la puerta; y entró el anciano Marbel apoyado en el brazo de Schmid, y tendió los brazos á Conrado.

—¡Oh hijo mio!... dijo abrazando al jóven que estaba inmóvil como una estatua, no sabiendo que pensar de lo que veia. Marbel lloraba.

—No, amigo mio, hijo mio, no he estado en la India. Ven; estréchame contra tu noble corazon. Tú eres la alegría de mi vida.... ¡Alabado sea el Señor!... eres lo que debias ser....

El júbilo del anciano Marbel no era menor que el de Conrado, que permaneció largo tiempo sin poder proferir una palabra para manifestar su asombro. Tanto le habian dicho, y hablado él mismo, que pasadas algunas horas aun no concebía nada de lo que aquello significaba.

—Ven acá, hijo mio, le dijo Marbel; voy á referirte todo por su orden; siéntate á mi lado. Es cierto que he sufrido toda especie de disgustos en W.... No sé por qué se le antojó al príncipe conferirme un título de nobleza. Respeto esta cualidad: es necesaria una escala social, aunque la lana sirve mas que el nombre para distinguir á la oveja de la cabra. En buen hora que el funcionario público, que cifra su felicidad en la sociedad del príncipe y que desea valerse de aquella influencia para estender el círculo de sus beneficios, deje ennoblecerse; hace muy bien en mi concepto: es una herencia útil y provechosa para sus hijos. Pero un hombre que ni tiene hijos ni influencia, que no solicita ningún empleo, que se halla contento, que tiene lo que no pueden dar los príncipes, un corazon puro, y que hace cuanto bien le es posible; para semejante hombre un pergamino no sirve mas que de incomodidad y de sujecion. He acostumbrado con mucha frecuencia á tomar con seriedad cosas insignificantes: herí, pues, la susceptibilidad del príncipe con mi negativa, ó mas bien la de sus cortesanos, y me acordaré de ello largo tiempo. Procuraron armarme asechanzas, me irrité, y mudé de domicilio. Entonces fué cuando te encargué me participases con regularidad cuanto te ocurriese, aun cuando no recibieras carta mia: me cuesta tantísimo trabajo escribir....

Me retiré á una casa de campo, y allí vivia tranquilo; pero Dios vino á visitarme y á hacerme conocer que el cielo no está en este mundo terrenal: fui atacado de una calentura pútrida, como la llaman los médicos. Viéndome en peligro de muerte, me preguntaron si tenia hecho testamento. Tenian razon; el que no se halla preparado para morir y comparecer á cualquiera hora ante el Divino Juez, tiene verdaderamente el codo roto. ¿Me comprendes, Conrado?...

¡Pero yo no tengo hijos!... en cambio no me faltan parientes lejanos que esperan con impaciencia mi muerte, y que ignoran el buen uso que debe hacerse del dinero: me engaño, porque entienden maravillosamente las reglas de su interés; son ambiciosos, vanos, tienen buena mesa, y reputan como una necesidad el privarse de un poco supérfluo para darlo á los que nada tienen. Estas gentes, decia yo para mí, son bastante ricas. He educado ó hecho educar un gran número de niños; mas ¿sé yo por ventura si son lo que deben ser, y si tienen agujeros en los codos?... Para concluir pronto, lego á cada uno de ellos una suma igual, que les sirva para el porvenir: tanto peor para ellos sino la invierten bien.

En cuanto caí enfermo y me ví asistido por personas mercenarias, sentí la profunda necesidad de ser amado por mí, por mí solo: pensé en tí, y desecó verte á ver. Quise sujetarte á pruebas y ver si tenias tambien el codo roto. Habia comprado la propiedad de Alleck, verdadera mansion de la miseria. No hay prueba mejor, pensé, para saber si tiene buen corazon y juicio recto: mi amigo Wallenroth fué bastante complaciente para prestarme su nombre. Mr. Schmid hizo anunciar en un diario la plaza de juez, y te lo llevó él mismo: lo demás ya lo sabes.

Mr. de Wallenroth incluyó una cláusula en favor de una pobre viuda de un sujeto á quien conocí mucho. Habia sido mi amigo en la infancia: su esposa era un ángel bajo la forma humana, y si no hubiera amado á mi amigo Walter la habria propuesto nuestro enlace. Cuando estaba soltera, la amaba en silencio: lo ignoró, y apenas me conocia. Pero como ya te he dicho, amaba á Walter. Me alejé y procuré combatir una pasion, que sin mentir, me habia hecho en el codo

un agujero casi irreparable. Solo de cuando en cuando recibia por Mr. Wallenroth noticias del objeto de mi cariño, y al fallecimiento del buen Walter, sin dejar bienes algunos, socorrí á la viuda por conducto de Mr. Wallenroth, y la colocamos en Alleck.—Esa muger es un ángel, dije á Wallenroth.—Si es un ángel, me contestó, su hija Pepita es un serafin.—Si es así, pensé, y Conrado es un jóven excelente, mi proyecto no puede frustrarse. La señora Walter permanecia con su serafin en Alleck, y te trasladamos allí.

Siempre que ibas á W.... para rendir cuentas á Mr. Schmid, me dirigia yo de incógnito á Alleck y mi corazon gozaba al oír hablar de tí. En un año ejecutaste muchas cosas: entonces resolví adoptarte por hijo y dejarte todos mis bienes, porque yo decia entre mí: Conrado es un excelente jóven, sigue mis huellas, pero ¿me amará como á un padre? Para salir de esta duda representamos la farsa que paso á tu corazon en la angustia que por poco le hace romperse. No tengas pesadumbre, me has hecho volver á encontrar en el término de mis dias el paraíso que habia perdido. Escucha ahora el desenlace de la comedia. Me iré contigo á Alleck: viviremos juntos, y ya no nos separaremos.... si.... nos separaremos.... pero lo mas tarde posible... Marbel se enjugó una lágrima. Vamos, no pensemos en eso: haremos un cielo de Alleck.... pero un cielo sin nubes, ¿eh?... Quiero con mis encanecidos cabellos hacer conocer á la señora Walter todo el amor que le he tenido.... Tú, Conrado, ¿no tendrás nada que decir á tu Pepita, á tu serafin?...

Pasado algun tiempo se efectuó el matrimonio: y al salir de la iglesia subieron al carruaje.

—Hijo mio, dijo Marbel á Conrado, no permanezcamos aquí ni un cuarto de hora mas. Pasado mañana partiremos para Alleck, en donde lo arreglaremos todo para el porvenir. Tú vas á ponerte en camino para Leipsick, en donde recogerás el dinero puesto en casa del banquero R.... he aquí tus instrucciones. Dentro de quince dias á mas tardar estarás de vuelta en Alleck, y para evitar el aburrimiento, Pepita será tu compañera de viaje.

Así se hizo en efecto: al cabo de quince dias Conrado estaba ya de regreso en Alleck con su jóven esposa. Mr. Marbel, la señora Walter y toda la poblacion salieron á recibirlos prorrumpiendo en gritos de alegría.

—Esta historia es indudablemente muy interesante, dijo el coronel enjugándose las lágrimas que caian de sus párpados; pero despues de la novela viene la historia ¿fueron felices?

—Felices, como los santos en el cielo, exclamó María.

—¡Ah! ¡ah! dijo el coronel: ahora estoy convencido de lo que ya sospechaba; Conrado sois vos, mi querido Jorge, y bajo el nombre de Pepita nos habeis retratado á María. Hé aquí que ya concluye todo mejor que en mi pierna de madera. Veamos, querido Felix, ¿qué es lo que pensais hacer? ¿por qué partido os decidís? ¿por el de sí, ó por el de no?

—Por el de la afirmativa, coronel, me casaré con Luisa Blum.

—¿Luisa Blum, repitió el coronel sorprendido, una jóven rubia que tiene veinte años, y cuya madre es viuda de un valiente capitan que murió durante la campaña de Francia?

—¿Cómo sabeis todos esos pormenores?

—Porque Luisa Blum es mi sobrina, hija de mi hermana, á quien venia á ver despues de un largo viaje á América. Habitado á andar, preferí caminar á pie las seis leguas que me faltaban todavia hasta Munich. Ha sido un paseo que me ha salido muy mal al principio, pero cuya terminacion me parece ahora de las mas felices, pues que mi mansion aquí ha reconciliado con muchos buenos sentimientos y dulces creencias á mi corazon despedazado por las decepciones mas crueles, y puesto que ya soy partidario del matrimonio, no por mí, que ya estoy viejo, sino por el de mi sobrina. He ganado honrosamente mi posicion, aunque poco ventajosa; si la queréis, el soldado veterano la partirá con vosotros; lo que en cambio os pide, Felix, es un sitio en vuestro hogar, un sitio como el que ha encontrado aquí.

—Ademas tendreis toda la ternura de un hijo, contestó Felix.

Abrazáronse, y al dia siguiente por la mañana la madre de Luisa creyó morir de gozo, al volver á ver á un hermano, á quien creia muerto en la India. Luisa no espermentó emociones menos vivas, cuando su tio la presentó á Felix, y la dijo:

—Hé aquí á tu esposa; ¿le quieres, sí ó no?...

Ruborizada y confusa, Luisa no respondió, ni sí, ni no; pero dió la mano á su tio, y alargó la otra á Felix.

LA MUGER.

Sensibilidad, inteligencia, carácter é inclinaciones de la muger.—Mugeres de distintos países.

La muger, lo mismo que el hombre, tiene cuarenta y dos pares de nervios, desde los ojos hasta la estremidad de los miembros, y estos cuarenta y dos nervios duplicados, por todas partes distribuidos y confundidos, le dan lugar á mil emociones. Parece que su cuerpo es un tejido de nervios, y por lo tanto es muy sensible: sus sentidos son delicados; los olores ejercen sobre ella un grande imperio; los suaves

ves perfumes la embriagan, y los olores fétidos la martirizan. Las mugeres en general tienen el gusto muy delicado; un ruido grande las asusta; son indiferentes ó aparecen distraídas á la simple palabra;



Islandesa.

mas un canto melodioso las conmueve, un grito penetrante escita su conmiseracion, y un quejido las aflige. Una voz dulce tiene encantos para ellas; la dicha de ver y de observar les parece preferible al placer de tocar ó de oír: ver exige menos atencion y poco discernimiento; la vista es el sentido de la pereza, aun cuando nos espone á no pocos errores. Pregúntese á una muger de talento, joven todavía y bonita, cuál es el sentido á que da la preferencia, y responderá indudablemente que la vista, y que á este sentido sacrificaría gustosamente los demas. Sin los ojos, ¿cómo establecería la armonía en sus facciones, cómo asemejar su rostro á otros rostros, cómo se adornaría, cómo juzgaría sobre la afeccion que inspira y cómo correspondería á ella? La vista es el sentido del amor y de la coquetería.

El recto sentido tiene tambien menos precio para ellas que para nosotros; demuestra menos exigencia y menos curiosidad. Es cierto que las mugeres tienen mas tendencia á agradar que á poseer; son mas felices contemplando nuestros combates que nuestros triunfos, y como el cielo, su digna patria, han hecho de la esperanza una virtud. En lo general sienten con demasiada viveza para que

sistemas. Su perfecta esperiencia respecto á las cosas de la vida las persuade fácilmente de la vanidad de



Muger de Kamchatka.

sus teorías, y un secreto instinto las advierte que las



Polaco y polaca.

generalidades en todas las cosas no son mas que soberbias mentiras, y esto las ha disuadido constantemente de los estudios profundos, manifestándose indiferentes á todos los descubrimientos, cualquiera que sea su objeto. Jamás han comprendido bien mas que los efectos individuales, y el estudio de las causas y las abstracciones las desconciertan ó las fastidian. La muger comprende mejor un hecho que un principio. En todas partes donde reinan mugeres, se verá constantemente un marido dócil, un amante déspota ó un primer ministro poderoso. Si la dulzura natural de las mugeres atempera el poder supremo, como dice Montesquieu, en cambio la necesidad de tener un dueño somete este poder á todas las vicisitudes de una eleccion caprichosa, y con el objeto de conjurar esta inestabilidad se estableció la ley conocida con el nombre de Sállica.

No diremos que la muger tiene menos talento que el hombre; pero es preciso confesar que tiene un talento distinto, porque es muger en esto como en todo lo demas: tal vez proceda lo que decimos de la estrechez de su cabeza, de su frente y de su debilidad, de los cuidados que toma por sus adornos y por sus atractivos, ó por la coquetería; tal vez proceda tambien de las vicisitudes de su salud, del tiempo que consagra á alimentarnos, luego á educarnos, y despues á instruirnos; acaso esté persuadida de nuestra superioridad, demasiado dada á la pereza ó muy orgullosa de nuestros homenajes; pero

es lo cierto que su inteligencia en muchas circunstancias tiene menos poder que la nuestra. ¿Quién duda

que tienen menos memoria? Sabemos que hay actrices que aprenden grandes papeles y que los desempeñan sin titubear, y aun cuando no tenemos en cuenta el socorro del apuntador, observemos los estudios que exigen cada representacion. Sabemos que hay mugeres que poseen muchos idiomas; pero observe-



Doncella de Timor.

mos la facilidad con que los olvidan. Sin embargo, es mas fácil hallar una muger que hable medianamente muchos idiomas, que escriba correctamente su idioma propio. La Avellaneda, la Coronado y otras notabilidades femeninas en el género literario de nuestra patria, son escepciones tan raras como gloriosas.

Exaltadas y vehementes, generosas hasta el heroísmo, ó vindicativas hasta la crueldad, su imaginacion las hace versátiles y escesivas en todas las cosas. Tan pronto atentas á los combates de la arena, con una sola mirada escitan el ardor de los combatientes, ó prendadas de los encantos del reposo, estinguen en nosotros el gusto por la gloria, y nos ciegan al extremo de hacernos proclamar meritoria una cobardía que les agrada:

Ferrens ille fuit, te cum posset habere, Maluerit praeda, stultus, et arma sequi.

Tan pronto embriagadas de libertad en las revoluciones ó los tumultos, impulsan á los locos á la sedicion y á la carnicería; y por último, otras veces compasivas y generosas, con sus dulces manos curan las heridas y consuelan al desgraciado. Se las ha visto un dia acompañar triunfante la cabeza de la princesa de Lamballe: en otra ocasion



Tártaro y tártara.

puedan razonar ó reflexionar mucho tiempo, y tienen una gran dosis de sagacidad para que puedan fundar



Reina de la cosecha del lúpulo.

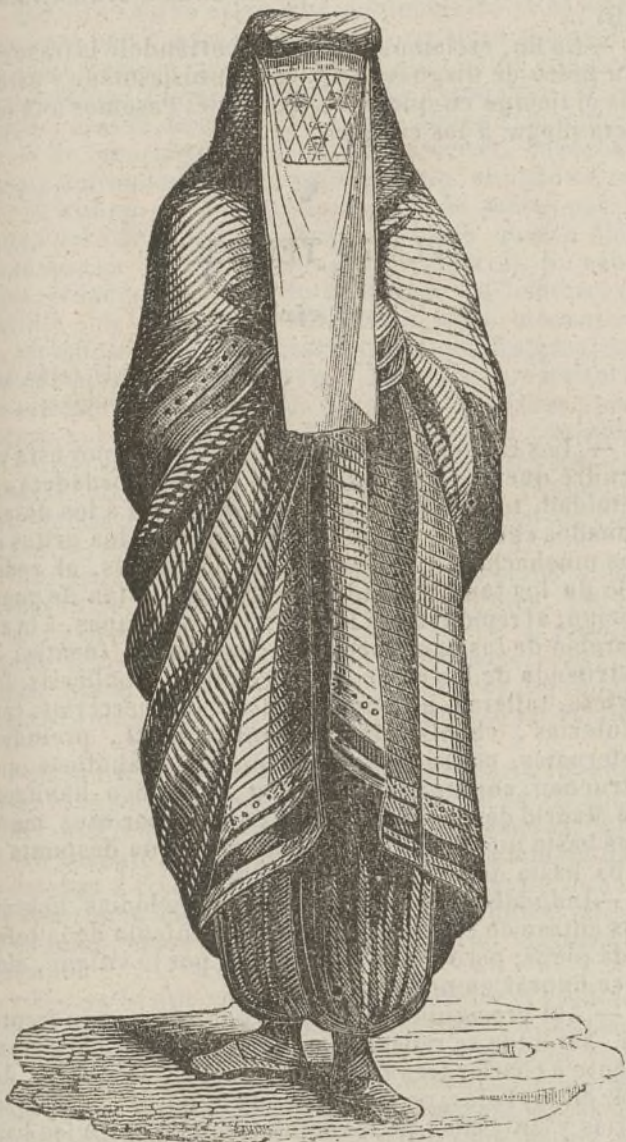
ofrecían flores humedecidas con lágrimas á un rey indignamente condenado, á quien la multitud llenaba

de improprios. Hoy valerosas en la desgracia, como Mad. Lavalette, agradecidas como Francisca de Rimini, ó fieles como Artemisa; mañana pérfidas como Judith; bárbaras en un día calamitoso, y sublimes en un día de terror ó de epidemia.

Esta versatilidad de humor, que las ha hecho cul-

A este tacto tan delicado vemos que se une un perfecto disimulo, y mucha de aquella circunspeccion, mucho de aquella diestra prudencia, que los espíritus pesarosos llaman falsamente hipocresía: son males verdaderos que se callan, ó dolores fingidos que se acusan; algunas veces una sonrisa que oculta las lágr-

cerse, ni el que se calla, ni el que grita, ni el que se turba ó se ofende de todo. «Gritad, señorita, gritad fuerte, decia el viejo Fontenelle á una jóven que huía sus inocentes caricias, gritad, que eso nos honrará á los dos.» El pudor que amamos no es el de Clarisa que disputa palmo á palmo la llave de la puerta por donde



Muger de Astrabad.



Mendiga de Irlanda.

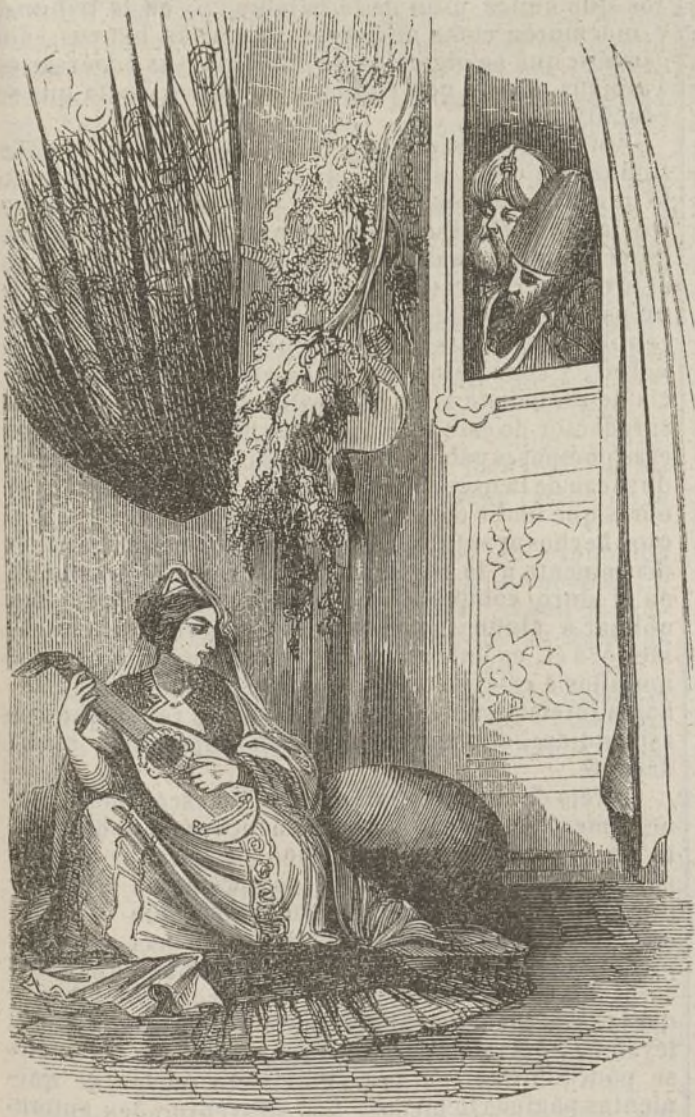


Georgiana.

pables en mas de una ocasion, las ha hecho tambien á menudo muy desgraciadas. Las mas hábiles están tan persuadidas de ello, que no se muestran gustosamente mas que á ciertas horas y en ciertos dias. Las mugeres griegas se hacen invisibles los sábados de cada semana.

mas, otras veces la alegría disimulando el despecho; en casos dados son confidencias para enmascarar un secreto ó para adormecer un arrebató de celos; muchas veces se rehusa para hacer desear, se huye para ser perseguida, se confía en la esperanza de una indiscrecion, se pone un velo para que se descorra, y en

se escapa, si no el de la jóven que leyendo sola á Buffon, salta cincuenta páginas del libro, aunque curiosa por leerlas; la de Virginia, que prefiere la muerte á la vergüenza de ponerse desnuda en la presencia de un hombre. La inocencia y la ingenuidad, este es el mas irresistible atractivo de las mugeres.



Muger de Persia.



Muger del Yemen.



Señora china.

Pero á todas horas están las mugeres dotadas de capacidad; jamás las abandona el talento y la destreza, pues todo les sirve para medios de expresion; el gesto, una mirada, una sonrisa, hasta el silencio. ¿Es preciso corresponder? Todo en ella es un telégrafo, un mensajero; una flor, una cinta, etc.

muchas ocasiones hasta se besa una mano ofensora con la esperanza de poderla cortar.

Pero lo que nos agrada especialmente en la muger, es el pudor cándido, la castidad. No la castidad de Susana, que no ha estado bastante espuesta para ser muy meritoria, no el pudor que se contenta con enroje-

Se reconviene á las mugeres respecto á su ignorancia, y se acusa de ello al hombre mismo. Y sin embargo ¿es á él á quien se consulta en cuanto á la educacion que se le dá? ¿Somos nosotros los que consumimos las hermosas horas de su juventud á los prolongados ejercicios del harpa ó del piano, estudios la

mayor parte del tiempo tan estériles? ¿Somos nosotros los que la habemos aconsejado que florezca sin ningún fruto, sin utilidad para el porvenir, en lugar de hacerlas aprender sólidamente su propia lengua, la historia, y sólidamente también un arte cualquiera, pero uno solo? La historia, las lenguas vivas, la geografía, la Biblia y los moralistas, y acaso también un poco de física, son los estudios que le serían útiles; que nunca sean demasiado sabias en cosas inútiles.

Las mugeres no acaban de comprender lo perjudicial que les es un excesivo amor propio. La mayor parte de las mugeres odian á todos aquellos que las estiman sin emoción, y desearían imponer el castigo que Bussy sufrió en cierta época, que estuvo veinte años preso por haber dicho y cantado que la boca de la señorita de La Valliere era grande.

Si las mugeres tienen poco poder entre nosotros, ellas mismas tienen la culpa.

Mientras mas poderosa es la influencia de las mugeres, mas culpables son juzgándola; siempre que ellas manden á la ilustración serán obedecidas.

I. B***

LAS PLAGAS DE EGIPTO EN MADRID.

(Continuación)

IV.

PLAGA SEGUNDA.

Las ranas.

«Orate Dominum ut auferat ranas a nos.»

El hombrecillo atribuyó á miedo de salir mal parado la retirada del catalán, y envalentonado por la victoria que en su opinión acababa de alcanzar, respondióle con la velocidad del que desea reanudar un diálogo en el que todas las ventajas están de su parte.

—Si señor, me acuerdo; fué un enjambre de ranas que apareció en los campos y ciudades de Egipto, á consecuencia de haberse Faraon negado á cumplir á Moisés la palabra que le había empeñado de dejar partir á las tribus israelitas, si recababa y conseguía de su Dios que cesase la primera plaga; y maldito si encuentro analogía entre eso y las cosas desagradables que hay en Madrid.

—Reflexiónelo vd.

Don Donoso permaneció un rato con el dedo sobre la barba en la actitud de un hombre que medita; por último dijo:

—Como no sean los periódicos ministeriales de cualquier color, bandería ó parcialidad.... porque todos, todos cuando sus patronos están en el poder cantan como las ranas al mismo uníson, por supuesto no para ensalzarlos ni celebrar sus actos, sino para defenderlos imparcialmente de los embozados tiros de la envidia, de la maledicencia y del espíritu de partido, etc. ¡Que siempre la virtud se ve oprimida en la tierra!

—No es eso.

Alegrete volvió á recapacitar; al cabo de cinco minutos exclamó:

—Pues señor, no caigo en ello.... me doy por vencido.

Yo por mi parte confieso ingenuamente que tampoco atinaba con lo que podía ser aquella plaga. La desacorde voz de Pimienta vino á sacarnos de confusiones.

—¿Qué hacen las ranas además de cantar? preguntó al madrileño.

—¿Nadar?

—Si, ¿y qué mas?

—¿Saltar?

—¿Y qué es lo que hoy está en moda en Madrid?....

—No son los saltos, los respingos, las piruetas?.... —Hombre, ¡hombre! repitió el joven en tono trágico, juntando las palmas y abriendo tamaños ojos. Es posible que un español, un hijo de esta nación galante por excelencia, emporio de la gracia y de la gallardía, celebre en todo el mundo por sus danzas y la belleza de sus hijas, compare con un animalejo tan despreciable y feo como las ranas, á la graciosa Nena, á la seductora Vargas, á la aérea Guy, á la interesante Fuoco y á todas las resaladísimas compañeras de ese volátil escuadrón de sílfides, encanto y delicia hoy del pueblo madrileño.... Vd. no es español, un español no tiene tan pésimo gusto!

Esta elocuente imprecación, hiriendo el amor propio del catalán, pareció preocuparle vivamente; mas no por eso desistió de su primer propósito. Sin duda estaba muy persuadido de lo que afirmaba, y fuese convicción ó anhelo de contrariar á su preopinante, lejos de desdecirse, añadió con mas vehemencia:

—Aprecio y me agradan como al que mas esas bailarinas; pero eso no me impide conocer que sus repetidos triunfos son una verdadera plaga para el arte dramático. La Fuoco y la Guy, la Vargas y la Nena absorben hoy la atención general, y lo que el autor de mas ingenio y renombre no alcanza con su inteligencia, lo consiguen ellas con una sonrisa ó una voltereta de sus alados pies. Se anuncia en el primer coliseo de la corte una comedia nueva, y apenas acude el público á verla, mientras se disputa los billetes, los

paga á peso de oro, y llena de bote en bote los teatros donde aparece aquella noche por la milésima vez, y acaso por quince minutos nada mas, alguna de sus niñas predilectas. ¡Oh! el autor dramático que escucha los estruendosos aplausos, los frenéticos bravos y continuo batir de palmas durante la ejecución de algún bailable insignificante, y luego al retirarse cabizbajo y mohino entre la turba, vea los ramilletes y guirnalda que no caben en el coche de la venturosa bailarina.... diga vd. ese, lo mismo que los empresarios y actores que no viven de hacer piruetas sino muecas, ¿no tendrá razón para murmurar conmigo? Las bailarinas hoy son una plaga en Madrid.

Yo que también he traducido en unión de varios aplaudidos escritores media escena de un drama francés, bastante malo por mas señas, y que por consiguiente sin mas títulos, me coloco como otros muchos en la categoría de autor dramático, no pude menos de aplaudir con un leve movimiento de cabeza, la furibunda filípica del orador anti-patista.

No así el burlón madrileño: sus razones me dejaron confundido, turulado, con la boca abierta y con un palmo de narices.

—Amigo mio, dijo, de buena gana me adheriría á la opinión de vd. siempre que no encontrase nada que alegar en contra; pero si en vez de buenas comedias y excelentes dramas, ha de ir uno á ver esperpentos y narcóticas elucubraciones, mal concebidas y peor ejecutadas, prefiero solazarme con algo mas picante y placentero. Necesidad por impertinencia, farsa por burla, picardía por inmoralidad son preferibles los bailes.

—Convenido: pero no se ocultará á la penetración de vd. que el arte padece con estas derrotas y que la juventud (y la senectud) se aficiona insensiblemente á esa clase de pasatiempos, frívolos, insustanciales, que no dejan huella ni en el alma ni en el corazón....

Irónica sonrisa resbaló por los delgados labios del malicioso Alegrete: antes que hablase, presentí lo que iba á decir.

—Todo lo contrario, repuso; nada es mas instructivo, nada es mas filosófico ni lógico que ese pronunciamiento, motín ó revolución (como á vd. mejor le suene), mimico-coreográfico-pedestre que ha puesto los pies encima de la cabeza, desde que Lola Montes trastornó los cascos al buen rey de Baviera, que en gracia de sus pantorrillas, la trasformó en condesa de Lastfeld. Engrandecido, santificado con aquella régia aureola, ese pronunciamiento, motín ó revolución, es la expresión mas genuina, el compendio mas exacto, el epílogo mas elocuente de los grandes acontecimientos que no ha mucho hemos presenciado.

La Europa se ha conmovido hasta en sus cimientos, y en la azogada, movediza época que alcanzamos, época del vapor, de los caminos de hierro y de la maquinaria, parece picada de alguna tarántula infernal, según su afición á moverse, á rebullirse, á no estar quieto en ninguna parte y á agitarse sin descanso, tan pronto en la velocidad y estrépito de la galop, como en Francia por ejemplo; ya con la gravedad y aplomo del minuet, como en la mayor parte de Alemania; unas veces con la precipitación y variedad de pasos y figuras de la polka, como en Italia; otras con la torpeza y grotescas evoluciones del fandango, como en Irlanda y Londres (donde á palos se apagó la llama revolucionaria) (hay quien asegura que únicamente se apagó la del coñac y la cerveza); ora con el calor facticio, con el vértigo momentáneo, con el abandono del ole y de las boleras, como en España; ora.... pero creo escusado insistir en este punto. No tiene vd. mas que echar la vista sobre el mapa de Europa, y si está enterado de los sucesos, y su memoria no le es infiel, verá la parte que cada nación desempeñó en el gran baile nuevo y de grande espectáculo, titulado la Revolución de 1848, cuyo libreto escribieron los franceses y la música los demás países. Baile de los bailes, *chef d'œuvre*, puesto en escena con todo el lujo y aparato que su grande argumento requiera, y que se ha estado representando con general aceptación cerca de dos años, desde las orillas del Mediterráneo hasta las márgenes del Don y el Volga, produciendo á las dos empresas popular y régia, y principalmente á los beneficiados, cuyos nombres omito en obsequio de la brevedad, pingües utilidades.

En cuanto á lo que vd. dice de que el arte padece, y que la juventud y la senectud se aficionan insensiblemente á esta clase de pasatiempos que no dejan huella en el alma ni en el corazón, le contestaré únicamente que el arte no padece, porque ahora mas que nunca tiene ancho campo donde ejercer su incansable actividad. Los jóvenes y los viejos, sean literatos, poetas, pintores, dramaturgos, estatuarios ó simples espectadores, pueden acudir allí á estudiar *d'après nature*, sobre el mismo original, para hacer luego las aplicaciones convenientes en sus obras, las graciosas actitudes, los movimientos voluptuosos, los rápidos trenzados, los escarceos, ademanes, lazos, ruedas, quiebras y aposturas provocativas é insinuantes de aquellas huries que al escarchar en copos de fuego, el oro y la plata de sus vestiduras llueven gloria de su cara y de su talle, como dice el entendido autor de las Escenas Andaluces, cuyo fallo en estas materias no admite apelación.

Se ha dicho que Napoleón (el Grande), en vez de corazón tenía una bala de á treinta y seis, yo creo que vd. lo tendrá de nieve. Este espectáculo que vd. califica de frívolo é insustancial, produce en la mayor parte de los espectadores un efecto mas rápido y agradable que el mejor drama ó comedia; y como una di-

version cualquiera llena mejor su objeto cuanto mas instruye deleitando, calcule vd. cuanto puede aprender un joven ó un viejo de imaginación fosfórica en la danza de una bailarina que reúne la gracia del cuerpo á la belleza de la fisonomía, la esbeltez de las formas á la agilidad y destreza en los movimientos. ¡Oh! vaya vd., vaya vd. esta noche al Circo ó al Instituto... allí...

—En fin, exclamó don Severo cortándole la frase con un gesto de disgusto, vd. está entusiasmado y perdería el tiempo en querer convencerle. Pasemos á la tercera plaga: á los cinifes.

V.

PLAGA TERCERA.

Los cinifes.

«Omnis pulvis terrae versus est in sciniphes....»

—¿Los cinifes ha dicho vd?.... Veo que por esta vez tendré que darle la razón. ¡Los cinifes! verdadera calamidad, tremenda plaga si vd. se refiere á los desentonados chillidos de las revendedoras, á los gritos de los muchachos, á los ladridos de los perros, al redoble de los tambores de las tropas que están de guarnición, al repiqueteo y tañido de las campanas, á la algarabía de los aguadores y vecinas en las fuentes; al estruendo de los carruages, acémilas, caballerías, fábricas, talleres, molinos de chocolate, herrerías, carpinterías, ebanisterías *et tanti quanti*, preludios infernales, coros satánicos, himnos diabólicos que atruenan, confunden y marean al pacífico habitante de Madrid desde que Dios echa su luz por esos mundos hasta que despunta el alba, y desde despunta el alba hasta que vuelve á salir el sol....

—Indudablemente que todas esas melodías hebraicas entran en el cuadro general ó sinfonía de la referida plaga; pero ninguna de ellas, por lo vulgar, merece figurar en primera línea.

—¡Ah! prosiguió don Donoso golpeándose la frente vd. sin duda se refiere á los que se reúnen cotidianamente á charlar tres ó cuatro horas, en la Puerta del Sol, en los cafés, en las aceras de la Bolsa, en las porterías y antecámaras de los ministerios, ó entre los bastidores de los teatros invadiendo hasta el cuarto de las actrices....

—De invasión se trata, pero de otro género.

—Pues señor, exclamó el castellano ya impaciente despues de una breve pausa; los cinifes no pueden ser otros que los estudiantes cuando se dirigen ó salen juntos de la universidad; la cohorte de viudas, cesantes y clases pasivas cuando se aproximan lamentándose y contándose sus cuitas á casa del habilitado á recibir media paga en vez de una entera que aguardaban; los turbulentos aficionados que ocupan ciertos tendidos en la plaza de toros; ó bien, los diputados que nunca usan de la palabra.... en la tribuna, y murmuran como abejorros desde sus bancos, sin permitir que se oigan los discursos de sus adversarios ó amigos, desde que empieza la sesión hasta que se concluye.

—Sin duda, amigo mio, todos esos pertenecen á la zumbadora clase *cinifera* mas abundante en España de lo que generalmente se cree; pero el cinife por excelencia, el cinife tipo, el cinife que merece un estudio especial en gracia de su estravagante originalidad, es el joven escritorcete que prevalido de la amistad de un pariente ó amigo, invade las redacciones, se ofrece voluntariamente á trabajar *gratis et amoris, velint nolint*, y consígalo ó no, se da el tono y la importancia de periodista sin serlo, calificándose por sí y ante sí redactor de este ó de aquel periódico. A él se deben esas pomposas gaceticillas, gaceticillas que de vez en cuando sacan de la oscuridad, elogian y ensalzan nombres y obras que nadie conoce ni merecen ser conocidos. A él esos hechos aventurados que la prensa periódica arroja diariamente á la voracidad pública, para verse luego en el duro compromiso de tener que rectificarlos, ó obligar á algún inocente á espiar yerros que no cometió; á él, en fin, se debe la baja enorme que de algunos años á esta parte han sufrido muchos de los trabajos intelectuales, que antes si no se retribuían con esplendidez, al menos se pagaban á un precio medio decente.

Dirélo de una vez: salvo honrosas escepciones, generalmente estos son los que prostituyen la noble cuanto heroica (en España) profesión de escritor público, porque acostumbran y hasta comprometen á las empresas á tomar de valde ó poco menos que de valde materiales detestables ó pasaderos á lo mas, que ocupan el lugar que debían ocupar otros mejores y mas caros por consiguiente. Editor conozco que recibe todas las semanas una colección de artículos, novelas, leyendas, poesías, traducciones, etc., con las cuales se podría formar un tomo en cuarto mayor, de quinientas páginas lo menos. Los desventurados autores de estas rapsodias ó abortos literarios, devorados de una comezon de escribir que provocaría la risa, si no escitase la compasión muchas veces, por las circunstancias que en algunos de ellos concurren y que hasta cierto punto justifican su estravio, solo exigen que se les dé publicidad. Así no es de extrañar que el día que tengan la insolencia y el descaro inaudito de propasarse á pedir dinero por sus soporíferos engendros, los editores les contestan con un cañón de á ochenta;

asi no es de extrañar que apenas se presente á estos alguno que estime su trabajo en la mitad de lo que vale, si es que realmente vale algo, no es de extrañar, repito, que ni siquiera tengan los editores la urbanidad de informarse de lo que les proponen, y al oír el precio huyan de él como si estuviese atacado del tifus, del cólera morbo ó de hidrofobia...

Mientras así se espesaba, contemplaba yo al señor Pimienta con cierta desconfianza recelosa y no sabía en qué categoría colocarle, si en la de autor indolente, orgulloso y famélico, tan necio como falto de ingenio y escaso de saber (tipo que abunda mucho) ó en la de laborioso y desconocido escritor, continuamente defraudado en sus esperanzas y obligado á ceder el trabajo intelectual de un par de meses por la mitad del salario de un picapedrero en quince días, (cosa que se vé muy á menudo en Madrid). No sabía pues, si ladraba tan desafortadamente de hambre, de envidia ó de despecho, y aunque su porte elegante y su espantosa catadura, frescota, aunque grotesca, me indicaban que no pertenecía á la cofradía escritorial, no estando á su edad, ajada por menguados días y perveras noches de insomnio y meditacion continua, no sé por qué me pareció que aquel hombre sino era literato, debía haber vivido entre ellos y tratádoslos con mucha intimidad para estar iniciado en algunos de sus secretos.

Las oportunas reflexiones que en seguida adujo acabaron de confirmarme en mi primer idea, y si no temiera incomodarte, ¡oh buen lector! y si todo lo que se siente y piensa se pudiese derramar sobre el papel, este artículo no se acabaría ni á fines del año 34. ¡Tantas y tales son las cosas que me dejó en el tintero!

—Después de lo que acabo de manifestar á vd. continuó el orador que estaba en el uso de la palabra, creo inútil insistir sobre la referida calamidad. Ella es tan patente que salta á los ojos de cualquiera que se detenga á considerarla un momento: y vd., que en las anteriores ha encontrado ó creído encontrar alguna utilidad, estoy seguro que en esta no encontrará ninguna.

—Eso es lo que vamos á ver, respondió el aludido, frotándose las manos con visibles señales de satisfacción; dígame vd. pobre hombre, si no hubiera cíñes, concretándonos únicamente á los literarios por ahora ¿cómo encontrarían quien los alabase tantos infelices, que por un error de la naturaleza andan en dos y no en cuatro pies?... ¿cómo se estasiaría el público todos los días con esas encantadoras descripciones de fiestas particulares, conciertos y representaciones teatrales en las que salen á relucir, á la sombra de la *Crónica de la capital*, nombres y artistas de primer orden muy conocidos... en su casa? Si no hubiera cíñes ¿cómo se recomendarían tantas malas traducciones, tantas novelas sin novedad, tantas comedias sainetes, tantas historias ó cuentos mal zurcidos, tantos folletos malandrines, y tantas otras producciones en fin, cuyo principal mérito, si alguno tienen, es el de narcotizar al público para que no distinga entre ese océano de hojarasca y opio las obras verdaderamente recomenables que de vez en cuando se ofrecen á sus miradas distraídas? Si no hubiera cíñes ¿cómo se costearían tantas publicaciones cuya baratura asombra al que conoce los gastos materiales que demandan? Si no hubiera cíñes ¿cómo se contrabalancearían, mercantilmente hablando, las exigencias desmedidas de los escritores de nombre ó de talento, con la necesidad siempre creciente de disminuir el precio de los productos intelectuales para ponerlos al alcance hasta de las fortunas mas humildes, según la novísima frase inventada últimamente?... En suma, si los cíñes, por un fenómeno extraordinario, por un nuevo cataclismo, desaparecieran de repente, si se abriese la tierra por ejemplo, y se los tragase á todos juntos para siempre jamás, ¡amen! ¿podrían los escritores conocidos llenar el inmenso vacío que dejarían en los diversos ramos de la literatura?... ¡imposible!

No sé hasta donde habría llevado su exaltacion al defensor cíñico, que parecía editor de novelas, ó director de periódico literario *in fieri*, según abogaba por ellos, á no haberle interrumpido su inexorable compañero, diciéndole con sequedad:

—Basta, basta, señor Alegrete, por no imitar el monotonó y sempiterno zumbido de esos ruines insectos, demos por suficiente discutido el punto, y pasemos á la

VI.

PLAGA CUARTA.

Las moscas grandes.

«El venit musca gravissima....»
«Corruptaque et terra ab hujuscemodi muscis....»

Cuando yo oí pronunciar las *moscas grandes*, me imaginé, ¡pobre de mí! que las tales moscas, por el mero hecho de ser *grandes*, serían algunos de esos esclarecidos títulos, fuertes capitalistas, ricos comerciantes, ó acaudalados propietarios, que todos los años acostumbra venir á Madrid como un enjambre de aviones, á solazarse en el régio banquete que siempre la corte tiene dispuesto para sus escogidos. Ya los veía cruzar delante de mí despertando la codicia y la am-

bicion en sus espléndidas carrozas, cuyas veloces ruedas al chocar en los duros pedernales, dejaban tras sí un centenar de chispas refulgentes, símbolo del esplendor que los acompañaba do quiera; brillantes luminarias de los placeres que les brindaría con fácil mano la porción mas escogida del pueblo madrileño, la clase reputada mas feliz por su cuna, su posicion y sus riquezas; y al par que esto veía, veía tambien al pobre mendigo, cubierto de andrajos y miseria, clavar en el rico carruaje su envidiosa mirada, y acaso por él atropellado, volver tristemente los ojos al cielo como diciéndole: ¡Señor! ¡Señor! ¡para unos tanto y para otros nada!...

Pero me equivoqué de medio á medio. Las moscas grandes no eran lo que yo creía: según se explicó don Severo, eran el aluvion de artistas altos ó bajos, (*hujuscemodi muscis*), de diferentes naciones y que por distinto arte y manera, á guisa de voraces sanguijuelas, estantes ó transeantes en Madrid, al fin y al cabo, por las ó por nefas, por activa ó por pasiva, *bongré malgré*, nos extraen el metálico de los bolsillos: lo cual es una verdadera y terrible plaga para los que no cuentan con las rentas de un Osuna, de un Cordero, de un Murga ó de otro cualquier pobreton por el estilo.

Hecha la salvedad de que no pretendia zaherir individual ni involuntariamente á nadie, ni criticar la hospitalidad que el pueblo español les dispensa, siguió hablando de este modo:

—No hay año, no hay mes, no hay semana, no hay día y casi iba á decir, no hay hora ó minuto que no llegue á la capital alguno de esos ó de esas moscas (porque los hay machos y hembras) y anunciándose estrepitosamente, no conspiren de consuno á arrebatarnos los pocos maravedises que nos dejan las cien mil gavelas oficiales y privadas que abruman al misero habitante de Madrid. Desde el oscuro amolador y el organillista que toca por las calles acompañado de un mono, hasta el que se presenta en el proscenio de un teatro con rica bota charolada, elegante frac y albos guantes, todos, todos, con mas ó menos brillo, con mas ó menos lealtad, excitando nuestra curiosidad ó explotando nuestra necesidad, nos apremian con un nuevo género de contribucion que no consta en el sistema tributario. Muy á menudo suelen darnos tremendos *puffs*, ó como se dice en castellano, gato por liebre; y así, casi puede asegurarse que la mayor parte de las veces sino todas, hay en Madrid quien sin venir de remotas tierras haga las cosas tan bien ó mejor que ellos; y sin embargo, no consiguen los españoles ni la fama, ni los aplausos, ni las utilidades que alcanzan los precitados moscas.

Esta plaga, amigo mío, es muy numerosa y se subdivide en varias especies, de las cuales algunas puestas en contacto, forman por sí solas una nueva plaga, como las ramas de ciertos árboles de América y de la India, al inclinarse hasta tocar el suelo, se hunden en la tierra y forman un nuevo árbol. Generalmente hablando, los autores de nuevos métodos, los introductores de espectáculos nuevos en esta corte, como v. g.: el del león y el tigre; los que encabezan sus anuncios con el epigrafe sacramental.... para los bobos: *Mr. ó Mad. ... que acaba de llegar de París*, así como los que graban en sus muestras: *á estilo de París*; los autores de viages y descripciones tan exactas y verídicas como las del embustero Dumas; los que ofrecen al público triples rebajas, mejoras y utilidades que sus compañeros de arte profesion ú oficio; rebajas, mejoras y utilidades que luego quedan reducidas á cero ú obligan á decir: ¡lo barato sale caro! esos y otros muchos que seria muy estenso enumerar, son por regla general moscas golosas que solo aspiran á cebarse en el rico panal del oro y plata y hasta de la calderilla madrileña. ¡Inútil es estar alerta! ¡inútil ponerse en guardia!... Para sorprendernos emplean la palabrería característica de nuestros vecinos transpirenáticos, los fraudes de un gitano andaluz y las seducciones de una circe encantadora que nos atacase á la vez por ojos, oídos, boca, narices, y por todo el cuerpo, en fin, ya que por todo él está derramado el tacto; ora presentando sus bellísimas formas mal veladas á nuestros ávidos ojos; ya entonando sentada al borde de nuestro lecho amorosas, lúbricas canciones y prodigándonos los tiernísimos nombres que solo sabe pronunciar una muger hermosa y apasionada; tan pronto aproximando á la nuestra,

«La dulce boca que á gustar convida
«un humor entre perlas destilado; (1)

como dejando flotar por nuestras abrasadas mejillas los rizos de su olorosa cabellera, cuyo perfume confundido con las suaves, voluptuosas emanaciones que traspira el cuerpo de una virgen rebosando juventud y belleza, nos embriagase ó magnetizase.... y como si este cúmulo de sensaciones no bastara, figúrese vd. que en la crítica situación que acabo de pintar, la referida ciudadana nos echa los brazos al cuello, nos acaricia, y emplea para seducirnos todos los resortes que tiene á su disposición el bello sexo sin contar con el magnetismo.... ¡oh! ni el mismo José, tan heroico con la muger de Putiphar, podría resistir á otra tan duca é inteligente como esta, que le embistiese por los cinco sentidos á la vez; con la enorme diferencia de

(1) Góngora.

que aquel pobrete se libró soltando la capa, y nosotros no nos vemos libres de los ó las moscas, ni aun soltando la bolsa, porque tras los últimos vienen otros, y tras estos otros, y otros, y otros, y otros, de modo que es el cuento de nunca acabar. *Corruptaque et terra ab hujuscemodi muscis....*

¡Si esto no es una verdadera plaga, venga Dios y véalo!

Don Severo respiró con fuerza y volvió la vista hácia Madrid, en tanto que su compañero tosía y le preguntaba con afectada displicencia, como procurando rehuir la cuestion.

—¡Phs!... todo eso podrá ser cierto, pero maldito si comprendo por qué ha calificado vd. de grandes á los tales moscas.

—¡Ira de Dios! repuso el sulfúrico catalán, ¡me agrada la pregunta! los he calificado de ese modo, porque el adjetivo *gravissima* de que se vale la Escritura significa grande, magestuoso, considerable, importante; Virgilio, en union de *méritis* lo usa en sentido de respetable; Ciceron lo emplea á menudo con la palabra *res*, para denotar cosas graves y de consecuencia; Tito Livio....

—*Sufficit*, replicó irónicamente don Donoso confundido por aquel torrente de erudicion tan oportuno como las citas en griego, en latín, en alemán, en inglés, en francés, en italiano, que traen á colacion algunos *concienzudos* críticos para probar que una comedia, que vale mas que todo lo que ellos han escrito y son capaces de escribir en toda su vida, es un mal sainete.

Lastimado Pimienta en su amor propio, añadió recalcando sobre las palabras:

—Los he calificado de *grandes* por su ridícula pretension de sobresalir en todo, de hacer las cosas mejor que los españoles, y de ser el *non plus ultra* de su profesion, arte ú oficio. No hay musiquillo pelafustan que no se crea un *redicivo* Paganini, trapisondista jugador de manos que no se anuncie como un Macallister: daguerrotípico pintor de brocha gorda que no se tenga por un Velazquez; profesor de idiomas, que apenas sabe regularmente el suyo, que no se conceptúe un Pico de la Mirandola ó el famoso cardenal Poligroto que no ha mucho falleció en Roma; imberbe sastrecillo que no abrigue la pretension de ser una especialidad para el corte de un frac, chaleco ó pantalones, muy superior al mismo Utrilla....

—*Sufficit, sufficit*, repitió magistralmente don Donoso.

—Si, basta y sobra; pero no esquivé vd. la cuestion, y confiese que los moscas grandes son una de las peores plagas que han caído sobre Madrid.

Grandes, en efecto, eran las moscas denunciadas por don Severo; pero era aun mas grande mi impaciencia por ver de qué manera el señor Alegrete rebatía las poderosas razones de su contrincante, y ya juzgaba en vista de su silencio que iba á declararse vencido, cuando le ví emprender la defensa de los mal parados insectos con el mismo brio y serenidad que la de las otras plagas.

—Yo no niego, dijo, que la afluencia extraordinaria de esos animaluchos que cada día va en aumento, económicamente considerada, no sea un grave mal para el bolsillo. No obstante, si vd. no ha olvidado que la caridad cristiana manda dar de comer al hambriento, y de vestir al desnudo; si vd. recuerda que, según las ideas mas avanzadas, todas las naciones son hermanas, y todos los hombres ciudadanos del mundo, que tienen ó deben tener iguales derechos en todas partes para ejercer bien ó mal, limpia ó turbiamente, sus respectivas industrias; si leyendo los periódicos ha adquirido vd. una ligera tintura de las doctrinas de Proudhon, y no ignora que «la propiedad es un robo, y que nadie tiene derecho á lo supérfluo cuando alguno carece de lo necesario»; si vd. considera la facilidad con que se gana y se gasta el dinero en Madrid, y los muchos incentivos que hay en él para resbalarse y caer, no ya en la tentacion, sino en el pecado, siendo aquel vil metal la llave mágica que abre todas las puertas de este infierno, y nos lleva insensiblemente de escalon en escalon conducidos por los siete pecados capitales, como veria vd. en el teatro del Drama (Q. E. P. D.), hasta la muerte y la perdicion eterna.... estoy seguro, amigo mío, que esa calamidad tan terrible se irá disminuyendo á la luz de la lógica y de la filosofía, cuanto mas de cerca la examine, como se disminuyen y equiparan con el suelo los diversos picos de una cadena de montañas, á medida que nos vamos aproximando á la cumbre de la mas alta.

Don Severo movió la cabeza silencioso, tal vez queriendo dar á entender al madrileño que no admitia las premisas de su discurso. Alegrete, juzgando que no le habia comprendido, se creyó obligado á desenvolver las ideas que no habia hecho mas que enunciar.

—Si la caridad, prosiguió, manda dar de comer al hambriento y de vestir al desnudo, nadie mejor que los moscas puede invocar esa máxima evangélica, pues es sabido que por lo regular vienen á vivir sobre el país, conducta muy razonable por cuanto un axioma de filosofía nos enseña que *de la nada no puede salir nada*, y no teniendo ellos nada, mal podrian traer algo.

Si descenden de Adán y Eva todos los hombres necesariamente son hermanos, y el mundo entero es su legítimo patrimonio. ¡Id por todo el mundo!... dijo Jesucristo á los apóstoles; «¡España! ¡España! zumban las moscas, lancémonos en tropel sobre toda la España; desde los mas remotos tiempos esa nacion está

acostumbrada á ser presa de los moscas. Díganlo sino los cartagineses y sus sucesores. En avant, avanti, away! Y tienen razon vive Dios! que ante la suprema ley de conservar el número uno, las fronteras, las leyes, los usos y costumbres, hasta el idioma desaparece. El hombre no es como las plantas, que no florecen sino en ciertos parages determinados; el hombre es cosmopolita, y do quiera que encuentra tierra y aire, sea bajo las nieves del polo ó bajo el ardiente sol de los trópicos, vive y echa raíces... *Ubi patria est ubique est bene* ha dicho un célebre filósofo (pagano para no hablar así): la patria está donde á uno le va bien; y en ese concepto, los que vd. califica de moscas ¿no tendrán acaso mas derecho que vd. para llamarse vecinos de Madrid, ciudadanos españoles?...

Pasó al tercer principio: siendo la propiedad un robo, cada uno á *prorata*, y todos *in solidum*, están autorizados para arrancar de manos de los ladrones, por todos los medios que estén á su alcance, los efectos robados. Vd. no ignora que la moneda es el símbolo de las riquezas, el signo y medida de los valores, y la que representa en menos volúmen no solo los bienes raíces, muebles y semovientes, si que tambien todos los gozes y placeres, honores y distinciones que en nuestra época alcanzan los que la poseen, con lesion enormísima de sus infelices hermanos, parias de la civilización; por lo tanto, á la moneda deben estos dirigir principalmente sus tiros, y de grado ó por fuerza arrebatársela á sus propietarios, ladrones en el mero hecho de ser propietarios, ora valiéndose de diplomáticos ardidés, ora ex-abrupto y por derecho de sorpresa, lo cual, lejos de ser reprehensible, debe ser altamente meritorio, porque es un principio pasado en autoridad de cosa juzgada, que el que roba á un ladrón tiene cien dias de perdon.

Y qué obra de caridad tan grande, tan piadosa y filantrópica, no hará el que directa ó indirectamente quite á los hombres, quitándoles el dinero, esa polilla de las almas, los medios de dar rienda suelta á sus vicios y malas pasiones! ¿No deberían los españoles alzar un monumento de gratitud y admiración á los que sin ser gobierno, sin tener cuatrocientas mil bayonetas y doscientos mil empleados, saben librarlos de esa lepra, y sin papeletas de apremio ni ejecuciones, sin medidas escepcionales ni estados de sitio, sin fusilamientos ni destierros, sin violencias ni prisiones, consiguen ponerlos en el camino de la bienaventuranza, despojándolos, sin que lo sientan, del vil metal, causa eficiente de todas las calamidades humanas, y cuyo peso les impediría probablemente remontarse al cielo?...

Si todavía persiste vd. en su ceguera, le diré que la presencia de esos moscas que tanto le irritan, es indispensable para sacar á los españoles de su natural inercia, para obligarles á hacer uso de las privilegiadas dotes que han recibido de la naturaleza, á competir con ellos mejorando sus productos, ensanchando sus ideas á la altura que exige la ilustración del siglo, y á desollar y á servirles de guía y lumbrera, como tienen de costumbre siempre que quieren, y la necesidad los aguijonea, como lo prueban sus antiguas fábricas y manufacturas, el descubrimiento del vapor, el arte de enseñar á hablar á los sordo-mudos, y los telégrafos eléctricos, descubrimientos de que otras naciones se han aprovechado, habiéndolos descubierto primero que nadie los españoles....

Ademas de estas indisputables ventajas, en el trato de los moscas pueden nuestros paisanos aprender prácticamente y sin salir de Madrid, la geografía, los usos y costumbres de los pueblos lejanos, oyendo hablar continuamente de ellos á sus cofrades los moscas, que en todo, para todo, y á todo, mientan á su país; y por último, pueden los primeros, á fuerza de conocer y tratar á los segundos, hasta cobrar mas amor á su patria y á sus compatriotas tan calumniados por los extranjeros....

Aquí perdió los estribos el bilioso don Severo, y sin poder contener su ira, clavó furioso sus ojos de lagarto en los de su acompañante, y le dijo con voz sorda:

—Hombre ó demonio, ¿qué heregías está vd. ahí ensartando?

—Lo dicho dicho, contestó Alegréte con gravedad; suponga vd. que tiene vd. un espantoso dolor de muelas que no le deja comer ni dormir, y que alentado por la fama ó los pomposos anuncios de algun dentista mosca se aventura, no sin gran trabajo, á ir á ponerse en sus manos, como le pasó á un amigo mio, prefiriéndole al mas acreditado de sus compatriotas, y que el tal dentista mosca por sacarle á vd. una muela mala, le arranca dos sanas con un pequeño aditamento, ó sea parte de lengua y de quijada.... diga vd. ¿no aprenderá vd. á sus expensas á desconfiar de los moscas y á apreciar doblemente á su patria y á sus compatriotas?...

Sorprendido por los gestos y graciosos ademanes del hombrecillo, el inflexible Aristarco á pesar de su enojo, volvió la cabeza para no reírse; y como su compañero soltase la carcajada conociendo el efecto que habia producido, no pudo él contenerse y se le escapó otra tan espantosa, que se oyó en Madrid y en dos leguas en contorno, tanto que los periódicos anunciaron muy formalmente al otro día:

En su importante seccion que casos de la corte cuenta (1).

(1) Espronceda.

que en la tarde del anterior, estando el cielo muy claro y despejado, se habian oido repetidos truenos hacia la parte de Carabanchel, indicio seguro de algun pequeño terremoto en los alrededores de aquel pueblo.

Mayúscula fué la carcajada: yo por mi parte para no estallar me metí en la boca apresuradamente, no recuerdo si el pañuelo, la punta del gaban ó una piedra. La discusion se iba haciendo cada vez mas interesante, y hubiera sido un dolor, una pérdida irremediable para la literatura, perder una sola sílaba de las muchas y peregrinas especies que en las plagas posteriores debia cada uno sacar á la palestra para anatematizarlas ó rehabilitarlas.

Cuando hubo pasado aquella mútua explosion de hilaridad, los dos amigos tuvieron por conveniente no acordarse de la cuarta plaga; á Pimienta se le quitó la mosca, y por un convenio tácito muy comun entre personas bien educadas, que se aprecian y se perdonan recíprocamente sus genialidades, se dijeron sonriéndose:—Examinemos la quinta plaga.

ALEX MAGARIÑOS CERVANTES.
(Se continuará.)

DE LAS CATACUMBAS.

Si despues de triunfar el cristianismo y de sentarlo Constantino en el trono, vemos sus monumentos grandes y magníficos, sus templos ricos y suntuosos; solo ruinas nos presentan los edificios religiosos anteriores al siglo IV, por donde debe empezarse el estudio de la arqueología cristiana. Antes de ser abiertamente cristiana Roma, estuvo oculta por el espacio de trescientos años entre criptas y catacumbas. Allí tuvo su humilde cuna la religión cristiana; de allí nos vienen las tradiciones primitivas conservadas con pruebas auténticas é irrecusables entre las sombrías bóvedas de los cementerios sagrados; y solo allí vemos y palpamos los sufrimientos de nuestros primeros hermanos; sus ceremonias, sus combates con el paganismo, y sus convites fraternales.

Los monumentos del cristianismo naciente que existen en las catacumbas de Roma, son tambien, aparte de su interés arqueológico, armas poderosas de los cristianos para combatir la ignorancia ó mala fé de sus enemigos. La invariabilidad de su dogma y de su moral que pregona el cristianismo, se encuentra á cada paso demostrada en los muros de las catacumbas, y en lo profundo de sus calles tortuosas y enrejadas, en donde aparecen signos irrecusables, señales infalibles y testimonios verdaderos de la igualdad de nuestra creencia con la de los primeros cristianos. Los protestantes creen guardar las reglas primitivas en la fria desnudez de sus templos; pero ignoran seguramente que las doctrinas mas esenciales están grabadas en las paredes de las catacumbas, y que allí mismo se ven los honores que se tributaban á las imágenes pintadas ó esculpidas de la Virgen, de los apóstoles y de muchos santos.

Las catacumbas son designadas por los escritores antiguos con los nombres de *catacumbas*, *criptas* y *cementerios*. San Jerónimo (in Ezech. cap. 40.) nos trasmite tambien estos nombres, cuando dice que en su juventud y dedicado á las primeras letras, acostumbraba bajar á las catacumbas todos los domingos, con alguno de sus compañeros. Ciceron, Suetonio y Vitruvio nos presentan tambien la voz *arenarias* con que los romanos conocian aquellos sitios, en atencion á su naturaleza y destino que primero tuvieron.

De todos modos, parece fué el origen de los subterráneos de las catacumbas, las excavaciones y profundizaciones que desde los mas remotos tiempos se hicieron en busca de tierra volcánica ó *puzolana*, que servia para construir edificios. A medida que prosperaba la riqueza pública, se levantaban edificios mas ó menos grandes; y á medida que se edificaban casas, se ahuecaban los senos de la tierra sobre la que se habian fundado las poblaciones y ciudades. De aquí es que resultaron infinidad de oscuros laberintos, caminos profundos, enrejadas y vastos pasillos subterráneos, á que hubo de darse cierta disposición y regularidad para facilitar la estraccion de la tierra y la libre circulación de los trabajadores.

En un principio solo se empleó en ellos á los esclavos y gentes de peor condicion, pero despues se obligó á los cristianos á trabajar en las catacumbas, admitiéndose generalmente que las termas de Diocleciano fueron resultado del trabajo de los cristianos.

He aquí la razon porque se convirtieron en depósito sagrado de los restos de los mártires. Los primeros prosélitos de la fé fueron en Roma hombres del pueblo. El lujo y disipacion de los ciudadanos romanos chocaba con el cristianismo. Este proclamaba la caridad, la fraternidad y la igualdad de los hombres ante Dios, máximas evangélicas llenas de paz y de mansedumbre. ¿Cómo podian avenirse con la esclavitud y relajacion del imperio romano?

Los cristianos, pues, habian trabajado en las catacumbas, y conocian perfectamente la direccion de los innumerables subterráneos excavados junto las puertas y cercanías de Roma, y guiando por ellos á sus hermanos buscados y oprimidos durante las persecuciones, oponian un asilo impenetrable á sus sangrientos perseguidores.

Para formarse una idea de la naturaleza y forma de casi todas las catacumbas, bastará describir una de

las catacumbas cristianas mas principales. Y decimos cristianas, porque la mayor parte de ellas sirvieron de cementerio á los cristianos particularmente, y no á los romanos, cuyos cuerpos entregados á las llamas para conservar la salud á sus ciudades, solo en casos raros fueron depositados en las catacumbas. Asegúrese sin embargo que los primeros romanos, y aun despues los ciudadanos del imperio, fueron depositados en tumbas, por aparecer el sepulcro de la familia *Cornelia* ó de los Escipiones en el camino de Tarragona. Pero este aserto desaparece ante el testimonio de los historiadores gentiles, y escritores cristianos de aquellos tiempos, que unánimes nos refieren los ritos y ceremonias de la quema de los cadáveres de los esclavos, de la gente principal y de los Césares.

Los cristianos, acordes con las ideas de resurrección que proclamaba su dogma, creyeron que debian conservar todo lo posible los cadáveres de sus hermanos para que aparecieran en el día final, y así los depositaron en los profundos caminos de las catacumbas, junto con los preciosos restos de los mártires, y lejos de las cenizas de sus enemigos y perseguidores. Patentemente están todavia en muchos sepulcros de aquellos subterráneos los emblemas del cristianismo y las señales del martirio. Esculpidos mas ó menos toscamente en la tapa, en los lados de las tumbas y en alguno que otro sarcófago, aparecen emblemas bíblicos, escenas alegóricas, el monograma de Jesucristo, la cruz sola, ó la X y P entrelazadas. Un lenguaje simbólico presentan muchos de ellos: la palma, la corona, las hojas de laurel, como signos de la victoria; la áncora de salvacion, la paloma, emblema de la fé, y una nave que llega á un puerto; pues sabido es que los escritores antiguos comparaban la vida humana á una peligrosa navegacion.

La catacumba de San Marcelino á tres millas de Roma fuera de la puerta *Mayor*, es de las mas grandes y conocidas. El viajero se interna en un confuso laberinto de calles y caminos subterráneos que se extienden y cruzan en todas direcciones. En sus muros ó paredes hay tres, cuatro y hasta cinco pisos de nichos unos sobre otros, destinados á recibir y custodiar los cuerpos de los mártires y de los primeros cristianos. Se conocen todavia las excavaciones sucesivas de diferentes tiempos y mas ó menos profundas con groseras escalinatas para bajar de unas á otras. De trecho en trecho pequeños oratorios sobre las tumbas de los mártires hechos posteriormente, producen emociones difíciles de describir. Pero donde el hombre contempla con fervoroso recogimiento lo grandes y sangrientas que fueron las luchas de los cristianos contra el paganismo, es en las salas ó *cubiculos* que existen en todas las catacumbas y en donde aquellos se reunian, no solo durante las persecuciones, sino aun despues de ellas, para celebrar los aniversarios de la muerte de los soldados de Cristo. En muchas de ellas se encuentran pinturas, trozos de vidrio y otros objetos que han servido materialmente y que todavia están colocados del modo mismo que siglos hace las dejó la mano del hombre. Multitud de lámparas de barro y de bronce colgadas del techo ó clavadas en la pared, nos recuerdan las iluminaciones con que se celebraban los misterios divinos; necesarias del todo en la lóbrega obscuridad de aquellos recintos. Y seguramente la costumbre de los cirios y velas encendidas de nuestras festividades, aunque se celebren en medio del día, son segun Prudencio y San Paulino de Nola, recuerdo de las tristes y oscuras catacumbas primitivos templos de los cristianos.

En medio de estas salas de forma circular algunas veces, se halla la tumba de un mártir, cubierta con una piedra ordinaria ó de mármol, llamada *memoria*, *martirio*, *título* ó *confesion*; y como en los siglos de persecuciones, á veces duraba mucho tiempo la celebracion de los misterios divinos, de aquí es que se encuentran ahuecados en los muros bancos ó asientos.

Otra cosa llama tambien mucho la atencion del cristiano en las catacumbas, y es el toseco adorno que en pinturas, bien conservadas unas y destruidas por el trascurso de los siglos otras, presentan muchas paredes en su superficie estucada y preparada al intento. Escenas alegóricas y simbólicas nos transmiten la adoracion de los reyes magos, las disputas de Jesus con los doctores, sus coloquios con los apóstoles, su cura del paralítico y resurreccion de Lázaro; interpoladas con asuntos bíblicos ó del antiguo testamento representando el diluvio universal, el sacrificio de Abraham, á Daniel con los leones, á David tocando el harpa, etc. Mas interesante es aun la vista de efigies y retratos de la Virgen, de Jesucristo, de San Pedro y San Pablo, y de otros apóstoles, pintados allí quizá por los mismos que vieron sus predicaciones y milagros, que nos han conservado de este modo señales características de la fisonomía de aquellas santas personas, iguales con poquísima diferencia á las efigies que hoy día veneramos. Y sin embargo de que no son recomendables por su mérito artístico, interesan vivamente al cristiano, observando en ellas al Salvador del mundo, y el ardor y pureza de fé con que sus doctrinas fueron abrazadas.

Finalmente se encuentran en las catacumbas varias fuentes y aljibes de forma particular, á propósito para recibir en ellas el bautismo, aunque fuese por inmersión, y que no dejan duda alguna de que eran los baptisterios en que junto á los mártires recibian la fé de Cristo los catecúmenos.

F. J.

CAPILLA Y SEPULCRO DE ENRIQUE VII

EN LA ABADIA DE WESTMINSTER.

Todos los viajeros que han visitado la célebre abadía de Westminster, donde están depositados los restos de tantos personajes ilustres de la gran Bretaña, han podido observar á la estremidad oriental de este edificio, una magnífica capilla, que es sin contradicción la obra mas acabada del estilo gótico. Aquí están encerrados los despojos mortales del rey Enrique VII, uno de los mas hábiles monarcas que han gobernado la Inglaterra. Mas dichoso que su antecesor el rey Ricardo III, que murió en el campo de batalla, y cuyo cuerpo encontrado desnudo y cubierto de sangre y

colocado de pie, con el objeto de que sobresalga la belleza de la escultura.

Se sube al sepulcro de Enrique VII por una hermosa escalera de mármol: el pórtico está adornado con los emblemas heráldicos de la casa de Tudor, rama de la de Lancaster, y de la cual descendía Enrique VII.

Magníficas verjas de cobre dorado prohíben la entrada á la nave. En derredor del sepulcro hay una balaustrada de cobre, que puede considerarse como un modelo en este género de obra. La nave está muy elevada, donde hay ventanas que despiden una brillante luz y dejan ver en toda su hermosura las pilastras, los escudos, los bajo-relieves y todos los demas ornamentos, que son tambien de cobre dorado. Este efecto de luz es tanto mas atractivo, cuanto que contrasta con

CAUSA FORMADA EN 1844

CONTRA EL BRIGADIER

DON GREGORIO QUIROGA Y FRIAS

á consecuencia de los sucesos del 7 de octubre de 1841 (1).

El 7 de octubre de 1841 fué un manantial inagotable de procesos criminales, cuyo tristísimo resultado proporcionó por largo tiempo una serie de dolorosos espectáculos al pueblo de Madrid.

No entraremos ahora en una prolija narración de las muchas y muy complicadas causas políticas que produjeron aquellos lamentables sucesos.

Cual fuese el estado político del país al comenzar el aciago mes de octubre: cuáles los antecedentes que habian traído á la nación á aquel estado de agitación, de efervescencia y de sorda, pero temible inquietud: cual la influencia que en este estado habian producido la marcha de Cristina al extranjero, la instalación de la regencia provisional, la entrada de la corte en Madrid, la apertura del parlamento y las célebres sesiones y acaloradas discusiones sobre la regencia de España y la tutoría de la Reina: cuales los medios por los que se afianzó el poder del duque de la Victoria: como se hubiese dado lugar á las enérgicas declamaciones del diputado don Joaquín María López; el descontento general que tales divergencias políticas producian en el país: y como nació, creció y se desarrolló esa revolución, que entonces frustrada, debia producir sus resultados dos años despues; son asuntos que darian materia á estensas consideraciones políticas y sociales, en las que sentiríamos mucho tener que ocuparnos.

Así lo indicábamos no ha muchos días al comenzar la tristísima relación de la causa del general Leon: y entonces manifestamos, y volvemos á repetir ahora, que no solo son ajenas estas discusiones á nuestro carácter y al de nuestro periódico, sino que al referir estos sucesos históricos, quisiéramos borrar en ellos todos los puntos de contacto que tienen con la política.

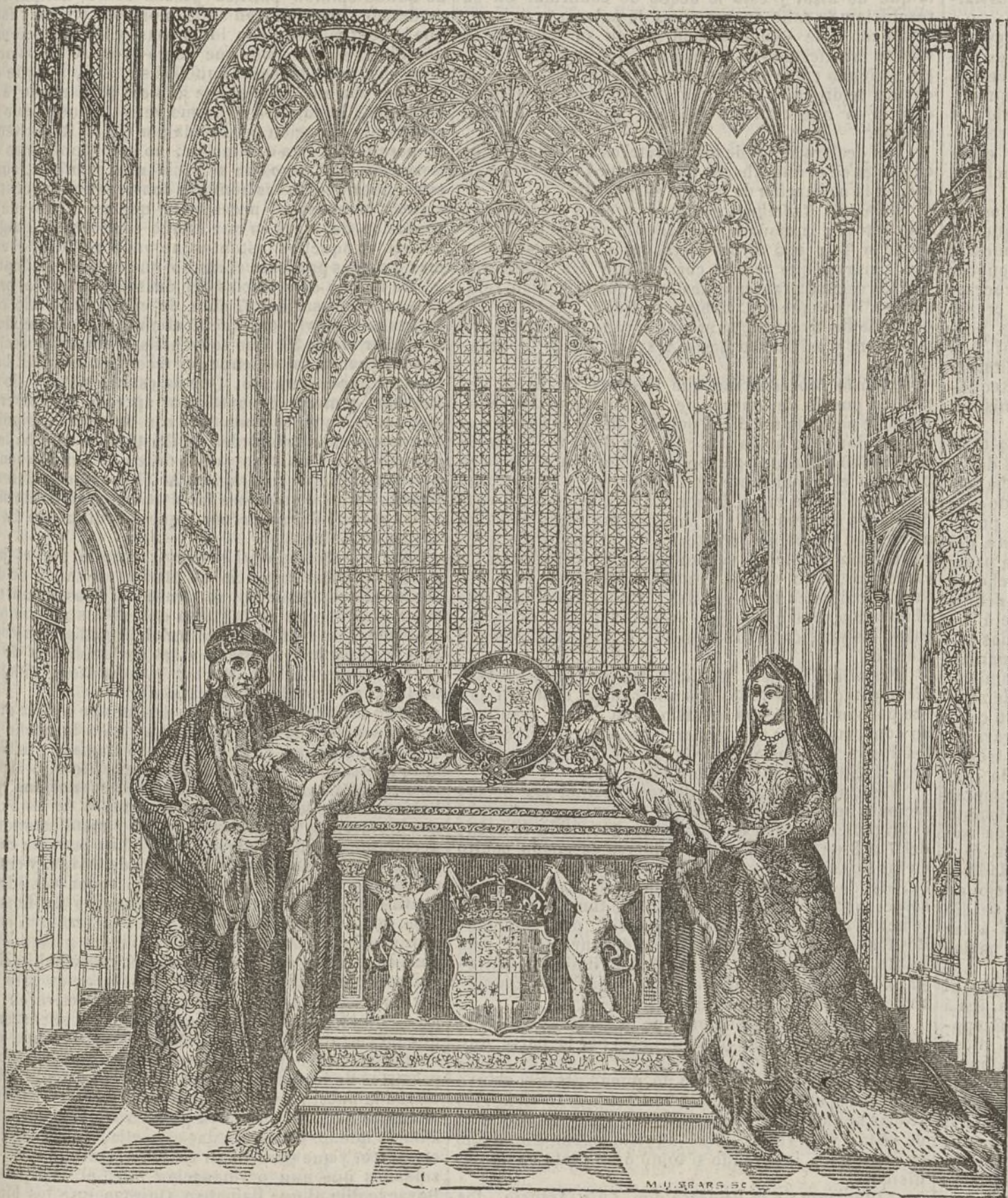
Es sin embargo un hecho evidente, y que como tal no nos abstendremos de referir, que el gobierno de entonces estimó como el remedio mas eficaz y oportuno para afianzarse y para intimidar á los revoltosos, la instalación de un consejo de guerra permanente y la formación de un sin número de procesos, cuyos resultados eran otros tantos fusilamientos, deportaciones y destierros. A la causa de los generales don Diego Leon y don Manuel de la Concha, siguieron la del brigadier de infantería don Fernando Norzagaray, la del brigadier don Gregorio Quiroga y Frias y del conde de Requena; las sumarias instruidas contra el marqués de Valle-Hermoso, contra don José García, teniente del regimiento de la Princesa, don Eusebio Antónanzas, alférez de la guardia, don Manuel Laguna y don Francisco Ibañez, sargentos, don Vicente Antonio San Felices y don Rafael Cárdenas, paisanos. Formáronse asimismo sumarias contra el general don Francisco Javier Azpíroz, el coronel don Joaquín Cruz Casaprim y don Joaquín Barrotia: otra contra el teniente coronel del regimiento de la Princesa don Ramon Nouvilas, los comandantes del mismo don Joaquín Rabanet y don Francisco Lersundi, prófugos; los tenientes graduados de capitán, don Manuel Boria y don Luis Asensio, y los subtenientes don José Gobernado y don Juan Mier: al propio tiempo que se instruía otro procedimiento criminal contra el teniente co-

ronel don Dámaso Fulgosio, y el coronel don José Fulgosio, y otro contra el comandante don José María Marqués, los capitanes don Pedro Fontes y don Juan Ortega, los tenientes don Nicolás García, don José Guerrero y don Rafael Valenzuela, y los alféreces don Salustiano Ruiz, don José Villar, don Faustino Montorio, don Telesforo Rubio y don Mariano Clariano. Y para que nada faltase á la variedad en esta serie de procesos, hasta las camaristas de S. M. se vieron complicadas en una causa criminal, por haber facilitado ropas de paisano á tres sujetos, que envueltos por acaso ó por culpa suya en los acontecimientos de palacio, acudieron á ellas para proporcionarse este medio de evasión.

Por esta larga enumeración de procesados, entre los que se contaban personas de todas clases, sexos y condiciones del estado; donde figuraban militares de todas graduaciones desde el teniente general hasta

M. V.

(1) La publicación de la causa del general Leon, ha suscitado en muchos de nuestros suscritores el deseo de conocer las demas causas notables formadas en Madrid á consecuencia de los sucesos del 7 de octubre; y dispuestos siempre á complacer á nuestros constantes favorecedores, nos ocuparemos en este y en el próximo número de la *Semana*, de las que se formaron contra el brigadier Quiroga, el teniente coronel Fulgosio, el teniente Boria, y el subteniente Gobernado.



Capilla y tumba de Enrique VII, en Westminster.

lado, fué sepultado sin pompa en una iglesia oscura, Enrique VII murió tranquilamente en su palacio despues de haber triunfado de todos sus enemigos y dotado á su país de buenas leyes. Este príncipe quiso hacer construir de antemano su tumba, y consagró á ella una cantidad de seis millones y confió su ejecución á artistas de mérito conocido. La primera piedra de este monumento se puso el 11 de febrero de 1503, y en 1518, quince años despues, quedó terminado. Pietro Torregiano, célebre escultor italiano, ejecutó los bajo-relieves y las estatuas del rey y de la reina Isabel, esposa de Enrique VII, y por el precio de dos millones cuatrocientos mil reales, cantidad enorme relativamente á aquella época. Al ver estas dos figuras reunidas en el mismo monumento, el espectador trae á la memoria involuntariamente los malos tratamientos que la reina Isabel tuvo que soportar por parte de su marido. Dotado de un genio vasto y de una grande flexibilidad de espíritu, Enrique VII era duro para su pueblo y para su familia, y era tal su avaricia, que apenas puede comprenderse cómo consintió en gastar tan grande suma para su última morada.

Las dos figuras reales, vestidas con trages de la época, reposan apoyadas sobre la tumba; pero en el dibujo que acompaña á este artículo, el artista los ha

la oscuridad que el arquitecto ha dejado en el pórtico, haciendo sobresalir la sombra color de mármol negro de que está formado el sepulcro.

Atacado por todas partes por la mano del tiempo, ese monumento habia acabado por perder la gracia y la frescura con que brillaba hace trescientos años. Las instancias de los amigos de las artes, concluyeron por decidir al parlamento para que le hiciese reparar.

Un artista distinguido, Mr. Gayfer, hizo en su primera juventud la capilla de Enrique VII, sin quitarle aquel prestigio ideal que acompaña á la antigüedad de los templos. Al ver desde fuera esta construcción tan elegante y tan delicada, con sus paredes y sus torrecillas, se creeria entrar en un palacio de encantadoras. Es menester penetrar en su recinto á la caída de la tarde para recordar que existe allí un mausoleo destinado á cenizas reales.



el sargento, gentiles-hombres, títulos, simples paisanos y un buen número de señoras de la servidumbre de S. M., se comprenderá fácilmente el estado de alarma y de inquietud constante en que debía encontrarse en aquellos días la población de Madrid, hallándose interesadas en el resultado de estos procesos tantas y tan distinguidas familias, y temiéndose á cada instante que las declaraciones de algunos de ellos diesen origen, como sucedió mas de una vez, á la formación de otros nuevos, en que se complicasen personas que hasta entonces se reputaban al abrigo de toda persecución y libres del inminente riesgo que amenazaba á tantas existencias.

Pudiéramos ahora emitir nuestra opinión sobre el sistema adoptado entonces por la situación dominante, y exponer algunas consideraciones sobre la conveniencia, la utilidad, y aun sobre el mayor ó menor fondo de justicia que se encontraba en este sistema; pero no lo haremos, porque no queremos desviarnos un ápice de nuestros propósitos.

Viniendo ya al asunto que nos ocupa, observaremos que la causa del brigadier don Gregorio Quiroga fué una de las que mas escitaron entonces la atención pública. Influían á la vez en ello las generales simpatías con que contaba el procesado, y el haber sido el militar de superior graduación despues del infortunado conde de Belascoain, que ocupó un lugar entre las víctimas sacrificadas en Madrid á consecuencia de los sucesos del 7 de octubre.

No guardaremos en la relación de los hechos un orden de rigurosa exactitud cronológica, porque las declaraciones y diligencias del sumario, espuestas por el orden que en él tienen, nos darán á conocer todos los hechos que dicen relación con este proceso. Otra observación añadiremos, y es que hemos creído conveniente por muchas razones, y entre otras porque nada perjudica al interés de esta causa ni á la exactitud de los hechos consignados en ella, eliminar de esta relación cuanto pertenece al conde de Requeña, á quien se comprendió también en los mismos procedimientos.

Es innegable que el brigadier don Gregorio Quiroga y Frias estuvo complicado en los sucesos del 7 de octubre; que con su cooperación se contaba para verificar el movimiento de insurrección; que por esta causa, y porque el hecho no era de todo punto desconocido, habia recibido orden del regente del reino, con pasaporte del capitán general, para pasar á la Coruña: que á las siete y media de la noche se presentó en palacio, aunque no nos sea fácil definir la parte que tomó en aquel movimiento; y que á las tres de la mañana, cuando las fuerzas sublevadas comenzaron á dispersarse y sus gefes á abandonarlas, se dirigió con el conde de Requeña al sitio denominado la Tela, logrando que unos carreteros los dejaran introducir en las seras de carbon vacías, con cuyo medio lograron llegar hasta el pueblo de Aravaca, atravesando, sin ser vistos, por medio de las tropas esparcidas en todos aquellos contornos; hasta que habiendo enviado á uno de los carreteros á comprar jamon en el pueblo de Aravaca, este insignificante accidente escitó las sospechas del comandante de nacionales de dicho punto, que hizo reconocer los carros, prender á ambos sujetos y conducirlos á Madrid.

En su consecuencia se formó por el consejo de guerra permanente la causa criminal de que se dió lectura en audiencia pública el 23 de octubre á las doce de la mañana en el salon de los estudios nacionales de San Isidro.

Despues de anunciarse por el presidente que el consejo de guerra, continuando su cometido, iba á ver y fallar la causa formada al brigadier don Gregorio Quiroga y Frias y al conde de Requeña, dióse principio á la lectura por el fiscal coronel de infantería don Felipe de Arce.

Encabezaba el proceso un oficio del gefe político al capitán general de Castilla la Nueva, trasladado por este al fiscal, en que se inserta un parte del alcalde constitucional de Aravaca, fecha 8 de octubre, en que le noticia que en la mañana del mismo día habian sido halladas dos personas en las seras de unas carretas; que examinadas, habian resultado ser el uno el conde de Requeña y el otro un brigadier llamado Quiroga; y que ambos habian quedado en el pueblo con los cinco carreteros que los acompañaban.

Recibida declaración al brigadier Quiroga, manifestó que en la noche del 7 de octubre se hallaba en casa de la señora marquesa del Salar, donde habia comido, en ocasión en que entró un criado diciendo que habia alboroto: que entonces salió á la calle en el traje de paisano con que estaba vestido; y oyendo decir que habia tiros en Palacio, por un movimiento de curiosidad se fué acercando á dicho punto, penetró hasta el interior por no haber encontrado obstáculo alguno que se lo impidiese, y vió en él reunidas muchas mas tropas que las de costumbre, siendo la mayor parte del regimiento de la Princesa: que cuando intentó salir, no pudo verificarlo y se quedó paseando en los corredores bajos del mismo palacio, hasta que encontrándose al conde de Requeña, trataron de salirse segunda vez; pero al llegar cerca de la calle de Santiago, les dispararon algunos tiros y se volvieron de nuevo al punto de donde habian salido: que despues vieron venir al general Leon, que permaneció un corto rato en palacio; y mas tarde lograron al fin escaparse el conde de Requeña y el que declara: que anduvieron vagando por el campo del Moro sin direccion fija, y al cabo de cierto tiempo di-

visaron una hoguera, se dirigieron á ella y encontraron unos carreteros de carbon, á los cuales suplicaron que los ocultasen; y despues de muchas súplicas les permitieron esconderse en los serones, de cuyo modo pasaron por delante de las tropas sin ser vistos; que su intencion era salir de aquel apuro y venir luego á Madrid á presentarse á la autoridad; pero que no lo pudieron verificar porque hasta el momento que fueron aprehendidos no dejaron de encontrar partidas de husares.—Que fué á palacio á cosa de las siete y media de la noche, no presentándose en su puesto por no haber podido salir de allí.—Que no se marchó á la Coruña, porque siéndole preciso dilatar su viaje para arreglar algunos asuntos, tenia pedida una próroga.—Que á las cinco y media se preparó para marchar por el campo del Moro.—Que entre ocho y nueve de la noche le dijo un oficial, á quien no conoce, que á él le correspondia tomar el mando; lo que no hizo; y esto le acabó de confirmar en su resolución de salir cuanto antes de palacio.

El conde de Requeña confirmó en su declaración todo lo manifestado en la suya por el brigadier Quiroga, diciendo entre otras cosas «que un oficial que no conoce le dijo que le tocaba á Quiroga tomar el mando,» á lo que contestó Quiroga que él no tomaba mando.

Las declaraciones de los carreteros se hallan todas contestes en el único hecho que con ellos dice relación, que es la ocultación de los dos encausados.

Gervasio Rodríguez dice que el día 8 de octubre á las cuatro de la mañana, hallándose en el sitio llamado de la Tela con otros compañeros, se presentaron dos paisanos que venian corriendo, y les suplicaron que los escondieran, manifestando que se habian refugiado allí porque no habian podido ir á la tertulia á causa de los tiros; que se metieron cada uno de ellos en un seron, y así fueron hasta Aravaca, donde los prendieron.

Alfonso Ribero añade que despues de haber llegado al pueblo de Aravaca, le dieron una peseta mandándole por jamon á dicho pueblo; que preguntó á una muger donde lo habia, la cual sin duda dió parte de este hecho á algunas personas, porque en seguida se presentó el comandante de nacionales, y le preguntó «que para quien era el jamon,» á lo que contestó «que para unos carreteros;» y el comandante le replicó: «que no comian jamon los carreteros,» y lo hizo poner preso, preguntándole si venian algunos ocultos con los carreteros, á lo que él contestó que sospechaba estarían ocultos en las seras del carbon, á pesar de que él no habia visto nada; que entonces fueron los nacionales, los pusieron á todos presos y los condujeron á Madrid.

Fernán Gonzalez, Mariano Alonso y Rufino Aparicio, compañeros de los dos anteriores, declaran sobre poco mas ó menos lo mismo que estos, resultando confirmada por sus declaraciones la especie de que los dos encausados ofrecieron darles cuatro onzas de oro, si salian libres de todo riesgo.

Véase, pues, claramente demostrado por las declaraciones anteriores el hecho de haberse encontrado el brigadier Quiroga en palacio durante toda la noche del 7 al 8 de octubre, y de haberse escapado oculto en las seras de una carreta hasta el pueblo de Aravaca, donde fué preso. Este hecho podia dar margen á sospechar que el encausado hubiese tomado una parte activa en la sublevación de palacio; pero examinados todos los testigos que podian deponer sobre este punto, y confirmar la culpabilidad atribuida á Quiroga, no resultó de sus declaraciones nada que pudiese perjudicarle ni comprometerle.

El teniente del regimiento de la Princesa don Manuel Boria, fusilado poco despues por la parte que tomó en esta sedición, dice que no conoce al brigadier Quiroga, y por lo tanto no puede decir si estuvo ó no en Palacio la noche del 7, ni si mandó ó no las tropas sublevadas. Que conoce al conde de Requeña de vista, y lo vió pasearse aquella noche embozado en su capa, ignorando si tomó ó no parte en la sedición.

El teniente de la Princesa don Luis Asensio, los de la Guardia real don José María Herrero y don Rafael Valenzuela, y el subteniente del mismo cuerpo don José Villar; los del regimiento de la Princesa don José Gobernado y don Juan Mier; el teniente coronel don Santiago Barrientos, sargento de alabarderos, y don Dámaso Fulgoso, comandante de infantería; todos los cuales se hallaron en Palacio la noche del 7, la mayor parte de ellos desde las primeras horas de la noche hasta el amanecer, declaran unánimes y contestes, que no conocen al brigadier Quiroga, ni al conde de Requeña; que no saben ni han oido decir que estuviesen en Palacio la noche del 7; que ignoran si los generales Leon y Concha estaban de acuerdo con ellos, y si tomaron parte en la sublevación ó mandaron tropas.

El teniente general don Diego Leon declara que vió en Palacio al brigadier Quiroga y al conde de Requeña; pero que no habiendo permanecido sino pocos momentos en aquel punto, ignora qué parte les pudo haber en los sucesos de aquella noche, y que antes de ella ni los buscó, ni se le presentaron para cosa alguna.

El teniente de alabarderos don Domingo Dulce y el coronel de la Princesa don Manuel Enna, de los cuales el primero se halló toda la noche del 7 en Palacio mandando la guardia de alabarderos, y el segundo no fué á dicho punto hasta despues de haberse

concluido la sedición; y ademas el guardia alabardero don José Magdaleno, declaran que no conocen al brigadier Quiroga y si al conde de Requeña; ignorando si estuvieron en Palacio y si tomaron parte con los sublevados, ni el mando de los mismos. Que tampoco saben si estaban de acuerdo con los generales Concha y Leon.

Terminada de esta suerte la instrucción del sumario, y no siendo posible examinar mas testigos que se hubiesen hallado en palacio y pudiesen dar razón de la conducta observada en aquella noche por el brigadier Quiroga, se procedió á recibir al acusado la confesión con cargos. Preguntado por qué se ocultó en las carretas y rogó á los carreteros que favoreciesen su evasión, contestó: que como intentó en vano dos ó tres veces salir de Palacio para presentarse á la autoridad, y á las cinco de la mañana oyó decir que la sedición estaba terminada, estando él bien persuadido de que su opinión política pasaba como del partido moderado, creyó que en aquel momento era muy fácil que lo confundiesen con los demas, y lo tomasen por uno de los sublevados: que como se entró en palacio de noche, no podia saber aquellos sucesos, porque de saberlos con anticipación se hubiera presentado á la autoridad; lo cual era su ánimo verificar luego que se calmase la agitación producida por ellos. Reconvenido porque con esta ocultación, no solo ponía mas en riesgo su vida, sino que se hacia mas criminal, contestó: que no todos los hombres conservan en lancestos críticos la serenidad necesaria; y que en medio de la confusión de ideas en que estaba envuelta su imaginación en aquellos instantes, no pudo calcular si era mas ó menos prudente el medio que entonces adoptó.

De la hoja de servicios del acusado, unida al proceso, aparece ser de 37 años de edad, habiendo comenzado á servir de cadete el año 14 y ascendido á brigadier el año 39. Que se ha hallado en varias acciones de guerra, mereciendo ser recompensado su brillante comportamiento. Que ha estado al servicio de Portugal y merecido particular aprecio al gobierno portugués, que le condecoró con la cruz é insignias de comendador de la orden de Cristo: que es caballero del hábito de Calatrava y de la orden de San Fernando por el mérito que contrajo en Arlaban. Que ha desempeñado varias comisiones facultativas recibiendo singular aprecio del gobierno; y que fué diputado á cortes en las de 1838.

Tal era el estado del proceso, cuando por el juzgado de primera instancia de Madrid, á cargo de don Manuel María Basualdo, se remitió al consejo un testimonio de lo que en la causa que se instrua contra las camaristas resultaba contra el brigadier Quiroga. Este testimonio se limitaba á las declaraciones de las señoras doña Carmen Machin y doña Rosa Fidalgo, de las cuales resultaba lo siguiente:

Dice doña Carmen Machin, despues de referir otros antecedentes, que entre 7 y media y 8 de la noche del 7 se oyeron golpes en la portería de Damas, y habiéndose acercado á la puerta la declarante, le dijo el portero que llamaban unas personas desconocidas y le habian intimado que abriese en nombre de Isabel II: que trataron de violentar la puerta, y manifestando la declarante que no se abriría sino á una persona conocida, vino á poco rato, el marqués de Povar, y entonces mandó abrir y se presentó dicho señor vestido de gentil-hombre, viniendo en su compañía un hombre bajo, con patillas y bigote, á quien le parece oyó nombrar Quiroga, y otro mas alto, vestido de paisano, los cuales entraron con los que declara en su habitación, diciendo que venian á que preparasen camas para los heridos; despues de cuya advertencia se retiraron, dejando un sargento con varios soldados, y encargando que no cerrasen la puerta. Mas adelante añade que volvieron Povar y Quiroga con algunos gastadores provistos de los útiles necesarios, preguntando donde estaba la puerta de la escalera interior que conducía al cuarto de S. M.; de cuyo paradero los desorientó á fin de que no pudiesen dar con ella, como sucedió en efecto: y que para hacer marchar á algunos de los soldados que aun permanecian allí, el marqués de Povar le dijo al que llamaban Quiroga que los hiciera retirar, lo que verificó, quedando una guardia á la puerta y no volviendo despues ninguno de los referidos sujetos.

Sobre este mismo particular declara doña Rosa Fidalgo que cuando abrieron la puerta al marqués de Povar, á quien conocieron por la voz, se presentó en efecto vestido de gentil-hombre, y acompañado de otro hombre grueso, vestido de paisano, y otro de estatura regular y moreno, de los cuales uno dijo ser el brigadier Quiroga, y juntos entraron hasta la portería de Damas, donde les suplicaron, tanto la doña Carmen como la declarante, que hiciesen retirar la tropa; y así lo hizo el llamado brigadier Quiroga, poniendo dos centinelas á la puerta y mandando retirar la fuerza: que en seguida se entraron ambas en el cuarto de doña Carmen, y despues vió pasar al brigadier Quiroga, teniendo noticias por su compañera de las diligencias que practicaron en averiguación de la puerta de la escalera secreta que conduce al cuarto de S. M.

Estas dos declaraciones abrían un nuevo campo para la instrucción del proceso contra el brigadier Quiroga. De los dichos de todos los testigos examinados en el sumario no resultaba que el encausado hubiese tomado parte alguna en la sublevación de palacio; pero de las declaraciones de las camaristas aparecia que á la cabeza de un piquete de infantería, acompañado de unos gastadores provistos de todos los

enseres necesarios, había estado buscando la puerta de la escalera secreta del cuarto de S. M. un sugeto á quien vieron y no conocían, y á quien oyeron llamar el brigadier Quiroga. Era, pues, consiguiente ampliar sobre este extremo la confesión del acusado, y poner á las declaraciones en presencia del mismo, para que de su reconocimiento resultase si era ó no era éste el sugeto á quien aludían.

Pero ni la ampliación, ni las confrontaciones, dieron el resultado que acaso se prometían los jueces.

El brigadier Quiroga manifestó que no conocía á doña Carmen Machin ni á doña Rosa Fidalgo, ni las había visto en palacio la noche del 7. Que era falso todo lo que se le preguntaba respecto al contenido de estas dos declaraciones, porque ni conocía al marqués de Povar, ni subió la escalera, ni vió á ninguna de las personas que se citan. Que jamás ha tenido patillas, y si un pequeño vigote; insistiendo constantemente en esta respuesta, á pesar de los repetidos cargos y reconvenientes que se le hicieron.

El careo entre doña Carmen Machin y el brigadier Quiroga vino á producir el mismo resultado. Preguntado el brigadier si se conformaba con la declaración que había dado la doña Carmen, dijo que no, porque ni es bajo, ni ha tenido nunca patillas, ni ha subido la escalera de Palacio; y que ha padecido la señora una equivocación. La testigo por su parte dijo que no conocía al sugeto que tenía presente, y que no era ninguno de los que acompañaron á Povar cuando abrió la puerta, ni tampoco el que volvió por segunda vez con los gastadores.

Otro tanto se verificó en el careo que tuvo el acusado con la camarista doña Rosa Fidalgo; la testigo dijo que no lo conocía, y que no era ninguno de los dos que vió en compañía del marqués de Povar, cuando abrió la puerta su compañera doña Carmen.

No siendo posible dar mas estensa instrucción á este sumario, fué el asesor de dictamen de que pasase la causa al fiscal para su acusación, y á cada uno de los acusados por término de veinte y cuatro horas.

En el dictamen fiscal, escrito con alguna cordura y detenimiento, parte el acusador de un hecho confesado, á saber, el de haber estado el brigadier Quiroga en palacio toda la noche del 7, lo cual es, según su opinión, un indicio para creerle culpable. A este indicio añade el fiscal otros tres que gradúa de importantes: el primero: que tenía pasaporte del capitán general y orden del mismo desde el día 4 para pasar á la Coruña, cuya orden había desobedecido permaneciendo en Madrid: el segundo que no se presentó al capitán general al oír la alarma, como era de su deber; y el tercero: que se escondió y marchó al amanecer con unos carreteros de la Tela. Tales son, según el fiscal, los indicios que resultan del proceso, porque no puede reconocer como tales las declaraciones de las camaristas doña Carmen Machin y doña Rosa Fidalgo, en atención á que quedaron desvanecidas en la diligencia de careo, como mas detenidamente lo hace observar el mismo fiscal. Fundando su acusación en estos datos, y observando que ninguno de los testigos examinados en este proceso, de los cuales diez eran de los mismos sublevados, dos los gefes de Alabarderos que hicieron la defensa y hasta un individuo de esta arma y un nacional que fueron hechos prisioneros por los amotinados, ninguno de todos ellos vieron ni oyeron nombrar al brigadier Quiroga, se espresa de esta manera en un párrafo de su acusación verdaderamente notable. «Si el fiscal hallase en el proceso pruebas de que el brigadier Quiroga hubiese tomado parte en la sublevación, bien seduciendo tropas, bien mandándolas, ó haciendo fuego á las tropas leales, no dudaría pedir la aplicación de las severas penas que para tales casos impone la ordenanza; pero no hay esas pruebas; no hay mas que indicios; y sin bien no está probado que el brigadier Quiroga hubiese ido á Palacio solo por curiosidad, como dijo, tampoco hay indicios de que sedujese ó mandase tropas.» Añade el fiscal que la opinión política del brigadier Quiroga, reconocida y confesada por él mismo como contraria á la situación entonces dominante, era un antecedente para inferir que su intención al ir á palacio sería la de favorecer el triunfo de su partido: y que de todas maneras el brigadier Quiroga había faltado á sus deberes como militar; pidiendo en su consecuencia que al citado Brigadier se le degrade de sus empleos y condecoraciones, reconociéndole sus despachos y diplomas, escepto el de la cruz de San Fernando por ser personal, y que se le ponga en reclusión por el término de diez años en el punto donde el Consejo estimase mas conveniente.

En tal estado se entregó la causa al brigadier don José María Laviña, el cual redactó y leyó en dicha sesión pública la defensa, que con la conclusion de este proceso, aplazamos para el número inmediato.

F. P. DE A.

(Se concluirá.)

BAÑOS.

No puede darse materia mas oportuna cuando el Reaumur no sabe alejarse de los 30°, cuando Nuestra Señora del Carmen da fin á las verbenas.

No cuestionaremos, por incompetentes, sobre la necesidad del baño en todo tiempo: tampoco sobre su conveniencia, á pesar de que estamos por una y otra,

considerado en toda estacion como medio de conservar limpia la piel, y de corregir algunos desarreglos. Pero si prescindimos de tratar de los baños con la generalidad indicada, diremos algo acerca de los mismos en esta época, por lo comunes que son á todas las clases.

Negar la saludable influencia de los baños cuando el cuerpo les apetece, seria negar la propia existencia. Necesidad á cuya satisfaccion nos convida tanta profusion la naturaleza, y nos arrastra, como á los demas seres animados, y en cuyo goce tanto placer se siente, no puede, no debe ser perjudicial. Lo es, sin embargo, á veces por culpa, casi todas, del individuo que viola, obstinado, las mismas leyes de la naturaleza, á que el irracional se somete. Pero antes de reseñar su infraccion, pongamos al alcance de todos la utilidad del baño por limpieza.

Es un hecho la porosidad de nuestra piel en toda su superficie, y que no es posible calcular el número de esos agujeros que percibe el microscopio, y cuya existencia nos revela el sudor, líquido sutilísimo que de continuo sale por ellos, y que mantiene en nuestra economía el equilibrio que constituye la salud, y cuya supresion, ó disminucion, es causa de casi todas las enfermedades que nos afligen. Déjense acumular en la piel varias materias pulverizadas, y amasadas con el sudor, embarrar así la piel, obstruyendo las invisibles perforaciones del cutis, impidiendo su traspiración insensible, y trastornando ese continuo movimiento, impuesto por el Criador á nuestra máquina. No es, por desgracia, sin resultado el abandono en que las clases obreras, particularmente, tienen su cuerpo; sin salida, ó dificultada su traspiración, víctimas son á menudo de dolencias que podrian haberse evitado menos descuidadas de sí mismas, si viendo que la acción del agua en contacto con la piel destruye la capa de materia estraña que tapa los poros, la hubiesen vuelto á un estado que jamás debe perder.

Esto en cuanto á la secreción corporal; que tambien obra el baño directamente en favor de la salud, robando, ó aumentando calor. Pero aparte de estos casos de tan feliz aplicación, el baño produce una sensación de bienestar que revela la buena disposición y arreglo de las funciones interiores: dulce sueño, deseado apetito, digestión fácil, imaginación vigorosa, grata energía, estado de placer, todos estos resultados del baño, requieren, sin embargo, ciertas condiciones de parte de este medio poderoso de higiene, y del individuo, que no es fácil reunir, y en que no vamos adelantando todo lo que es menester. Verdad es que no se cuida de ello el gobierno, que tanto debe procurar la salubridad pública, y con especialidad la de la clase trabajadora, que depende de sus brazos, y á quien es mas necesario calmar la excitación propia de sus faenas.

Para determinar los efectos del baño en la economía animal, seria preciso apreciar la temperatura del agua, su movilidad ó quietud, su densidad y componentes; la edad, sexo, temperamento, y ocupación del individuo, su estado de salud, sus hábitos, y aun su afición ó repugnancia á bañarse; el clima, estacion, la hora, y el estado de la atmósfera. Este trabajo, tan delicado como difícil, bastante adelantado en otras partes, es entre nosotros poco menos que desconocido. No pretendemos, por lo mismo, salvar de un salto la gran distancia que nos separa en esto de otros países, sino hacer ligeras indicaciones acerca del modo conveniente de tomar los baños, combatiendo de paso el lamentable y general abandono en que se tienen, y con que se miran.

El baño se distingue por la temperatura del agua, y es frío, fresco, templado ó caliente, según ella. No es lizo el límite que separa una de otra clase, pero generalmente se conviene con corta diferencia. El 1.º se estiende de 10 á 15° sobre cero de Reaumur: el 2.º de 15° á 20°: de 20° á 25° el 3.º, y de 25° á 30° el 4.º. Comprender otras dos clases inferior y superior, no es de nuestra competencia, porque solo un profesor del arte de curar puede proponer un baño de menos de 10° ó de mas de 30; porque solo él debe con conocimiento de los graves accidentes que puede producir en uno y otro caso, decidirle. Contrayéndonos, pues, á las cuatro divisiones fijadas, diremos que los principales efectos del baño frío se reducen á rechazar bruscamente la vitalidad al interior, y á un general entorpecimiento, mayor ó menor según está mas ó menos fría el agua. Este baño tónico es peligroso en la vejez y en la infancia, y puede convenir á las personas bien constituidas, por que dando consistencia á los tegidos, aumenta la energía de los órganos, contiene las pérdidas excesivas de traspiración, y aumentando la actividad del sistema digestivo, repara y aumenta las fuerzas. No es conveniente, por lo general, á las mugeres por su constitucion endeble y delicada, y por su mayor sensibilidad; y los jóvenes robustos y sanos á quienes sea provechoso, no deben tomarle sino muy descansados, y de pronto, refrescándose la cabeza; si es posible en agua corriente, y en movimiento continuo: salirse luego de comenzar el escalofrio, enjugarse bien, frotarse con paños secos, y hacer algun ejercicio. Con estas precauciones no será perjudicial, y si beneficioso, el baño frío.

El fresco, intuitivo, se puede decir, del hombre, es el mas usado desde que hay memoria. Tambien es tónico este baño y provechoso, y se debe tomar como el anterior. Puede hacer mal, sin embargo, á los ancianos y pletóricos, á los demasiado nerviosos, á los

que padecen erupciones cutáneas, y á los predispuestos á enfermedades de los órganos interiores.

Pero el baño, por excelencia, es el templado. Sienta bien, generalmente, es medicamento para muchas afecciones, y es el baño de aseo, de placer, de lujo, propio de todo tiempo. El modera la circulación de la sangre, templando su ardor y la excitación del cerebro, es de la mayor utilidad despues de los viajes y fatigas del cuerpo y de la mente, produciendo una tranquilidad deliciosa y reparadora. Util á toda clase de personas sin distincion de sexo ni edad, lo es sobremanera á las irritables.

Por último, el baño caliente es útil á los que sufren irritación porque debilita.

Sin embargo de la division sentada, no todos convendrán en ella, porque no á todos causa igual impresion la misma temperatura del agua; así que todavia será frío para muchos el baño fresco, y vice-versa, surgiendo de aqui la correspondiente modificación.

El tiempo mejor para bañarse con frecuencia, indicado está por el tiempo. Tiénese, sin embargo, por inconveniente bañarse durante la canícula, que es cuando mas se apetece, y á nuestro juicio, sin razon, porque no lo es la de que el sol se halle en conjuncion con tal ó cual signo del Zodiaco. Sin duda ha dado margen á esta opinion el mayor número de insolaciones, erisipelas y otras enfermedades en esta época, hijas de la mayor fuerza de acción de los rayos solares, que hieren entonces casi verticales. Redóblense las precauciones, y no haya temor á la canícula.

Espuesto es, sin duda, á tercianas, y reuma bañarse al descubierto en tiempo tempestuoso.

Por regla general debe consultarse al médico sobre el baño. El, con entero conocimiento de causa, del estado del individuo, determinará mejor la época, el grado del agua, el número de baños, el modo de tomarlos, y el régimen que debe guardarse en tanto. Esto, que nada, ó tan poco cuesta, puede obviar posibles inconvenientes, y traer ventajas incalculables.

En España raro es el que se baña fuera de julio y agosto, y aun en estos meses, raros son respecto de la totalidad los que hacen en la Península uso del baño. Los habitantes de las poblaciones que no cuentan á su inmediación un río, ó el mar, se pasan sin este consuelo del estío, y la mayor parte de las mugeres. No es exageración: en este país mueren la mayor parte sin haber hecho uso del baño una vez, incuria funesta que, ademas de privar á tantos de los placeres del baño, y de sus felices efectos sobre la economía animal, es causa de enfermedades muy generales.

Con el doble objeto de refrescarse, y de divertirse, los habitantes de la costa y pueblos ribereños se entregan al agua, llegado el calor, sin preparaciones. Varios son los riesgos á que así se esponen. El de ahogarse, en primer lugar, y el de enfermar gravemente, y aun morir, de resultados de los escoscos que cometen. Congestiones cerebrales, cólicos, calenturas intermitentes, afecciones catarrales y reumáticas; largo seria el catálogo de las dolencias que son triste resultado de bañarse con el estómago ocupado (1) ó despues de actos carnales, acalorados, al sol ó al viento, durante el mayor ó menor calor, de noche ó de madrugada, en aguas turbias y cenagosas cargadas de insectos en descomposicion, y el descansar luego en parages frios y húmedos. Muchas muertes repentinas aun en jóvenes sanos no reconocen otro origen.

En varios puntos se disponen los baños de río de modo que se precaven algunos de estos inconvenientes, pero en alguna parte subsisten los principales, y dan lugar á otros muy fatales. Madrid, que al calor de su clima reúne el que produce la reverberación de un numeroso y apiñado caserio, la irradiación de su empedrado, la falta de agua y la sobra de polvo calizo y yesoso; Madrid, cuyo calor de mal género no es comparable al de otro punto, está condenado á no poder mitigar un tanto el fuego abrasador que nos sofoca, sin esponernos á grandes inconvenientes, sea que optemos por los llamados baños del llamado río, ó por los del interior. Tan malos son unos como otros y aun se puede decir que son todos peores. Las pozas ú hoyos que anualmente se abren en el Manzanares y donde se recoge el agua bajo un tinglado cubierto de estera vieja, resuelven concluyentemente el no dado problema de presentar un baño con todos los inconvenientes posibles; por que ni la mala disposición del cobertizo preserva debidamente del aire, ni el agua es corriente. Considere el que quiera si remansada el agua en las tales pozitas, sin suficiente circulación y renovación, no será lo mas á propósito para contraer alguna enfermedad cutánea por el contacto de la suciedad que sucesivamente vá quedando cada uno que se baña y de cuya existencia no es posible dudar á la impresion repugnante que se siente al penetrar en esos tugurios de atmósfera mefítica. Sin tener en cuenta la distancia y desnivel de ese río de arena, distancia y desnivel, amen del polvo, que destruye el efecto refrigerante de sus aguas, los baños del Manzanares son incómodos, y peligrosos cuanto cabe.

Por desgracia, si son menos incómodos los otros no son mucho menos peligrosos. Mucho se han multiplicado estos en Madrid, ora por remediar las penalidades de los del río, ora porque poco á poco vamos adquiriendo hábitos de aseo. Se han mejorado tambien, pero distan mucho de llegar á la perfección que ya es una necesidad, y á que

(1) Los romanos no podían bañarse despues de comer, según edicto.

han llegado en el extranjero. A una sola condicion satisfacen estos baños, á la de la temperatura que el que se baña elija: las demas están lastimosamente desatendidas. Aposentos chicos, oscuros, y aun poco ventilados, ó espaciosos y desabrigados: esta es la disposicion del sitio donde ha de estar el cuerpo mucho tiempo. Viciado está tambien con su continua ocupacion el aire de estas habitaciones, de respiracion penosa, con el inconveniente ademas de la transicion repentina de una temperatura elevada á la de los tránsitos, abiertos los poros. Y tampoco faltan en muchos corrientes á semejanza de los del rio, y por idéntica razon. No todas las ventanas, y puertas ajustan.

¿Y qué diremos de las pilas? que son capaces de quitar la aficion al mas apasionado. Arrinconadas, á guisa de sepulcro, carecen de la necesaria aereacion. Estrechas, son algunas tan cortas que es preciso estar encogido, posicion violenta que se opone á esa relajacion general de los músculos, á esa laxitud agradable que el baño produce. Mas no es esto lo peor: á sus hendiduras, desigualdades y poros se adhieren sutiles partículas que trasmiten por contacto erupciones cutáneas. Mucho podria remediar este gravísimo inconveniente que se hiciese con esmero el lavado, y con escoba que no hubiese servido, y tal vez trae cosa peor que la que va á quitar. La escasez de aguas que en muchas casas requiere servir mas de una vez, es otra causa temible de contagio. Si fuera tan fácil remediar las indicadas como la que, por último, vamos á apuntar, no nos entregaríamos tan recelosos á un placer erizado de dificultades. Las sábanas para todos que no se lavan sino de tarde en tarde, comunican á no pocos enfermedades que no tenían.

¿Y cómo atajar tantos inconvenientes? No seria difícil respecto de algunos, y en cuanto á otros, obra es su remedio de la accion lenta, pero segura del tiempo, elemento el mas poderoso de progreso.

(Se continuará.)

La torre de la catedral de Pisa tiene una inclinacion de 13 á 15 pies. La de Garisendi tiene 8 y dos pulgadas.

ESCENAS DE LA VIDA MATRIMONIAL.



Un dia despues.—Amor



Seis meses despues.—Indiferencia.



Un año despues.—Divorcio.

GACETILLA DEVOTA DE LA CAPITAL.

Lunes 15. San Camilo de Lelis, fundador, y san Enrique, emperador.—En la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, dará principio este dia la novena á su augusta titular siendo por mañana y tarde. En san Justo, san José, san Ginés, y en san Lorenzo, continúa la misma novena á Nuestra Señora. Al toque de oraciones, solemnes salves á toda orquesta, en las dos iglesias del Carmen y en la de san Justo. En la parroquia de san Luis obispo, se festejará al glorioso san Camilo, por la mañana. En la bóveda de la capilla del Cristo de san Ginés, por la noche, tanto hoy como el miércoles y viernes, habrá los piadosos ejercicios espirituales para hombres solos. Cuarenta horas hoy y el siguiente dia en el real convento de Maravillas, donde esta tarde se cantarán visperas, y mañana se hará fiesta al Carmen, patrona de aquella comunidad, y por la tarde al Santísimo, con visita de altares. Ademas, en la Pasión, por la noche, el culto mensual á Nuestra Señora del Tránsito.

Martes 16. El Triunfo de la Santa Cruz, y la festividad de Nuestra Señora del Carmen.—En la iglesia de religiosas de santa Teresa, se celebrará á la Virgen Santísima, como á su sagrada protectora, por mañana y tarde. En el convento que fué de Dominicos de la Pasión, id., y por la noche principiará una devota novena á la misma señora. En san José y san Justo dará fin el mismo novenario, haciéndose procesion por la tarde con la imagen de Nuestra Señora. En san Antonio de los Portugueses, el obsequio que todas las semanas á su santo titular.

Miércoles 17. San Alejo, confesor.—En las iglesias de san Francisco y santo Tomás, se hará el aniversario anual en sufragio de los religiosos sacrificados en igual dia de 1834 en sus propios conventos. En la capilla del Monte de Piedad, por la tarde, ejercicios de instituto por la Santa Escuela de Maria. Cuarenta horas, dos dias, en la parroquia de san Ginés, donde continuará la novena ya anunciada á Maria Santísima del Carmen, que finalizará el próximo domingo.

Jueves 18. Santa Sinforosa, mártir; Marina, virgen; y Federico, obispo.—En santa Maria, santa Cruz, san Justo, san Pedro, san Lorenzo, y en san Isidro el Real, misas de renovacion al Santísimo, y en esta última iglesia seguirá el coro diario, por la mañana á las 9 y por la tarde á las 4.

Viernes 19. Santa Justa y Rufina, vírgenes y mártires, y san Vicente de Paul, confesor.—En las iglesias del hospital general, Hospicio, Noviciado de la calle de san Agustín, se festejará solemnemente á san Vicente Paul, por la comunidad de hijas de la Caridad, como á su santo fundador; y en el colegio de la Paz, por mañana y tarde. En Jesus Nazareno, por mañana y tarde á su divino titular. En san Ignacio y Monserrat, el culto mensual á san José, por la tarde; y en santa Cruz, san Justo, san Millan y Arrepentidas, será el domingo inmediato. En las Trinitarias, por la tarde, y oratorio de Cañizares, por la noche, los ejercicios acostumbrados. En san Nicolás y Arrepentidas, se visitarán las cruces por la tarde á las seis.—Cuarenta horas, tres dias, en el Carmen, donde continuará la solemne novena á su Virgen titular, todo el dia.

Sábado 20. San Elias, profeta; santa Librada, virgen y mártir, y santa Margarita, virgen.—En la iglesia parroquial de san Miguel y san Justo, solemne funcion á la gloriosa santa Librada, por su congregacion del obispado de Sigüenza. En las Maravillas y santa Teresa, misa cantada al profeta san Elias. En los conventos de Mercenarias, Recogidas, escuelas Pias, iglesias de Atocha, santo Tomás, san José, colegio de Portugueses, Nuestra Señora de Gracia, Rosario, y en santa Maria, el culto acostumbrado á la Santísima Virgen Maria por mañana, tarde y noche. Y en san Ginés, al anochecer, gozos, letania y salve. A Maria Santísima del Carmen, en preparacion á su festividad, que se celebrará mañana, dando fin á su novenario. Asistirá un lucido coro de voces é instrumentos. Ademas, en la capilla del Real Palacio, fiesta de segunda clase á la santa de hoy.

Domingo 21. Santa Práxedes, virgen; y san Daniel, profeta.—En las parroquias de santa Maria, san Andrés, san Martín, san Lorenzo, san José, san Luis, y san Sebastian, la minerva mensual al Santísimo, solo por la mañana, por sus respectivas archicofradías sacramentales. En san Millan, por la mañana, la anual fiesta á Nuestra Señora de la Piedad. En el Carmen, proseguirá la novena de su augusta titular, haciéndose por la tarde procesion y visita de altares. En san Lorenzo, finalizará la referida novena, y por la tarde, despues de reservar, saldrá solemne procesion con la imagen de Nuestra Señora, que recorrerá las principales calles de su feligresia. En Italianos continuará la seiscena á san Luis Gonzaga, lo mismo que los dos domingos anteriores, por la noche. En la Capilla Real, Encarnacion, Buen Suceso, Retiro, san Isidro, santo Tomás, y parroquias, misas mayores á la hora respectivamente acostumbrada. En los oratorios del Espíritu Santo, Olivár,

Caballero de Gracia, Galera, capilla de la órden tercera de san Francisco, y en la de Servitas, piadosos ejercicios espirituales semanales por la tarde, con procesion de Nuestra Señora de los Dolores, en esta última.

Nota. En san Justo, honras generales con oracion fúnebre por los difuntos hermanos del Carmen, de la congregacion allí establecida. Y en la capilla provisional de Chamberi, funcion extraordinaria á Nuestra Señora con el titulo de Gracia, á devocion y en accion de gracias de dos amantes consortes, siendo por mañana y tarde.

Otra. El dia 15 en santa Isabel, se debe celebrar fiesta al Santísimo, en memoria y accion de gracias, por la centella que cayó en igual dia de 1701 en su media naranja, sin haber causado daño alguno.

FUNCIONES DE IGLESIA FUERA DE LA CORTE.

Dia 16. Se celebrarán las siguientes: á Nuestra Señora del Carmen, en Parla, Magan, Algora, Mérida, Ortigosa, Colindres, Rivadesella, Puebla de Montalvan, Yanguas, Valdelaguna, Maluendas, Santa Olaya, y otras partes.

Dia 18. A santa Marina, virgen, en Aguas Santas, cerca de Orense, donde se veneran sus reliquias, y fiesta en Andujar. Y á san Federico, obispo, en Utrech.

Dia 19. A las santas Justa y Rufina, en Sevilla, donde son patronas, y se adoran sus reliquias. Ademas, en Orihuela.

Dia 20. A la gloriosa virgen y mártir santa Librada, en la catedral de Sigüenza, donde se venera su cuerpo y es patrona.

Dia 21. A la virgen del Carmen, en Torrijos; á santa Práxedes en la Coruña y en Palma de Mallorca, donde es patrona.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior.

EL AVARO ATESORA SIN MEDIDA Y ES POBRE SIENDO RICO.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8.